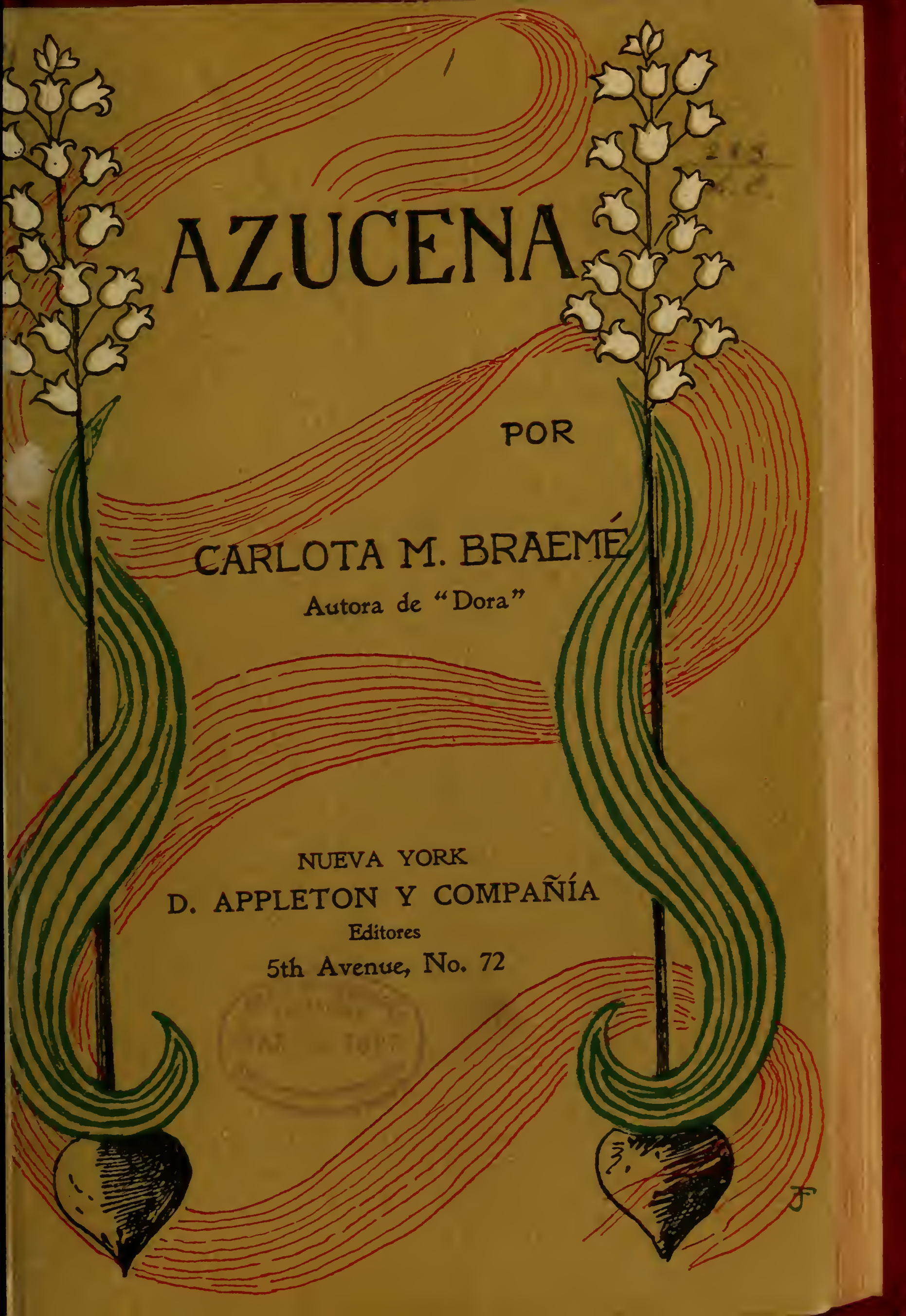



THE LIBRARY OF CONGRESS
1800



AZUCENA

POR

CARLOTA M. BRAEMÉ

Autora de "Dora"

NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
Editores
5th Avenue, No. 72

"**La Guardia Blanca.**—Es el título de una novela escrita en inglés por Conan Doyle y publicada en español por la casa de Appleton de Nueva York, que acabamos de leer con toda complacencia, una vez que reune á su ingenio y fácil lenguaje, un tema muy bien urdido y descripciones sumamente interesantes. En la Guardia Blanca encontramos episodios históricos de la Edad Media trazados con una naturalidad pasmosa, de tal modo bien pintados los cuadros, de tal manera descritas las costumbres, que le parece á uno encontrarse en aquella edad y trabar conocimiento con los personajes. Comienza la acción en un convento de monjes, presentado con todos sus adminículos de mano maestra y luego se desarrolla la trama con creciente interés, descollando en medio de aquel ruido de armas y de combates que se repiten á cada momento sin motivo como era la usanza entónces, los personajes principales como el barón Morel, Duguesclin, el Príncipe Negro y todos los otros que figuran en primera línea, que tan vivamente inpresiona, el ánimo del lector, de la misma manera que el héroe de la novela del joven Roger Clinton tan varonil y tan honrado á pesar de haber recibido su educación en un convento. En suma la obra de Conan Doyle es una preciosa joya de gran valor entre las obras literarias de su mismo género. De la misma manera que la Guardia Blanca nos cautivó la lectura de otra lindísima novela escrita por Roberto Stevenson con el título de Plagiado la cual igualmente es una narración deliciosa hecha por un joven que al salir por la vez primera de su pueblo y de su hogar, tuvo las más raras y las más inesperadas aventuras. Esa obra también fué publicada por la casa de Appleton que siempre demuestra el mejor gusto en sus ediciones españolas."—*La Patria*, Méjico.

***

"**El Vicario de Wakefield.**—Mucho tiempo hace ya que leímos una mala traducción de esta preciosa novela inglesa. La impresión que entonces nos hizo fué tan profunda, que el tiempo no la ha borrado todavía. Deseábamos poseer una traducción digna del mérito excepcional de esta joya de la literatura inglesa, tan encomiada por grandes escritores de diversos países. Este deseo vino á satisfacerlo el ejemplar que hemos recibido de tan atractiva como moralizadora obra traducida directamente del inglés al español y editado por los Sres. D. Appleton y Cía., de Nueva York."—*La Escuela Primaria*, Mérida de Yucatán.

AZUCENA

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR

CARLOTA M. BRAEMÉ

AUTORA DE "DORA"

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR R. GARCÍA GRANADOS



NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
EDITORES
1897

AZUCENA

CAPÍTULO I

> Viene mi amada; y aquí anhelando
> El dulce arrullo de mi pasión,
> De su presencia al rumor más blando,
> Aun en la tumba mi paz turbando,
> La sentiría mi corazón.

Á TRAVÉS de los verdes campos y de las obscuras selvas, de uno de los condados septentrionales de Inglaterra, resonaba un día de verano esta canción, entonada por una voz melodiosa y rica, ya con fuerza, ya más suavemente, y por último con cierto acento particular, como si el que así cantaba, procurase penetrar por completo el sentido de las palabras.

—Aun en la tumba mi paz turbando, la sentiría mi corazón, repitió lentamente. Á la verdad que hay una gran diferencia entre la poesía y la realidad. Cuando lleve yo un siglo de yacer bajo tierra, no me despertará por cierto el airoso paso de la más hermosa dama. En el otro mundo, el amor y las gracias femeniles, apenas harán papel; pero aquí . . . es cosa muy distinta; y por lo mismo me ocurre preguntar ¿cuánto tiempo pretenderá hacerme esperar aún?

El que de esta suerte se expresaba con creciente impaciencia, era un joven extraordinariamente hermoso, que apenas habría pasado los veinte años; la regularidad de sus facciones desafiaba toda crítica; había en su persona algo de arrogancia distinguida y de buen humor, unido á cierto aire poético, que las mujeres y muchachas descubren y aprecian al instante. No parecía que pudiera hacer mal á nadie, este joven enamorado, que con tanto entusiasmo cantaba, ni mucho menos era posible juzgarlo capaz de perversas intenciones.

¡Ven, ven no faltes,
Hermosa mía!
Pues á las flores
He revelado
Que hoy á su reina
Les mostraría.

—Así debe uno hablar á las mujeres, continuó con aire satisfecho, después de haber concluído el canto. Ellas no pueden resistir á las lisonjas, juiciosamente mezcladas con un poco de poesía. Por lo demás espero, que no me habré equivocado. Azucena me dijo, que la esperase á orillas del arroyo, en el bosque. ¡El arroyo ahí está; pero á mi niña no la veo!

Como entretanto comenzara el gallardo joven á sentir, además de la impaciencia, el cansancio de tanto andar y cantar; y como la tarde estuviera hermosa y templada, se sentó por fin en un banco rústico cubierto de brezo y tomillo silvestre; esperando tranquilamente, que viniera la linda joven, que había prometido acudir á la cita, tan luego como hubiera pasado el calor del día. ¿Se cumplirían sus esperanzas?

Las más arrebatadoras canciones de amor; poesías de las más selectas que jamás se escribieran, ó que la fantasía imaginara, habían estado brotando de sus labios, para perderse en la soledad de aquel extenso bosque. El silencio invita á la meditación, y así se presentaría sin duda, ante la exaltada imaginación del joven, el grandioso poema de la naturaleza, que comienza con la creación y que debe terminar en la armonía sublime de los cielos. Pero con todo eso, en la expresión de su atractivo rostro, se descubría más bien imprevisión juvenil, que profundidad de espíritu; más vanidad satisfecha, que verdadera hidalguía de carácter é intachable nobleza de sentimientos.

Comprendiendo que la desagradable situación, se prolongaba algo más de lo natural, sacó lentamente el reloj.

—Las seis y media, dijo con desconsuelo marcado, y ella me había prometido estar aquí poco después de las cinco. Ya no quiero esperar más.

Estas últimas palabras, las había pronunciado en voz alta, con intención de obrar conforme á ellas; pero el susurro del viento á través de los árboles, parecía decirle: "no sería esa la conducta de un caballero." Y al mismo tiempo, que este reproche que le dirigía una voz imaginaria, le daba nuevas fuerzas para combatir, lo que la juventud considera una terrible adversidad, sentía como si la naturaleza se reanimara: el arroyo corría más violentamente; las mariposas revoloteaban á su derredor; los pájaros lo invitaban á gozar de los fugaces placeres del amor; y por fin . . . ¿era una ilusión de su acalorada fantasía? . . . ¡no por cierto! ¡allá por una escondida senda, aparecía la

esbelta figura, de la que con razón podía llamarse en lenguaje poético, la reina de las flores. Acercándose al medio aturdido joven, y extendiéndole la mano:

—Claudio, le dijo, tienes de veras mucha paciencia; apenas creía que aún estuvieras aquí.

—Por una mirada de tus ojos, esperaría no uno, sino muchos años, respondió el joven.

—¿En realidad? preguntó ella; pues yo no esperaría tanto, ni á un príncipe encantado.

Con mucha gracia se sentó entonces sobre el mismo banco que él acababa de abandonar; se quitó el sombrero, y después de haberlo usado algún rato como abanico, lo arrojó con cierto abandono entre la yerba.

—No parece que estés precisamente contenta de haberme encontrado, Azucena, dijo el joven un tanto desconcertado.

La joven contestó con un ligero suspiro, agregando en seguida:

—No creo que sea yo capaz de entusiasmo alguno, en este mundo; estoy tan fastidiada de la vida, tan fastidiada, Claudio, que no considero de interés cosa alguna.

—Espero que yo al menos seré objeto de algún interés para tí, repuso Claudio.

—En cuanto á eso, . . . no sé realmente si lo pudiera asegurar. Me imagino que aún las mayores penas, han de ser preferibles á la mortal monotonía que me rodea.

Algunos años después, solía acordarse de estas palabras, arrepintiéndose de ellas, cuando ya era tarde.

—Sin embargo deberías sonreir un poco, se atrevió

á insinuar Claudio, pues me figuro que el estar á mi lado, no te ha de parecer también monótono.

Ella se rió en efecto, pero á su risa faltaba el encanto de la animación.

—No por cierto; no quiero decir que tu compañía sea monótona; pero me has dicho que pronto partirás, y con tu persona habrá desaparecido el único rayo de sol en mi vida, y la obscuridad volverá á reinar para mí en todas partes.

—¿Qué es lo que te ha desalentado tanto? preguntó él entonces; no eres hoy la misma que en otras ocasiones.

—¿Quieres que te refiera minuciosamente la manera como ha trascurrido para mí el día, desde que los primeros rayos del sol me despertaron, hasta el momento en que te vine á ver?

—Sí; sí quiero, dijo Claudio estrechando las pequeñas manos de la niña; pero ten compasión de mí y no me digas que te dejaba indiferente la idea de encontrarme aquí á la caída de la tarde.

—Esta idea ha sido en efecto la única agradable que me ha acompañado desde esta mañana, dijo ella con tanta franqueza, que el joven no pudo menos de sentir una satisfacción profunda. Eran precisamente las seis cuando desperté, continuó diciendo; oía cantar los pájaros y me vestí de prisa para salir á gozar del fresco de la mañana, olvidando de paso, que la Señora Vogán, mi severa abuela, tiene prohibido que se abran las puertas de la casa, antes del desayuno. Á mí me parecía que los pájaros me llamaban y que los árboles me saludaban, pero acordándome repentinamente de la prohibición aquella, regresé luego á mi

cuarto, á esperar sumisamente que llegara la hora de tomar el desayuno.

—Pobre niña, interrumpió él con ternura.

—No me compadezcas y escucha. El cuarto del desayuno, es triste y obscuro; la Señora Vogán conserva siempre las ventanas cerradas, para no dejar entrar el aire y lo mismo hace con las persianas para no dejar entrar el sol; á ella le produce dolor de cabeza el olor de las flores y le molesta el canto de los pájaros. Nos desayunamos en medio de un silencio lúgubre, pocas veces interrumpido por una conversación, que es casi todos los días la misma.

¿Cuál es el asunto de esa conversación? interrogó el joven enamorado, que de veras compadecía á la niña, aún cuando no pudiera evitar, que su relación lo moviera un poco á risa.

—Don Arturo Vogán, prosiguió Azucena, nos cuenta primero cómo durmió y lo que soñó; y en seguida le toca su turno á la Señora Vogán, que hace lo mismo. Después de esto, cesa la conversación, á no ser que un acontecimiento casual la reanime por algunos instantes: la torpeza de algún criado, ú otro asunto igualmente interesante; en fin me ponen á leer durante una hora, en voz alta, un libro de meditaciones, que ya casi sé de memoria. Terminado esto, la señora guarda el libro con mucha solemnidad, y nos ponemos á coser durante una hora más; todo en aquel cuarto sombrío, en que me parece estar, poco menos que en una tumba. Concluída la costura, me llega el turno de escribir cartas, que por cierto dicta en su mayor parte mi señora abuela, y que van dirigidas á personas de mi parentela, que apenas conozco; llegando entre-

tanto la hora de almorzar. Pasamos entonces del obscuro cuarto del desayuno, al melancólico comedor, del cual naturalmente también se excluye el aire y el sol. Una vez que la importante ocupación de comer ha terminado á su vez, se me somete á la más dura de todas las pruebas, que consiste en un paseo en coche, con las ventanillas cerradas y á paso de tortuga, en compañía de mis abuelos: después de lo cual, regresamos á casa para cenar, tocar un poco el piano, jugar á las damas ó al ajedrez, ó para dedicarnos á cualquier otro pasatiempo tan fastidioso como esos. No te extrañará por lo tanto, que espere con cierta satisfacción, la hora de irme á acostar. Hoy es uno de los pocos días, en que por una razón ú otra, se suprime el paseo en coche, y como tu sabes, á esa circunstancia debo el haber podido venir acá.

—No es por cierto una vida muy divertida la que llevas, dijo Claudio.

—¡Divertida! Te aseguro Claudio, que algunas veces tengo miedo de mí misma, miedo de hacer una locura. No tengo más que diez y ocho años y mi corazón está ya deseando todo aquello, que según veo, no se niega á los demás. Tengo anhelo de conocer la vida, en medio de la alegría y de las diversiones: de bailar y cantar, de charlar y reir. Pero nadie parece acordarse de que soy joven: nunca veo caras contentas: nunca oigo una voz sonora y alegre. Cuando canto, la Señora Vegán se molesta y me indica que no haga tanto ruido, y si corro se alarma, creyendo que estoy perdiendo el juicio.

—Yo no veo más que un remedio, para que salgas de esa vida, dijo el joven, sin poder ocultar su emo-

ción, pero mirando atentamente la hermosa cara de su compañera.

—Tengo diez y ocho años, como ya te dije, continuó ella, sin prestar mucha atención á esta indicación, y te aseguro, que mirando hacia atrás, no recuerdo haber tenido un solo día feliz.

—Tu felicidad se realizará tal vez en el porvenir, agregó él, calmándose de nuevo.

—No sé todavía lo que me tendrá reservado el porvenir; pero según parece, pronto saldré de dudas. Pasado mañana, nos pondremos en camino para Bergen, una pequeña población de Alemania, y allí se cumplirá mi destino.

—¿Cuál es tu destino? pregunto él con viveza.

—Te acordarás de lo que ya te referí: la Señora Vogán dice, que haría bien en casarme con Adriano Darcy. Supongo que será un modelo de perfección, es decir, tan reposado, tan medido en todo, y tan estúpido, como los hombres perfectos suelen ser.

—La Señora Vogán no te puede forzar á casarte con nadie, protestó Claudio violentamente.

—No es precisamente fuerza la que se me quiere hacer, pero me predicarán y me instarán, hasta que me vuelva loca, me case, ó haga cosa peor.

—¿Qué clase de sujeto es él? preguntó el joven.

—Su madre era prima de la Señora Vogán; dicen que es rico é inteligente; pero ha de ser también tranquilo y fastidioso, pues de otra suerte no lo hubieran destinado para mí. Por lo demás, el matrimonio es cuestión de interés; pues siendo él pariente de mi abuela, se trata de que reunamos los bienes de dos líneas distintas de la familia.

—Pues si eso es todo, prosiguió Claudio, todavía estás en libertad de hacer lo que más te agrade y convenga. ¿Ya lo has visto á él, alguna vez?

—No, no lo he visto, ni quiero verlo. Me parece imposible, que la persona que la Señora Vogán ha escogido, pueda convenirme á mí. Así estoy con gran sobresalto y tengo mucho miedo de ese viaje á Alemania.

—Yo por mi parte hubiera creído, observó Claudio, que en atención á los vivos deseos de un cambio, que tú tienes, no te disgustaría la idea de ese viaje.

—Será tal vez que soy de mala índole, y así lo creo realmente; pero el caso es, que en lugar de alegrarme, me aburre la idea de viajar en carros ó coches cerrados, sin más compañía que la de mis abuelos. Es cierto que estos son muy buenos conmigo, y que debería amarlos; pero son ya tan ancianos, que se les ha olvidado lo que significa ser joven, y de esta suerte me hacen muy desgraciada.

Como al pronunciar estas palabras, mirase hacia las flores del campo, y sus ojos se humedecieran, Claudio se sintió con ánimo para renovar sus insinuaciones.

—La situación es bien triste, le dijo, y no encuentro más que una solución posible. ¿Me amas de veras, Azucena?

—Te aseguro que no lo sé, replicó ella, con una sonrisa tan inocente, que hubiera abierto los ojos á cualquiera, cuya inteligencia no estuviera ofuscada por la pasión.

—Imposible que no sepas si me amas bastante para que te resuelvas á ser mi esposa.

—No lo sé de veras, replicó ella, sin ruborizarse en

lo más mínimo. Primeramente no comprendo todavía muy bien lo que es el amor; pues la Señora Vogán no permite que se hable de esas cosas; no tengo amigas que me comuniquen sus secretos; y por fin he tenido apenas oportunidad de leer ocultamente algún libro de poesías ó novelas. ¿Cómo quieres pues que sepa, si realmente amo ó no?

—Necesariamente tu corazón ha de tener una voz, y has de oir lo que dice.

—¿Tiene una voz? interrogó ella, con cierta indiferencia. Pues si es así, no ha hablado todavía conmigo.

—No digas eso, Azucena, tú sabes lo mucho que te amo, que no duermo por pensar en tí, y que por ganar tu corazón, permanezco en este lugar, cuando debía encontrarme ya muy lejos. No me digas que todo mi amor, mis desvelos, mi solicitud y mis empeños, han sido inútiles.

Estas palabras, no hicieron desaparecer por completo la expresión de candor, del bello rostro de la niña; aun cuando ella tratara de darse cuenta exacta de la gravedad de la situación.

—No quiero por cierto ser cruel contigo, dijo ella, pero creo que lo mejor es siempre decir la verdad.

—Ya sabes que no te pido más que una cosa, esto es, que tú misma interrogues á tu corazón, y que en seguida me digas, si es amor lo que sientes hacia mí. ¿Te complace estar en mi compañía? ¿Esperas con impaciencia la hora de verme? ¿Piensas en mí cuando estoy ausente?

—Sí, respondió ella con calma, tengo impaciencia

de que llegue la hora de verte; pienso con frecuencia en tí, y sueño de tí toda la noche. En mi memoria se fija cada palabra que pronuncias.

—Entonces me amas, exclamó el joven con ardor, estrechando de nuevo las manos de la niña. Me amas y tendrás que ser mi esposa.

Tampoco esta impetuosa declaración, produjo una impresión visible; pero sin embargo, el joven no acababa de comprender, que ni una chispa de amor, había penetrado aún en el corazón de la niña.

—Tienes que ser mi esposa, continuó él diciendo, porque no hay otra en el mundo á quien yo pueda amar tanto como á tí. Es preciso que salgas de esa triste y obscura casa; yo te llevaré á lejanos países, donde te sonría un cielo de azul perpetuo, donde la música resuene de día y de noche, y donde las horas pasen como minutos. Cruzarás los mares; contemplarás las más elevadas montañas y los más caudalosos ríos, las más populosas ciudades y los más lindos pueblecillos, las más hermosas pinturas y los más grandiosos edificios; irás á teatros y diversiones; respirarás no sólo el perfume de las flores, sino el incienso que los hombres queman, ante la hermosura y la virtud; y en fin consistirá mi mayor felicidad en satisfacer todos sus deseos.

Como por encanto desapareció entonces del hermoso rostro de la niña, la expresión de duda, de indiferencia y de cansancio que había conservado desde que empezara la conversación.

—Eso sería encantador, Claudio, exclamó en un arranque de entusiasmo. ¿Cuándo quieres que hagamos todo eso?

—Tan luego como seas mi esposa, querida mía; sólo de tí depende.

—Apenas puedo imaginarme lo que me estás contando, dijo ella con una expresión de inmensa felicidad; pero bien comprendo que ha de ser hermosísimo el mundo, principalmente para los que son dichosos. No me puedo explicar qué razón pueda haber para que yo no goce también de todas esas bellezas de que leemos y de que tánto nos hablan; tengo tánto anhelo de conocer la vida, como puede tener el sediento venado, de encontrar el cristalino manantial; es una crueldad encerrar en jaulas á los alegres pajarillos, pero aún mayor es la de encerrar á un sér racional, cuando apenas empieza á vivir, con ancianos que ya no recuerdan lo que es la juventud.

—Es indudablemente una crueldad, aseguró él á su vez, y ambos quedaron por un rato, reflexionando en profundo silencio.

—He sido tan desgraciada, continuó ella, reanudando la conversación, que desearía no haber nacido; pareciéndome, que á fin de que la vida fuese medianamente apetecible, debería mezclarse en ella, cuando menos el bien con el mal en partes iguales; la alegría debería alternar con la melancolía. La Señora Vogán dice que hemos nacido para cumplir nuestra misión y atender á nuestras obligaciones: ¿es ese el único objeto de la vida, Claudio? ¿Hemos de trabajar y padecer, sin que un solo rayo de luz ilumine y alegre nuestra existencia? Si no hemos venido á la vida, mas que para sufrir, no me explico lo que nos pueda enseñar el canto de los pájaros, el perfume de las flores, la solemnidad de los bosques, la música de las olas

y tantas otras cosas que despiertan en nosotros tan inexplicables sensaciones y tan dulces esperanzas.

—¡Cuánta razón tienes! dijo Claudio, al mismo tiempo que su mirada se cruzaba con la de Azucena; á nuestra edad, el objeto principal de la vida, es el amor, y no harás otra cosa, que obedecer la voz de la naturaleza, si consientes en ser mi esposa.

—Así te lo prometo, dijo ella por fin; aquella tétrica habitación me está matando, lo mismo que las personas que me rodean.

—No quiero que me tomes por esposo, solamente por escapar de la triste vida que ahora llevas, observó Claudio con un suspiro de tristeza, sino porque en realidad me amas.

—Perdóname que no te entienda, repuso ella; acabo de explicarte mis dudas, y tú has descubierto, y me has asegurado que realmente te amo. ¿Es así ó no?

Tanto candor no podía menos que aumentar el sentimiento de responsabilidad moral que solía asaltar á Claudio, á pesar de la ardiente pasión que lo dominaba; pero al fin el deseo se sobrepuso á la voz de la conciencia, y con una sonrisa melancólica, prosiguió:

—Oye Azucena; quiero que seas mi esposa, porque no puedo vivir sin tí. Me dijiste que pasado mañana saldrás con el Señor y la Señora Vogán para Bergen, en Alemania, en donde te encontrarás con Adriano Darcy; lo cual quiere decir, que después de esa fecha, ya no serás dueña de tus resoluciones. Darcy se casará contigo, y después volverán ambos á tu actual prisión, en donde pasarás el resto de tu vida.

Un sentimiento de terror se apoderó de ella.

—¡Claudio! exclamó con vehemencia, preferiría la muerte á la vida que llevo.

—De igual manera pensaría yo en tu lugar, Azucena, y ya sabes que tu porvenir está en tus propias manos. Si te sometes á las indicaciones de tus abuelos y te dejas dominar por el miedo, podemos despedirnos de una vez; márchate á Bergen, cásate con Darcy, y reconcíliate con la idea de pasar el resto de tu vida en esa quinta que parece tumba; renuncia á todo lo que hay de hermoso en el mundo y procura imitar á la Señora Vogán, á la cual tendrás que parecerte con el tiempo, en lo formal, en lo tieso y en lo intratable. Pero si al contrario te prestas á oirme, no volverás á tener una sola hora de despecho ó de fastidio; llevarás una vida de amor y de alegría.

—¿Qué es lo que me pides? preguntó ella entonces resignadamente.

—Á fin de asegurar nuestra mutua felicidad, desearía que mañana en la noche, fuésemos á la estación de Acton; allí tomaremos el tren para Londres, y pasado mañana, en lugar de que tu partas para Bergen, nos casaremos legalmente, empezando así para tí una nueva vida, de amor, de placeres y de distracciones tan agradables como inocentes é instructivas.

Una expresión de recelo apareció inmediatamente en la cara de la joven; pero á la juventud se le persuade fácilmente, sobre todo cuando trata esta de llevar á efecto un vivo deseo; y así pudo Claudio aventurarse á decir:

—Naturalmente, tendremos que apelar á la fuga; la cual no dejará de causar alguna sensación en el público; pero como inmediatamente procederemos al

matrimonio, no creo que tendremos mucha dificultad en obtener una reconciliación; abriéndose en seguida para nosotros una vida de eterna felicidad.

—¡Una fuga, Claudio! no me atrevo á pensar en ello: ¿no sería eso una mala acción y hasta una infamia?

—No lo creas; Lady Helmedale se fugó con su actual esposo y son ahora en extremo felices; fugas de esa especie son bastante frecuentes, y hay que convenir en que tienen mucho de romántico.

—¿Pero, se pueden justificar? insistía ella de nuevo.

—Confieso que en algunos casos no; pero en el nuestro creo que sí. Desde luego debe tranquilizarte la idea, que teniendo yo la intención de hacerte mi esposa, no te pediré una cosa que pudiera perjudicarte más tarde. Aun cuando seas joven, debes reconocer, que en el presente caso, la fuga es justificable: tu eres en realidad una princesa cautiva y yo soy el caballero llamado á libertarte de la prisión, y abrirte en seguida las puertas de un mundo encantado, que apenas has comenzado á vislumbrar. Será un romance, no simplemente para leerlo, sino en el cual tomarás parte activa. En seguida, con su rica y alegre voz, comenzó á cantar aquello de: Nada me apartará de ti, ni muros ni prisiones, amor mío . . .

—Hay sin embargo una dificultad, observó ella, mi abuela, cierra todas las puertas y se lleva las llaves á su cuarto.

—Cuando se toma una resolución decisiva, no puede haber dificultades de esa especie. Si no me equivoco, la biblioteca tiene una ventana que llega

casi hasta el suelo; sería muy fácil dejarla sin llave y cerrar tú misma las persianas para que no se notase ese aparente descuido.

—Pero nunca he salido sola de noche, continuó ella haciendo objeciones.

—Te aseguro que no estarás mucho tiempo sola, si únicamente puedes resolverte á salir de casa; pues yo te esperaré al extremo de la alameda, y de allí marcharemos juntos á la estación. El tren sale de Acton á media noche y llega á Londres á las seis de la mañana. Tengo allí una anciana tía, que hará cualquier cosa por nosotros; te dejaré con ella mientras doy los pasos necesarios, y el mismo día nos casaremos.

—¡Qué bien preparado lo tienes ya todo! dijo ella sin poder disimular la admiración que esto le causaba. Has de haber reflexionado mucho, sobre el asunto.

—Apenas he pensado últimamente en otra cosa, prosiguió él diciendo. Una vez que estemos casados, escribiremos á Don Arturo y á la Señora Vogán, comunicándoles nuestro enlace y pidiendo su perdón; para tomar en seguida rumbo al Sur, en donde admiraremos la naturaleza en todo su esplendor, en lugar de que te vayas á enterrar á ese pueblo de Bergen, que ha de ser sin duda, de lo más triste y monótono. En Alemania permanecerás encerrada, mientras que en el Sur todos te buscarán y te rendirán homenaje. ¡Eres tan hermosa, Azucena!

—¿Soy realmente tan hermosa? La Señora Vogán dice que la hermosura es perniciosa.

—La Señora Vogán es . . .; más vale que no ha-

blemos de eso, dijo él, cambiando el tono, con que había empezado al contemplar la asombrada cara de la niña; la Señora Vogán ha olvidado que ella también fué joven y hermosa. Dime pues, Azucena: ¿quieres hacer lo que deseo?

—¿No hablará la gente mal de mí? interrogó ella, en un tono que indicaba que no tardaría en ceder por completo.

—No necesitas contestar ahora, dijo él, en un momento de remordimiento. Piénsalo bien de hoy á mañana, y entonces resolverás si te decides por la libertad conmigo, ó el cautiverio sin mí.

—Pero Claudio, repuso ella violentamente, como si de repente una nueva luz hubiera alumbrado su inteligencia: ¿qué necesidad hay de una fuga? ¿Por qué no preguntas á mi abuela? Podría ser que consintiera.

—No consentirá; estoy seguro de ello. Se negará, te vigilarán con más cuidado, y pasado mañana, tendrás que partir infaliblemente para Alemania, quieras ó no. Debes convencerte, que no hay más salvación que en la fuga. Piénsalo bien durante la noche y mañana me avisarás.

—¿Cómo quieres que te avise? dijo ella; estaré encerrada todo el día, como ya lo sabes, siendo cosa rara que pueda desprenderme como lo hice hoy. Será pues casi imposible que te vea.

—También esta dificultad se puede vencer con un poco de buena voluntad, agregó Claudio. Si no puedes hablarme, podrás hacerme una señal; y para este objeto me acuerdo que tu eres la que cuida las flores en el balcón que mira al oriente.

—Sí, es cierto, dijo ella, yo quito y pongo ahí las flores.

—Perfectamente, continuó él. Si después de haber reflexionado con calma, te decides á favor mío y de tu libertad, pondrás rosas blancas en el balcón; nada más que rosas blancas; pero si por el contrario te decides á continuar en tu fatal cautiverio, pondrás rosas encarnadas. Si mañana temprano veo las rosas blancas, ya sé que esto significa "iré contigo"; pero si veo las encarnadas, ya sé que quiere decir "¡Adiós Claudio!" ¿No lo olvidarás Azucena?

—Puedes confiar en que no lo olvidaré, aseguró ella.

Despertó con nuevo ardor, después de estas palabras, la pasión que animaba al joven; contribuyendo no poco á exaltarla aún más, la satisfacción que á su vanidad causaba la proximidad del triunfo. ¡Cuán cariñoso se puso entonces con ella! ¡Cuántos requiebros, lisonjas y juramentos brotaron de sus labios! ¡Su amor sería eterno, su devoción absoluta, y ella, la más hermosa de las mujeres, sólo necesitaría ordenar en lo sucesivo, para ver cumplidos sus deseos!

Entretanto se ponía la joven á cada instante más silenciosa y seria. Se admiraba de que su tranquilidad casi no se alterase y de que no se comunicaran á ella también, los transportes de amor, que observaba en el que ya empezaba á considerar como su futuro esposo. Que ella le amaba, le parecía cosa cierta, puesto que él así lo había asegurado; él que tanta experiencia tenía y que por lo mismo debía saberlo. Con todo eso, Azucena recordaba haber tenido una idea distinta

del amor y se admiraba de que este causara tan poco placer.

—¡Cuánto exageran los poetas! se decía á sí misma, mientras él se deshacía en protestas de amor, de fidelidad y de admiración hacia su hermosura. ¡Cuán grande hacen el amor y cuán pequeño es en realidad! Suspiró profundamente al hacer estas reflexiones, y á pesar de las ardientes manifestaciones de Claudio, dijo con voz apenas perceptible:

—Tengo que retirarme, porque Don Arturo y la Señora Vogán regresarán á casa á las ocho.

—Antes de que te despidas, dime: ¿podré contar con tu amor? Creo que de tu resolución depende mi vida, y espero que no me desecharás.

—Tengo que pensarlo bien, dijo ella, volviéndose hacia la vereda por donde había venido, en ademán de despedirse, pero mirando hacia el suelo. Claudio apenas tuvo tiempo de manifestar el desconsuelo que le causaba tener que separarse tan pronto y de estampar por primera vez un beso en la linda mano que se le extendía. Momentos después, la joven había desaparecido.

La obscuridad comenzaba á extenderse sobre aquel hermoso bosque; el viento silbaba con mayor fuerza, poniendo en movimiento las copas de los erguidos árboles, doblando las ramas y arrastrando las hojas caídas; los pájaros suspendían su alegre canto y el murmullo del arroyo, parecía espirar poco á poco en medio del confuso ruido, que acompañaba la entrada de la noche. Alijerando el paso, se dirijió Azucena hacia aquella quinta, de aspecto noble pero sombrío, que á ella le parecía una prisión. No obstante esta

última circunstancia, y á pesar de las seductoras pinturas, las manifestaciones de amor y los juramentos de Claudio, la joven no podía vencer la repugnancia que la idea de una fuga le causaba; la promesa que ella misma había hecho, pesaba sensiblemente sobre su conciencia y sólo la esperanza de conquistar la ansiada libertad, era la que mantenía la lucha en su interior y la que le comunicaba la energía necesaria, para poder pensar en abandonar ocultamente el hogar paterno. Al llegar á la quinta, se detuvo para contemplar la majestuosa puerta y las elevadas murallas, que en su extrafalaria ornamentación, respondían sin duda á ideas y gustos distintos de los de nuestra época, pero que á ella parecían en este momento burlarse de las desgracias humanas. Le sobrevino de nuevo el sentimiento de sujeción en que se encontraba, y volviendo la vista hacia atrás, cuando los últimos rayos del sol iluminaban de púrpura el horizonte, se dijo á sí misma:

—¿Qué le contestaré? . . . No; no puedo decidirme tan pronto; todavía tengo tiempo de reflexionar hasta mañana. Y al decir esto, abrió la pesada puerta, para entrar en los melancólicos corredores de aquel silencioso castillo.

CAPÍTULO II

Don Arturo Vogán y su esposa, vivían en el castillo llamado "El Retiro de la Reina," situado en el condado de Derby, en un lugar de lo más pintoresco, que atraía gran número de artistas, poetas, ó simples paseantes, que venían á distraerse, ó á descansar de los trabajos que impone la vida en las grandes ciudades. Debía su existencia á la buena reina Isabel de York, que al construirlo tuvo tal vez uno de los escasos placeres, de su poco afortunada vida. El estilo era el que había predominado en tiempo de los reyes de la casa Tudor; las dimensiones eran considerables; los cuartos bastante altos; siendo una de las particularidades del edificio, que estuviera extraordinariamente recargado de figuras y adornos. No parecía sino que la ambición del arquitecto hubiera consistido en cubrir de esculturas toda la superficie disponible: cabezas de fauno, sátiros, animales, flores, frutas, etc., se veían por todas partes á donde se dirijiese la vista.

Á la exaltada fantasía de Azucena Vogán, parecía la quinta realmente poblada de esos seres melancólicos y silenciosos; expresión más bien de tristeza, que no de la alegría, que debía reinar en aquel sitio; y raras veces pensaba en los recuerdos históricos, que le daban

especial interés. La reina Isabel de York, que como dijimos, había sido la que construyó la quinta, no gozó mucho tiempo de la satisfacción que le pudiera proporcionar, pues murió poco después, alcanzando sin embargo á presenciar antes de su muerte, los esponsales de su hija Margarita con el rey Jaime IV de Escocia, que se verificaron allí mismo. Al morir la reina Isabel, Sir Dunstan Vogán había comprado la finca, que desde entonces quedó en propiedad á su familia, la cual había hecho de ella su residencia ordinaria.

No obstante que el Retiro de la Reina era un lugar pintoresco, no se podía decir que fuera una residencia amena. Los cuartos eran obscuros, no tanto por lo estrecho de las ventanas, como á causa de los árboles gigantescos que les daban sombra; conociéndose por lo demás, que el edificio se había construído en una época, en que se daba más importancia á la magnificencia, que á la verdadera comodidad, la cual no puede existir, sin que tenga fácil entrada el aire y la luz. Es cierto que derribando los árboles más cercanos, hubieran mejorado las condiciones de la casa, en el sentido indicado; pero el deshacerse de aquellos venerables testigos de los tiempos pasados, hubiera parecido á la familia Vogán, una especie de sacrilegio; y así permanecían en pie, contemplando las generaciones sucesivas, que habitaban el castillo.

De padre á hijo, había ido pasando el castillo, hasta parar en poder de su actual propietario, Don Arturo Vogán, que lo había heredado, siendo todavía muy joven. Don Arturo, que era un hombre frío, taciturno y reservado, había encontrado una esposa,

que le igualaba ó superaba en estas cualidades, á las cuales se unían en ella, un orgullo poco generoso, una rigidez excesiva, y un apego decidido á las antiguas costumbres y formalidades. Si Don Arturo por indiferencia, dejaba de ocuparse del mundo que lo rodeaba, ella por su parte no era capaz de comprenderlo, principalmente en lo que se refería á la juventud alegre, entusiasta, despreocupada y amante de lo poético y de lo extraordinario. Lo bello, lo grande, lo heróico, era para ella un mundo poco conocido.

De este matrimonio había nacido un solo hijo, á quien ambos amaban tiernamente, pero á su manera, es decir, que el amor paterno no había alcanzado á modificar la rigidez y aspereza de los esposos. Por un capricho de la naturaleza, el hijo resultó ser con el tiempo, opuesto en casi todo á sus padres. De carácter jovial é inteligente, lleno de nobles ambiciones, tenía una inclinación marcada á correr el mundo y á buscar aventuras; amaba y respetaba á sus padres, pero la tiesa formalidad de la casa le repugnaba en extremo; y ya fuera para escapar de esa vida, ó ya por afición, se dedicó á la carrera militar, muy á disgusto de sus padres. Especialmente la Señora Vogán, no podía comprender la causa, de que su hijo no estuviera contento en la casa, como lo había estado siempre su esposo.

El capitán Raimundo Vogán, gozó alegremente de la vida durante el tiempo que permaneció de guarnición en Inglaterra; y habiéndose enamorado de la hermosa y delicada Clara Brandón, no tardó en casarse con ella. La Señora Vogán se puso de lo más

contenta; pues aun cuando no dejaba de sentir, que su nuera no fuese rica, adornaban á ésta tan bellas cualidades y era de tan noble familia, que bien se podía olvidar esa otra circunstancia; tanto más, cuanto que los Vogán poseían cuantiosos bienes. Era Clara Brandón, de presencia y modales distinguidos, de excelente educación, y descendía en línea recta del célebre Brandón, Duque de Suffolk; siendo así natural que sus suegros la recibieran, después de su casamiento, con extraordinaria satisfacción y regocijo.

Un año habían vivido los recién casados, sin que ningún contratiempo viniera á turbar su felicidad, cuando llegaron á Inglaterra las terribles noticias de la sublevación en la India; recibiendo el regimiento en que servía Raimundo Vogán, orden de alistarse para salir á campaña. Fué este un golpe terrible para la familia. Á pesar de los peligros, Clara no hubiera vacilado en ponerse también en camino, á cualquier parte que fuera, pero su estado delicado no lo permitía y la separación era inevitable. Una desesperación terrible se apoderó entónces de ella, como si previera la desgracia que había de sobrevenir, y en vista de que sabía que las súplicas serían inútiles, ante la inquebrantable resolución de su esposo. Si se hubiera tratado de una guerra insignificante y de escaso peligro, el joven capitán hubiera buscado y encontrado manera de sustraerse al servicio; pero en aquellas circunstancias, en que la nación necesitaba hasta su último soldado, se hubiera considerado cobardía, dejar de acudir al llamamiento; tal conducta jamás pudiera corresponder á la dignidad de la casa Vogán, cuyo

lema era: "Fiel hasta la muerte." Procuró pues Raimundo, al sonar la hora de la partida, consolar á su esposa, de la mejor manera posible; pero ella lo abrazaba con la fuerza de la desesperación, convencida como decía estar, de que si la abandonaba, no lo volvería á ver jamás. Un desmayo que le sobrevino, puso fin á esta angustiosa escena; y cuando ella recobró los sentidos, su esposo había desaparecido.

No era posible dejar sola á la joven esposa, en el estado en que se encontraba, y fué por lo tanto trasladada de la casa de Raimundo, al Retiro de la Reina, en donde sus suegros se dedicaron á atenderla, con todo el empeño de que eran capaces. Antes de partir, Raimundo le había suplicado encarecidamente se cuidase por amor á él y procurase ser feliz, á fin de que cuando él regresara, la encontrase en buena salud. Pero ella no creía volverlo á ver y aunque, conforme al deseo de su esposo, procuraba conservarse bien, una letal melancolía la iba consumiendo lentamente. Ella, la huérfana, se había acostumbrado en el corto tiempo que llevaba de casada, á considerar á su esposo, casi como el único objeto de sus pensamientos, como el sol que le sonreía en el hogar y que la guiaba por esta vida. ¿Cómo podría ahora vivir sin él?

Sin embargo de esto, pudo conservar sus fuerzas, hasta el día del feliz acontecimiento, que la familia esperaba; dando á luz una niña, que con su apacible rostro, parecía pedir perdón, de no ser varón, para satisfacer por completo las esperanzas de la casa de los Vogán. Tan linda pareció á todos, que desde luego

se convino en que se le diera el nombre de una flor: Rosa, Violeta y otros nombres se propusieron, sin encontrar aprobación; hasta que registrando los anales de la familia, se encontró un nombre del agrado de todos, y este fué en efecto, el que le quedó á la niña: Azucena.

CAPÍTULO III

El fatal presentimiento de la desgraciada Clara, no tardó mucho en cumplirse. La Señora Vogán, que fué la que recibió primero la noticia de la muerte de su hijo, procuró mitigar el duro golpe que debía recibir su nuera, aparentando tener aún algunas esperanzas; pero Clara comprendió al instante la terrible realidad:

—No me ocultéis que ha muerto, dijo con resignación; ya sabía yo que jamás había de volver á verlo.

Para la joven esposa, en el estado en que se encontraba, la noticia equivalía á una sentencia de muerte. Aunque desde la partida de su esposo, estaba preparada al triste acontecimiento, que ahora había sobrevenido en efecto, su delicada naturaleza no le permitió resistir esta desgracia, empezando desde entónces á decaer visiblemente. No se quejaba, pero parecía resuelta á no abandonar ya el lecho; su calma, su paciencia y su creciente palidez, no parecían ya de este mundo, y un día que la Señora Vogán, á fin de alentarla un poco, le aseguró que tenía mejor semblante, ella le contestó con una melancólica sonrisa:

—He estado soñando de Raimundo, y ahora sí creo que pronto le volveré á ver.

Una hora después, cuando se acercaron á ella para preguntarle si necesitaba algo, la encontraron ya muerta, con la niña en los brazos y con la misma sonrisa en el semblante, que poco antes le había inspirado el recuerdo de su adorado esposo.

Desde ese día, la pobre Azucena, huérfana apenas había visto la luz del mundo, quedó al cuidado de sus abuelos, en aquella casa sombría, de que antes procuramos hacer una descripción. Don Arturo y su esposa, sintieron profundamente la muerte de su hijo único, y como á causa de este suceso, perdiera para ellos la vida, la mayor parte de sus atractivos, no era posible que el carácter de esos dos esposos, ya naturalmente adusto y retraido, dejara de agriarse, hasta el grado de aparecer repulsivo. Ambos amaban á la niña, pero la misma presencia de ésta, tenía que despertar en ellos los recuerdos de la irreparable pérdida que habían sufrido; y así sucedió, que faltando en las relaciones de familia, el calor de una afecto íntimo y sin sombra, predominara en el castillo, aun con mayor rigidez que antes, el antiguo espíritu de fría formalidad.

La niña recibió una educación conforme á los principios indicados: se levantaba á hora fija, leía, estudiaba, aprendía música; todo con la regularidad de un reloj, sin que ella encontrase, ni entre la servidumbre—compuesta también de viejos—quien le dirigiera las tiernas palabras y consejos de una madre, ni quien le hablara en el lenguaje de la juventud, ni quien compartiera con ella las escasas distracciones que el lugar ofrecía.

Los alrededores del Retiro de la Reina no eran

muy poblados; y por tal motivo era también escaso el número de personas con quienes la familia Vogán tenía relaciones de amistad, no encontrándose casi joven alguno, entre esas pocas personas. Con todo eso, nadie tomaba en consideración, que no era natural, que Azucena se criara en tal atmósfera, y que siendo niña, tendría que buscar instintivamente la sociedad de los que se encontraban en la misma edad; que los alegres fuegos, le hacían tanta falta, como los recreos de la imaginación, que en la juventud no son tal vez en su mayor parte, mas que vagas esperanzas, aspiraciones irrealizables y vanas ilusiones, pero que sin embargo tienen, no sólo su razón de ser, sino aún aquel encanto especial, que son muy pocos, los que no lo saben apreciar. Es cierto que la Señora Vogán se había acordado ocasionalmente, que á los muchachos les gusta jugar, y así había considerado oportuno mandar traer algunos juguetes para la niña; pero aun los juegos los arreglaba á hora fija y con la misma formalidad que se observaba en el castillo en cuanto á todos los demás actos de la vida.

Á la larga era sin embargo inútil hacer violencia á la naturaleza, pretendiendo amoldar el genio de la nieta al de los abuelos. Por grande que fuese la severidad con que se trataba á la joven, reprimiendo enérgicamente sus arrebatos fantásticos y algunas protestas que solía arrancarle la desesperación del fastidio, ella seguía su camino, no exactamente como otras jóvenes, porque le faltaba el contacto con el mundo, pero sí conforme á lo que los impulsos de la juventud le dictaban. Otras niñas, en igualdad de circunstancias, hubieran adquirido un carácter falso y aún perverso,

pero la índole de Azucena era demasiado bondadosa, para que esto fuera posible, no pudiéndose evitar sin embargo, que aprendiera á ejercitar el disimulo, ocultando con demasiada frecuencia lo más íntimo de sus sentimientos. ¿ Á qué pudiera conducir, en efecto, que manifestara con franqueza lo que pensaba, si nadie parecía comprenderla? Ya en varias ocasiones, en que le fuera imposible contenerse, exponiendo claramente sus verdaderos sentimientos, los abuelos se habían alarmado, manifestando su desaprobación en términos bastante duros: "la niña va por mala senda," solían decir en tales casos, y su semblante tomaba un aspecto aún más duro que de costumbre.

Poco tiempo después de que Azucena había cumplido trece años de edad, dos circunstancias distintas le proporcionaron cierto alivio en su monótona vida: primeramente se le mandó traer un maestro de piano de la pequeña ciudad de Acton, y en seguida hizo un hallazgo, que le causó no poco regocijo; consistiendo este último en una llave, que se adaptaba á la cerradura de la puerta de la biblioteca. ¡ Cuántas veces había deseado la pobre niña, que le permitieran leer algunos de esos libros! Pero cada vez que se dirigía con este motivo á Don Arturo, recibía por contestación, que allí no había libros que ella pudiera entender, ó que fueran adecuados á su edad.

Repentinamente quedó vencida esa dificultad, de la manera mencionada, y Azucena no dejó de aprovechar la feliz casualidad. Don Arturo visitaba muy poco la biblioteca y por lo mismo era también muy escasa la atención que dedicaba á los libros; encontrándose éstos por tal motivo á disposición de la niña,

la cual sacaba impunemente, aquellos que más le gustaban. Había entre esos libros, muchos verdaderamente instructivos y útiles, pero había también otros, cuya lectura no era de lo más conveniente; debiendo agregarse, que como la inexperta joven, no tenía quien la guiase, ni quien le hiciera indicación alguna, resultó que leía de todo: bueno y malo mezclado, como lo iba queriendo el acaso.

La instrucción que adquirió así, no podía ser más que un confuso conjunto de conocimientos de todas especies, así como de teorías contradictorias, especialmente en cuanto á lo justo y lo injusto; formado todo bajo el influjo de su inclinación hacia lo poético y lo fantástico. Los libros le decían, que fuera del mundo que la rodeaba, había otro lleno de atractivos, que ella no conocía; las novelas y los libros de poesías en particular, le hacían pinturas y descripciones, que ella admitía como una relación exacta, de lo que en realidad sucedía en ese mundo, á que ella no tenía entrada, y hubiera sido muy difícil en aquel tiempo, hacerle comprender, que los hombres son muy distintos del ideal, que con la lectura, ella había forjado en su imaginación. En tal estado se hallaba su espíritu, cuando empezaron á desarrollarse los acontecimientos que vamos á narrar.

Un día, en que más preocupada estaban con lo que acabase de leer, se le acercó la Señora Vogán, y en tono grave la invitó á que la siguiera á su cuarto, con el objeto de hablarle de un asunto que le importaba.

—Ya me puedo figurar de lo que se trata, pensó Azucena, mi buena abuela tendrá preparado un sermón, porque dije alguna palabra de más ó de menos.

Pero esta vez, la joven se había equivocado. La Señora Vogán recibió á su nieta con una amabilidad poco común en ella, y después de haberle indicado que tomara una silla, se sentó ella misma en un sillón, con toda la calma de una persona que se prepara á entablar una larga conversación.

—Querida Azucena, comenzó diciendo, tú sabes perfectamente que á la edad á que has llegado, se te puede considerar ya como una verdadera señorita; y creo que por lo mismo es tiempo, de que conozcas los proyectos que Don Arturo y yo tenemos respecto á ti.

—Ha de ser alguna cosa en extremo fastidiosa, dijo ahora entre sí la niña, sin que la comunicación de su abuela, alcanzara á excitar sobremanera su curiosidad.

—No podrás desconocer, prosiguió su abuela, que nosotros nunca hemos dejado de poner en tu conocimiento, lo que pensamos respecto á tu posición en la familia. Tu eres la única hija de nuestro único hijo, pero no hemos convenido á pesar de ello, en que el Retiro de la Reina te tocase en herencia.

—Eso no me importa, repuso Azucena, porque á decir la verdad, yo no sabría qué hacer con este lúgubre castillo.

—No se trata de eso, interrumpió la Señora Vogán, con un gesto de impaciencia, sino de que hasta ahora, no hemos dispuesto, que seas nuestra heredera universal en títulos y haciendas, porque opinamos, que el jefe de la casa, deberá ser varón. Naturalmente no te quedarás en ningún caso sin herencia, pues yo tengo fortuna propia y esa ha de pasar á tu poder. Don Adriano Darcy, de quien habrás oído hablar, es el que tomará posesión del Retiro de la

Reina, á no ser que algún acontecimiento inesperado nos separe de él; y en tal virtud, no te sorprenderá, que sea nuestro más vehemente deseo, el que te resolvieras á contraer matrimonio con ese caballero que tanto apreciamos.

Á pesar de la precaución que la Señora Vogán había observado, para preparar á su nieta, esta quedó sin embargo, verdaderamente atónita al oir estas palabras. Ella, que conforme á las ideas que se había formado, se figuraba el matrimonio precedido de toda una serie de particulares emociones y de poéticas aventuras, se veía ahora ante la espectativa, de que se le uniera á un individuo, que ni aun conocía, sin más ceremonia que la que se observa para el arreglo de un negocio mercantil. ¿Había de ser este todo el romance de su vida? ¿Había de cambiar simplemente de amo, quedando para siempre enterrada en aquel triste edificio? Esto no era posible que lo soportara, y apoderándose de ella lentamente el espíritu de independencia lastimado, no pudo menos que preguntar en un tono bastante despreciativo:

—¿Cómo quiere Vd. que me case con un hombre que jamás he visto?

—Desearía que trataras esta cuestión con más calma, dijo la Señora Vogán, y que no te negaras, simplemente porque no conoces á la persona que te proponemos. Adriano Darcy, nos ha demostrado siempre mucho cariño; ahora se encuentra en Alemania, viajando por placer, y como consideramos que un viaje sería para nosotros también una distracción agradable, hemos arreglado ir á encontrarlo próximamente en la pequeña población de Bergen. Estoy casi convenci-

da, de que te agradará; tiene nuestros mismos gustos y es en todo un caballero perfecto.

—¿ Está él enterado de vuestras intenciones? preguntó Azucena, visiblemente alarmada.

—Por cierto que todavía no. Entre las familias como la nuestra, los matrimonios no se arreglan como entre los plebeyos; son en cierto grado negocios de estado y requieren no poca diplomacia y tacto.

—¿ El matrimonio de mis padres fué también negocio diplomático? interrogó la joven.

—El suyo no, porque á tu padre le gustaba seguir sus inclinaciones; pero no hay que olvidar, que estaba en aptitud de proceder así: era hijo único y heredero del Retiro de la Reina.

—Ya comprendo lo que me queréis decir, repuso Azucena, sonriendo irónicamente; yo no tengo voluntad propia y ya sé que si le gusto á Don Adriano se casará conmigo; pero por otra parte supongo que también será lícito preguntar, lo que sucederá si no soy de su agrado.

—No hay que desalentarse por esto, pues lo que te digo no es hasta ahora más que un proyecto, que para su realización, tal vez necesite algún tiempo. Tu tienes buena presencia, fisonomía aristocrática, y gracias á la educación que te hemos dado, no tienes la cabeza llena de las extravagancias propias de otras jóvenes; pareciéndome por tal motivo, que no dejarás de agradar á Darcy. Puedes en consecuencia pensar en prepararte para el viaje; pues á no haber algún contratiempo, que á nadie es dado prever, nos pondremos en camino para Bergen hacia mediados del mes de Julio.

—En vista de lo que me habéis dicho, es cosa de poca importancia el que Don Adriano me guste ó no, dijo Azucena levantándose de la silla, como para terminar la conversación.

—Repito que no debes exaltarte tanto, dijo la Señora Vogán, con su acostumbrada fría tranquilidad. Una vez que te hayamos presentado al Sr. Darcy, creo que con una poca de buena voluntad, no te será difícil dar satisfacción á nuestros deseos. Es ya tiempo que hagas á un lado esas ideas poéticas y novelescas, que has recogido no sé yo dónde, y que procures conducirte, conforme á lo que debe esperarse de una joven bien educada. Ahora puedes retirarte, porque tengo sueño y voy á dormir un rato.

CAPÍTULO IV

Todo un mundo de ideas distintas y de violentas emociones, asaltaban á la pobre Azucena, al salir del cuarto de su abuela; pero una vez que se vió sola, empezó á calmarse, coordinando y analizando lo que acababa de oir. ¡Qué papel tan poco digno era el que se pretendía que hiciera! Como si fuese vil mercancía, se le iba á ofrecer á un caballero, y este decidiría si había de casarse con ella, ó si la condenaría á regresar desaviada á su antigua prisión. Tan sólo el pensar en esto, le parecía una cosa insoportable.

—¡Esto no es justo! decía entre sí repetidas veces; todos los seres de este mundo, menos yo, gozan de su libertad, son felices á su manera, aman y son amados, sin intervención de nadie ¿qué razón hay, para que yo no comparta, ni los privilegios de los pájaros en los árboles? Protesto contra mi suerte.

Como si el destino se complaciera en acumular tentaciones, al mismo tiempo que se daban á la joven estos justos motivos de queja, vinieron á entablarse las relaciones entre Azucena y Claudio Lenox, que ya conocen en parte nuestros lectores.

Entre las personas con quienes trataban los esposos Vogán, se encontraba el coronel retirado Lenox y

su señora; ambos ancianos y sin hijos, que vivían en una finca de su propiedad, vecina del Retiro de la Reina, y que se designaba con el nombre de "Parque de Acton." La circunstancia de que los Lenox no tuvieran familia, había influido hasta entonces no poco, en el ánimo de la Señora Vogán, induciéndola á cultivar de preferencia aquella amistad; pero hacia el tiempo á que llegamos antes, en nuestra narración de los acontecimientos en la casa Vogán, el coronel Lenox recibió carta de una cuñada suya, viuda de un hermano que había tenido, y que vivía en Londres, ofreciéndole venir á pasar una temporada al Parque de Acton con su hijo Claudio. El coronel, que no había visto á su sobrino hacía ya mucho tiempo, aceptó con gusto la oferta, y pronto vinieron á establecerse madre é hijo en aquella finca, tan inmediata al Retiro de la Reina. Ni Claudio ni su madre, eran muy afectos á la vida del campo; pero ella, á pesar de ser ya rica, opinaba que la herencia del Parque de Acton, no era cosa que debía despreciarse para su hijo, y á fin de asegurarla en lo posible, finjía estar de lo más contenta al lado de su cuñado. Éste á su vez, procuraba entretener á sus huéspedes de cuanta manera podía, con fiestas, paseos, cacerías, etc.

En una de esas fiestas, Claudio se encontró con Azucena, enamorándose de ella inmediatamente. Aquella fina cara, con sus grandes ojos de azul obscuro, que descubrían la viveza de sus sentimientos; aquella esbelta figura, á la cual los graciosos modales daban mayor realce; aquella mezcla de candor, de poesía y de originalidad en su conversación, que era el fruto de su educación particular, cautivaron por completo al entusiasta joven. En su entusiasmo

había sin embargo algo de vanidad; pues no sólo deseaba unirse á aquella joven, que le prometía ser una incomparable esposa, sino que gozaba anticipadamente, de la satisfacción que le causaría presentarla á sus parientes y amigos, que no podrían menos de admirar su gusto ó envidiar su buena suerte.

Creyó Claudio, que lo más conveniente sería entenderse con la Señora Vogán, por medio de algunas insinuaciones indirectas pero comprensibles. Procedió en efecto conforme á esa idea, pero desde luego tropezó con una resistencia que no había esperado, habiéndosele dado á entender, que la joven era ya la prometida de otra persona. La Señora Vogán no dijo quién era esa persona; pero en cuanto á Claudio, el solo hecho de que se rechazara su proposición, bastó, aun cuando no conociera á su rival, para enardecer su amor propio, al mismo tiempo que su afecto hacia la poética niña, mantenida en el encierro, como él se decía, por parientes sin entrañas.

La consecuencia inmediata de la malograda tentativa de Claudio, fué que la Señora Vogán empezara á vigilar á Azucena, y que procurase evitar que los dos jóvenes volvieran á verse. Los Vogán suspendieron sus visitas al Parque de Acton con diferentes pretextos y cuando Claudio iba al Retiro de la Reina, se disponían las cosas de tal manera, que Azucena no estuviera presente durante la visita. Pero no era solo la Señora Vogán á quien desagradaba el joven, sino también á Don Arturo, que aún cuando no le había manifestado clara y directamente su opinión, sí se la había dado á entender, una vez que lo encontró conversando á solas con Azucena. Por lo demás con-

vinieron ambos esposos, después de una conferencia que tuvieron, en que no se hablase para nada del asunto á su nieta, temiendo que la oposición despertase realmente en la niña, el amor hacia Claudio Lenox, que según suponían, hasta entonces no existía. Esta torpe política, que era mezcla de severidad y de disimulo, fué en gran parte, la que había de atraer á la pobre Azucena, toda una serie de desgracias; pues siendo ella de buena índole, lo único que necesitaba, era una persona á quien confiara y que la condujese por el buen camino.

Claudio por su parte, se sentía de lo más lastimado en su amor propio, como ya dijimos antes. Era rico, joven y hermoso; pertenecía á una casa, de la cual se decía, que el éxito en la guerra y en el amor, la acompañaba siempre; sabía que cuando gustase, podría casarse con Lady Constanza Granville y que Lady Harvey deseaba se casara con su hija; y ahora que él se había fijado en una joven á su gusto, se la negaban los tutores. No; esto no podía ser, y él había de triunfar, de cualquier manera y á costa de cualquier sacrificio.

Por lo pronto finjió á fin de adormecer á sus enemigos, no acordarse ya de Azucena; pero al mismo tiempo finjió también, estar encantado de la vida del campo y de la compañía de su tío, el cual por su parte correspondía sinceramente á las demostraciones de afecto de su buen sobrino. No atreviéndose Claudio por lo demás á escribir á Azucena, temiendo recibiera mal este paso, apeló á otro medio, tan común como seguro, que fué el de corromper la fidelidad de un criado, por medio de una pequeña moneda de oro y la promesa de darle otra mayor. Como Azucena

solía salir á pasear al bosque, el fiel sirviente del Retiro de la Reina, no necesitaba más que espiar una de esas ocasiones y llevar á todo correr el aviso á Don Claudio; el cual acudiendo á su vez, se encontraría á la joven como por mera casualidad.

El arreglo era demasiado sencillo y bien pensado, para que dejase de tener éxito; como en efecto lo tuvo á los pocas días de haberse ajustado el tratado entre el caballero y el criado. Claudio se aprovechó con tanta destreza, de la hora escasa que duró la primera entrevista, que al separarse había obtenido de parte de la niña, la promesa de acudir de nuevo al mismo lugar. Tuvo en lo sucesivo mucho cuidado, de hacer resaltar lo qué esas entrevistas clandestinas tenían de poético y de natural, en la vida de los jóvenes, á quienes se coartaba injustamente su libertad; desvaneciendo los temores de Azucena, que recelaba, hubiera alguna falta de decoro en su conducta. Ella era joven, impresionable, afecta á lo extraordinario, por lo mismo que se le condenaba á la monotonía, y de esta suerte se fué acostumbrando á seguir las indicaciones de Claudio; no pudiendo éste sin embargo lograr lo que más deseaba: una franca y terminante manifestación, de que la joven correspondía su amor. Á ella le causaba cierta alegre emoción, el escaparse de la casa para ir á buscarle; le gustaba oirle hablar, principalmente, cuando él procuraba expresar el ardor de sus sentimientos, y lo mucho que la admiraba en su incomparable hermosura; pero ¿había realmente amor de parte de ella? No por cierto, se decía la misma Azucena, si es verdad lo que dicen los poetas y lo que nos cuentan las novelas.

CAPÍTULO V

Durante tres ó cuatro semanas, de un hermoso verano, siguió su curso sin contratiempo alguno, esta pequeña historia de amor; las entrevistas eran frecuentes, y aun cuando estas se frustraban, no se interrumpían por tal causa, las relaciones entre los dos jóvenes; pues un venerable encino, que los años habían ahuecado y cuyo tronco cubría la hiedra, había sido convertido en oficina de correos, donde se depositaban y donde se recojían las cartas por una y otra parte. Las cartas de Claudio, escritas en estilo elegante, al mismo tiempo que vivo y poético, agradaban á la niña, más que su conversación; en la cual siempre le parecía encontrar algo de estudiado y de poco franco; figurándose algunas veces, que lo que él hablaba, lo hacía como de memoria, y que sin duda ya lo había aplicado en otras ocasiones. Al contestar ella sus cartas, tenía á su vez, una primera oportunidad, para dar vuelo á su imaginación, luciendo su talento original y educación particular. Claudio quedaba verdaderamente encantado al recibir esas cartas:

—Esta niña es un genio, se decía; si ella se resolviera á escribir para el público, llamaría mucho la atención. He leído lo más sobresaliente de la bella

literatura de nuestros días; pero he encontrado muy poco, que se pueda comparar á esto.

Claudio Lenox, era un joven en muchos sentidos apreciable y á quien no faltaba la admiración de sus semejantes; pues aun cuando no se había dedicado á una profesión determinada, por no tener necesidad de ella, lejos de seguir, como otros ricos, con los ojos cerrados por la senda de los vicios, le gustaba instruirse y viajar, admiraba lo bello y tenía nobles pasiones; pudiéndosele llamar, no sólo un hombre de sociedad y buenos modales, sino realmente bien educado. Con estás cualidades, estaba seguro de ser bien recibido en la mejor sociedad, y en efecto eran bastante numerosas las jóvenes de buena familia, que se interesaban por él. Había tenido varios amores, pero no había tomado ninguno á lo serio, principalmente porque era muy joven aún; pero quizá también á causa de la misma seguridad que tenía de obtener el triunfo. En Azucena Vogán había encontrado á una joven, no sólo de hermosura superior á la que hasta entonces había visto, sino con carácter más altivo, que oponía dificultades á sus propósitos; picando ambas cosas reunidas su ambición de un modo extraordinario. Era desde entonces su firme resolución, que nadie pudiera decir, que Claudio Lenox había amado en vano.

En efecto se mezclaban en el joven Claudio, la vanidad con la generosidad, el amor propio con la caballerosidad. Amaba á Azucena con todo el ardor y sinceridad de que era capaz; la situación en que se hallaba la simpática y desgraciada joven, lo conmovía profundamente y creía hacer una buena obra, al libertarla de aquella especie de prisión, en que iba pasando

tristemente los mejores años de su vida; pero al mismo tiempo, pensaba en la satisfacción que causaría á su vanidad, el presentarla como su esposa, en los círculos aristocráticos de la capital, á ella, cuya deslumbradora belleza, la convertiría sin duda en una de las reinas de la sociedad. Así se unieron, la vanidad, generosidad, amor propio y caballerosidad, para inducir al joven, á lanzarse en una aventura, que había de ser la causa de toda una serie de graves acontecimientos.

Sabía Claudio perfectamente, que si renovaba sus solicitudes en el Retiro de la Reina, con Don Arturo y su esposa, no sería más afortunado que la primera vez, que hizo las insinuaciones de que hemos hablado; y que lo único que pudiera conseguir de esta manera, sería que se apresurase el viaje de la familia Vogán al lugarejo aquel de Alemania, en donde Azucena debía encontrar á la persona para quien la destinaban. En tal virtud le parecía que se le cerraba el único camino por el cual podía marchar, sin tener que hacerse reproche alguno como caballero; pero no queriendo desistir por otra parte de su empresa, empezó á dar entrada á la idea de una fuga, que por último lo dominó por completo. Azucena quedó al principio también sorprendida, cuando se le propuso tal recurso, pero lo mismo que Claudio, se fué acostumbrando á la idea, concluyendo por familiarizarse con ella.

Ambos reflexionaban que siendo sus intenciones en el fondo de lo más honradas, apenas podrían reprochárseles más tarde, los medios á que habían tenido que apelar, en vista de las circunstancias; y que el mismo Don Arturo y la Señora Vogán, acabarían por conformarse, una vez que se encontrasen ante un he-

cho consumado. Claudio en lo particular, se proponía hacer todo lo que de su parte estuviere por labrar la felicidad de Azucena. Habiendo llegado á este punto los acontecimientos, fué cuando Claudio propuso la fuga ya de una manera formal, fijando día y hora; y que Azucena convino en dar á conocer su resolución, por medio de las rosas, que debía colocar en el balcón del castillo que miraba al oriente.

Es fácil figurarse la agitación en que Claudio pasaría la noche que siguió á esta promesa de Azucena; comprendiendo perfectamente que iba á resolverse la cuestión de mayor transcendencia en su vida.

—¿Se decidirá á seguirme, ó preferirá permanecer en su prisión? así se preguntaba continuamente, sin poder conciliar el sueño. Es imposible que deje de apreciar la libertad y los placeres que yo le ofrezco, en comparación de la triste vida que hoy lleva. Por otra parte es cierto, que la idea de una fuga le ha de ser antipática; pero si hemos de ser justos ¿á quién se debe culpar de que apelemos á este recurso? ¿No procuré yo acaso arreglar las cosas, conforme á los preceptos del honor? Don Arturo y la Señora Vogán, son un par de viejos egoistas y testarudos, que cargan con la responsabilidad, del ruidoso acto de desesperación que vamos á ejecutar. Por fortuna no tendrá la gente mucho tiempo para murmurar y criticar; pues recibirán la noticia de la fuga y del casamiento, casi al mismo tiempo.

Estas reflexiones y otras semejantes, referentes al mismo asunto, cruzaban sin cesar la imaginación del joven; de tal suerte, que siendo en Inglaterra muy cortas las noches de verano, ya apuntaba el alba, cuan-

do él consiguió dormirse. Á las dos horas escasas despertó sobresaltado; y viendo la luz del sol, se figuró que ya era medio día y que las rosas blancas lo estaban esperando ya largo rato en el balcón del Retiro de la Reina. Se levantó con gran prisa, quedando admirado, de que apenas fueran las seis; pero con todo eso, se vistió inmediatamente, y fué á tomar el desayuno, haciéndose un esfuerzo por no correr luego al castillo vecino. En efecto era apenas posible suponer, que Azucena madrugase tanto, nada más que para poner las rosas en el balcón. El coronel Lenox, que poco después vino también á desayunarse, estuvo aquella mañana, de lo más comunicativo y contento, deteniendo largo tiempo al joven, á quien parecía quemar la silla en que se había sentado. Pero por fin terminó aquella plática y Claudio aprovechó la primera oportunidad, para escaparse rumbo al Retiro de la Reina.

Conforme el joven iba adelantando por el camino del parque, se aumentaba su emoción al grado de verse precisado á detener sus pasos un momento, para recobrar aliento.

—No creía yo, que fuera capaz de exaltarme tanto, por cosa alguna, dijo entre sí, en tono de reproche.

Prosiguió luego su marcha con mayor lentitud, como para prepararse á recibir con tranquilidad el golpe, que el destino le tuviera preparado. Los contornos del castillo empezaban á distinguirse á través del follaje, pero el balcón de oriente, no se vería hasta la vuelta del camino. Llegó Claudio por fin á ese punto, quedando un corto instante como petrificado por la emoción . . . las rosas blancas, ahí estaban,

meciéndose suavemente á impulso de la brisa que soplaba.

—He triunfado; dijo arrojando su sombrero al aire, en el colmo de su alegría. Azucena es mía y veremos si hay quien me la pueda arrebatar. Ahora mismo voy á hacer los preparativos necesarios.

Volvió inmediatamente al Parque de Acton, á fin de escribir á su tía en Londres, anunciándole que llegaría al día siguiente, en el tren de la mañana, con una persona que deseaba encomendar á su cuidado durante corto tiempo; y suplicándole se sirviera disculpar, el que se reservara dar verbalmente á su llegada, las explicaciones referentes al caso. La buena tía tenía tanto cariño á su sobrino, que este no dudaba un momento, se prestara á darle gusto en todo lo que quisiera. Esta carta, con la recomendación de "urgente," la entregó Claudio en el correo, sabiendo que antes de anochecer, había de llegar á su destino.

Entretanto, Azucena, que se había resuelto por fin á romper el pesado yugo que le imponían sus abuelos, —especialmente desde que se trataba de llevarla, á que conociera á Darcy en Alemania, hacía también sus preparativos; y preocupada como estaba, no ponía cuidado en lo que se le decía, ni parecía entender lo que leía durante su lección, al grado de atraer la atención de su abuela.

—¿Te sientes mal? preguntó ésta al fin; parece que hoy no oyes ni entiendes lo que una te dice.

—No me siento muy bien, dijo Azucena sonrojándose.

La contestación no fué del agrado de la Señora Vogán, la cual no consideraba que fuese natural, que los

jóvenes se quejasen de la salud; pareciéndole que si tal hacían, era debido á falta de ocupación. Ni vagamente le pasó por la imaginación, que la joven mereciera más bien compasión, ó que le hicieran falta cariñosos consejos; por lo cual agregó en tono severo:

—No tienes aquí bastante en que ocuparte, Azucena. Una señora de Acton, me dijo el otro día, que van á formar una sociedad, cuyo objeto es dedicar á la costura, algunas horas en la semana, á fin de proveer de ropa á los pobres. Creo que deberías escribir de una vez, ofreciendo tus servicios.

—¡Como si no fuera ya bastante lo que me mortifican! dijo entre sí Azucena; pero por fortuna ya está próxima la hora de mi libertad. Desde mañana, no habrá ya para mí, lectura en voz alta de cosas que me fastidian, ni horas enteras de costura; haré lo que quiera y como quiera; cantaré y bailaré: pasearé por los campos y por las calles de las ciudades, sin estar oyendo continuos regaños, por cuanto hice ó dejé de hacer. ¡Qué felicidad!

Pensando de esta suerte en el porvenir; formando mil proyectos y combinaciones, se pasó el día para Azucena, sin que se diera apenas cuenta de sus acciones; y como después de la cena, siguiera aún sumergida en reflexiones, la interrumpió repentinamente la Señora Vogán:

—Hace ya rato que dieron las nueve y creo que sería bueno te retirases.

Sin decir palabra, se levantó Azucena y fué á besar, como de costumbre, la ceñuda frente de su abuela.

—Buenas noches, dijo con voz apagada; pero estas palabras sólo las pronunciaba con los labios: allá

en su interior, la niña decía en realidad "Adiós!" En seguida, fué á besar á Don Arturo, á quien tenía más afecto, por no haber sido en general tan duro con ella, y saliendo del cuarto, se dijo:

—¡ Adiós para siempre, vida de fastidio y desesperación! no pudiendo sin embargo menos de preguntarse: ¿me será el porvenir más propicio?

CAPÍTULO VI

Era una noche templada y serena; sin luna, pero verdaderamente hermosa, bajo aquel cielo de innumerables y brillantes estrellas; los pájaros en los árboles, el ganado de la finca y los venados del parque, estaban sumergidos en profundo sueño y sólo el ligero susurro del viento, interrumpía de cuando en cuando aquel solemne silencio. El castillo conocido con el nombre del Retiro de la Reina, apenas se distinguía entre los árboles y todos sus habitantes parecían también entregados al sueño; pero en el momento en que la sonora campana del reloj de la torre, daba las once, apareció una luz en una de las ventanas, para extinguirse de nuevo unos minutos después. No había transcurrido más que un rato, cuando se abrió lentamente y sin ruido la ventana de la biblioteca, saliendo de ella una esbelta figura de mujer, en la que el lector reconocerá fácilmente á Azucena.

Venía en traje de viaje gris; su semblante estaba pálido y expresaba sobresalto, mientras que á su paso faltaba firmeza. Así fué acercándose, entre los árboles y los matorrales, hasta el lugar en donde se encontraba Claudio, el cual la recibió entre sus brazos con toda especie de manifestaciones de ternura y alegría.

—¡ Adorada mía ! exclamó impetuosamente, ¡ cuánto te agradezco, que hayas tenido confianza en mí !

Pero precisamente en este momento, Azucena empezaba á darse cuenta de toda la transcendencia de lo que estaba haciendo, y á comprender que iba á sacrificar todo lo que poseía, por un solo hombre, á quien ni tenía la seguridad de amar.

—Estás asustada Azucena, pero no hay motivo para ello, dijo Claudio ; yo estoy á tu lado y solo tu propio deseo te podrá apartar de mí.

—Confieso que tengo un poco de miedo, dijo Azucena, porque nunca había salido de noche. Pero sin hacer caso de esto, dime si no crees que he cometido una mala acción, al escaparme así de mi casa paterna.

—No creas tal cosa, replicó Claudio ; nadie tiene derecho á robar la libertad á sus semejantes, como lo han hecho contigo ; y tú solamente recobras ahora, lo que en justicia te corresponde. Tranquilízate pues, sonríe un poco, y emprendamos el viaje.

Era ya casi media noche, cuando los dos jóvenes llegaron á la pequeña estación de Acton, en donde no había más luz, que la de unos cuantos faroles de aceite, ni más gente, según parecía, que dos ó tres empleados soñolientos.

—Cúbrete la cara con el velo, dijo Claudio á la joven, y espérame aquí, mientras voy á comprar los billetes.

Ella obedeció, pero todo el cuerpo le temblaba, y habiendo visto allí cerca una pequeña banca, fué á sentarse en ella, pues apenas podía tenerse en pie. Poco después volvió Claudio á buscarla, en los mo-

mentos en que ya se divisaba la viva luz de la locomotora y ya se oía el estrépito del tren que se acercaba. Dos ó tres pasajeros se apearon, no siendo muchos más los que subieron; el conductor dió la señal de partida y el tren se puso de nuevo en movimiento. Todo esto, fué obra de unos instantes.

—Está consumado, se dijo Azucena, palideciendo aún más, al verse sola con Claudio, en uno de los compartimentos del tren y al sentir el primer estirón de la locomotora. Ya no hay regreso posible. ¿Qué será de mí?

—Verás muy pronto, que todo se arregla satisfactoriamente, dijo Claudio, como si adivinara los pensamientos de Azucena. Mi familia te recibirá con los brazos abiertos y tus abuelos se reconciliarán con nosotros, luego que vean que no pueden deshacer lo que el destino ha hecho.

De esta suerte procuraba Claudio consolar á la espantada joven, y ya lo iba logrando en parte, cuando entraron en la estación de Derby, en donde tenían que apearse del tren local en que venían, para tomar el tren correo que debía llegar del norte, en dirección á Londres. Se apearon en efecto, y después que el tren que los trajo á este punto, hubo continuado su camino, empezaron ellos á dar vueltas en el andén, que era más amplio y estaba mejor iluminado que el de Acton.

—No tendremos que esperar más que unos minutos, dijo Claudio, y después no habrá ya cambio alguno, hasta llegar á Londres.

Pero el tiempo iba corriendo, sin que este pronóstico se cumpliera: un cuarto de hora, media hora, una hora, y el tren no aparecía. Claudio se impacientaba

visiblemente y ya pensaba en pedir informes de la causa del atraso, á pesar de que no deseaba interrogar á nadie, por temor de ser reconocido; cuando se notó repentinamente una alarma general entre los empleados, que pronto se hizo extensiva al público. Entonces Claudio no pudo contenerse más, y se separó de Azucena, para indagar lo que había sucedido.

—Una lamentable desgracia, dijo el jefe de estación; el tren correo ha chocado con un tren de carga, un poco más allá de Bélper y según me comunican, ha habido algunos muertos y heridos. No saldrá por lo tanto tren alguno para Londres, mientras la vía permanezca obstruída.

—¿ Habrá inconveniente en decirme, cuánto tiempo ha de durar aproximadamente esa obstrucción? preguntó Claudio.

—El tren no saldrá en ningún caso antes de las siete, contestó el jefe de estación.

—¿ Puede darse un contratiempo más desagradable? dijo Claudio entre sí, con un profundo suspiro. No diré nada á Azucena en cuanto á las desgracias ocurridas, pues podría considerarlas, como de mal augurio. Pero además de eso, es verdaderamente una fatalidad, que nos hayan detenido tan cerca de Acton. Aquí hay muchas personas que nos conocen, tanto á ella como á mí.

Dirigiéndose entonces hacia donde estaba Azucena; le dijo:

—Hay que tener paciencia, el tren tiene varias horas de atraso y no saldrá antes de las siete.

—¿ Qué vamos á hacer, Claudio? ¡ Esperar hasta las siete, cuando no son aún las tres! Aquí no ha de

faltar quien nos conozca, pues he visitado con frecuencia este lugar, en compañía de mi abuela.

—Me parece en efecto, que sería conveniente, fuésemos á pasear por el campo, repuso Claudio; pronto amanecerá y no nos perderemos.

Dicho esto, se encaminaron ambos, hacia donde suponían, habría menos riesgo de encontrar gente; cruzaron un estrecho arroyo, saltaron una pequeña cerca y pronto se vieron á campo libre. Entretanto empezaba ya á teñirse de rojo el cielo, los gallos cantaban, los pájaros comenzaban á revolotear, el fresco de la mañana parecía dar nuevo vigor al cuerpo, el rocío goteaba de los árboles y brillaba entre la yerba.

—¿Son así las mañanas, Claudio? dijo Azucena, sin poder ocultar su admiración. Esto es cien veces más hermoso que el día.

CAPÍTULO VII

Se habían sentado los dos jóvenes, en unas vigas atravesadas en la vereda por la cual habían venido; sintiendo deseos de contemplar un rato en calma, la belleza del paisaje que los rodeaba; cuando Azucena empezó de nuevo á expresar sus temores.

—Yo desearía saber, dijo suspirando, si no llegará el día en que tengamos que arrepentirnos de lo que hemos hecho.

—Por mi parte, repuso Claudio, no creo que llegue ese día; antes bien soy de opinión, que esta hermosa mañana, será en el porvenir, uno de nuestros más agradables recuerdos.

—¡Claudio! gritó ella repentinamente en tono de augustia, ¿qué cosa es aquella que veo junto á la cerca y que parece moverse?

Sin alarmarse mucho por esto, volvió él la vista hacia la dirección indicada.

—No veo nada, dijo con calma, parece que tienes mejor vista que yo.

—Mira otra vez, dijo Azucena, estoy segura de que hay algo en aquel lugar y me parece una persona. Tal vez sea algún enfermo ó herido á quien pudiéramos ayudar.

Buscando de nuevo con la mirada, descubrió Claudio por fin el objeto á que su compañera se refería.

—Tienes razón, dijo en seguida, pero creo que sería mejor permitieras que yo fuese solo, á cerciorarme de lo que pueda ser. La prudencia así lo aconseja.

—De ninguna manera, replicó ella, si es alguien que esté enfermo ó lastimado, podremos ayudarle mejor entre los dos, que tú solo.

Sin perder una palabra más, si dirigieron ambos hacia el bulto que veían, y no tardaron en descubrir, que era una joven tendida en el suelo, aparentemente sin sentido. Azucena se inclinó sobre ella, preguntándole en voz baja y compasiva:

—¿Estáis enferma?

Y como no recibiera contestación, continuó diciendo:

—¡Claudio! creo que está moribunda y tenemos que hacer algo por ayudarle.

—Procuremos ver primero de lo que se trata, observó Claudio. El sonido de las voces, despertó á la joven de su letargo; se irguió en seguida y componiéndose el pelo, que le cubría en desorden parte de la cara, se quedó mirando á aquellos recién llegados, con una expresión de cansancio y desesperación, que impresionó extraordinariamente á Azucena.

—¿Os sentís enferma? preguntó esta de nuevo ¿podemos ayudaros en alguna cosa?

—Mucho os lo agradezco, dijo la joven desconocida; no estoy enferma y sin embargo voy muriendo poco á poco, de miseria y de mal trato.

Era un aspecto tan conmovedor el de aquella jo-

ven, de regulares facciones, pero tan acongojada, tan pálida, alumbrada por los primeros rayos del sol, que Claudio y Azucena quedaron verdaderamente consternados. Aun cuando aquella desgraciada llevara un traje bastante pobre y en parte desgarrado, se descubría en ella algo de cultura superior, que hacía aparecer más trágica su suerte.

—Hay remedios para muchos males y para muchas injusticias, dijo Claudio; tal vez podamos encontrar alguna manera de aliviar vuestras penas.

—Mis males no tienen remedio, contestó ella, y sólo terminarán con la muerte. No tengo ni casa, ni dinero, ni alimento; he venido á acostarme junto á esta cerca, para dormir tranquilamente, ó tal vez para morir.

Azucena, que apenas había recobrado sus fuerzas, después de la serie de emociones que hemos referido, de nuevo se vió atacada de terribles presentimientos.

—¿Sois casada? preguntó Claudio á la desconocida.

—¡Esa es precisamente mi desgracia! contestó ella, con una expresión, en que se pintaban todas sus angustias y todas sus miserias.

—¿Está vuestro esposo ausente, ó enfermo, ó es otra la causa de vuestra pena? siguió preguntando Claudio.

—Mi historia es la misma de muchas otras, dijo ella; mi esposo no está enfermo, pero bebe todo el día, consume en eso todo su jornal, y cuando se embriaga, en lugar de darme de comer, me da de golpes.

—Es una desgracia, dijo el joven, pero tiene remedio. La ley proteje á las mujeres contra esos actos de brutalidad.

—La ley no puede hacer gran cosa, repuso ella, porque no puede cambiar la índole de un hombre. Solamente puede encerrarlo en una prisión y cuando sale de ella, vuelve á su casa peor que antes. Por esta razón, las mujeres prudentes no apelan á los tribunales.

—Pero ¿por qué no os separáis de él?

—Eso es imposible, porque yo quise casarme, á pesar de los consejos que me daban para que no lo hiciera y ahora tengo que soportar mi suerte. Hace pocos años, que yo era una muchacha alegre, fresca y según me decían, bastante hermosa. Vivía sola con mi madre, y este hombre, que es hoy mi marido, vino á buscar trabajo al mismo lugar de nuestra residencia. Era alto, fuerte, de buena presencia y ganaba como maquinista bastante dinero; pero ya entonces era inclinado á la bebida. Cuando un día vino á pedirme como esposa, y se lo comuniqué á mi madre, ésta me dijo, que sería mejor que yo misma cavase mi sepultura y me enterrase viva, antes que casarme con un bebedor.

La joven pausó un momento, como si le causara pena recordar aquellos acontecimientos; pero al fin prosiguió:

—Mi falta de experiencia y de agradecimiento, me hicieron creer que yo entendía de estas cosas, tanto como mi madre; mi pretendiente me agradaba y así apelamos á la fuga.

—¿Qué hicísteis? preguntó violentamente Azu-

cena, con una expresión de espanto en su pálido semblante.

—Hice lo que suelen hacer las jóvenes imprudentes ó mal aconsejadas: me escapé con él. Y Dios es testigo, de que no he dejado de pagar mi falta.

El terror de Azucena iba aumentando; pero como en este momento observara, que una de las manos de la desgraciada mujer yacía inerte en el suelo, como si no la pudiera mover, le preguntó.

—¿Qué tenéis ahí? creo que estáis lastimada ¿no os causa eso dolor?

La primer contestación de la mujer, fué una carcajada más horrorosa que todo lo que pudiera haber expresado en palabras, diciendo sin embargo en seguida:

—Estoy acostumbrada al dolor. Esta mano, la puse á mi marido en el hombro, suplicándole dejara de beber, y en contestación me pegó con un garrote el golpe que aquí veis. Fué una escena terrible; pero por fin él se fué, diciendo que á su vuelta, me había de matar.

—Pero ¿por qué no os escapáis? ¿Por qué no regresáis á casa de vuestra madre? dijo Azucena.

—Para mí no hay regreso posible; y si fuera á otra parte cualquiera, él me encontraría y me mataría. Tarde ó temprano me ha de matar, ya lo sé; pero después de todo ¿qué me importa? Así encontraré por fin el descanso que tanto deseo.

Entretanto Azucena reconocía atentamente la mano lastimada de la mujer.

—Temo que haya algún hueso quebrado, le dijo; voy á poneros una venda.

Sacó entonces su pañuelo, pero viendo que era demasiado fino para el caso, le pidió el suyo á Claudio. Entonces vendó cuidadosamente aquella mano; sin fijarse en que el pañuelo tenía bordado el nombre y apellido completo de su dueño.

—Ahora os aconsejo que vayais á Londres, dijo Claudio; ahí escaparéis á las persecuciones de vuestro marido y encontraréis trabajo. Pero para el caso que tuvieseis dificultades, os voy á dar mi dirección.

Y diciendo esto, el joven arrancó una hoja de su cartera, en la que escribió "Claudio Lenox, Plaza Belgrave, Londres," poniéndola en seguida en mano de la mujer. Pero no se redujo á esto su generosidad, sino que agregó dos monedas de oro, para que aquella infeliz tuviera entretanto qué comer y con qué pudiera emprender el viaje.

Fué mas bien agradecimiento, que esperanza, lo que se pintó en la cara de la mujer, al recibir el papel y las monedas; y sin preguntar aún, quiénes eran sus bienhechores, ni lo que andaban haciendo en el campo á esas horas, dijo con voz desfallecida:

—El cielo os bendiga; me han dicho que la bendición de una moribunda, suele ser de utilidad.

—No moriréis, dijo Claudio, procurando reanimarla; pronto estaréis restablecida. ¿Sois de este lugar?

—Somos, al contrario, enteramente extraños aquí, contestó ella, y ni aun conozco el nombre del lugar. Estábamos en camino para Liverpool, en donde mi marido esperaba encontrar mayores facilidades para la existencia.

—Aceptad mi consejo, dijo Claudio, es preciso

que abandonéis á vuestro esposo. En Londres no os será muy difícil encontrar trabajo y ahí podréis llevar una vida más tranquila é independiente.

—Lo pensaré bien, dijo ella, al mismo tiempo que un invencible cansancio la dominaba de nuevo.

—Os hace falta el sueño, dijo Azucena, dormid un rato y Dios os acompañe.

—Un momento, dijo Claudio, ¿cuál es vuestro nombre?

—Ana Barrat, contestó ella, y sólo el cielo sabe, si estas fueron las últimas palabras que pronunció en su vida.

CAPÍTULO VIII

Como si para ella, no hubiera ya felicidad posible en este mundo, aquella desgraciada mujer, recostó de nuevo la cabeza en el césped, sin preocuparse más de lo que acababa de oir; mientras que Claudio y Azucena, se alejaban por el mismo camino que los había conducido al sitio fatal.

—Creo que hemos sido afortunados en que se nos presentara una ocasión de hacer una buena obra, dijo Claudio. Si no me equivoco, hemos salvado á esa pobre mujer, de caer de nuevo en manos de su brutal marido, lo cual, según me parece, equivale á que le hayamos salvado la vida.

Para sorpresa de Claudio, no sólo dejaron de hacer buen efecto sus palabras, sino que la joven, retirando la mano, que hasta entonces había tenido en la suya, se cubrió la cara y empezó á llorar amargamente.

—¿ Qué te pasa, querida Azucena ? Dime lo que te ha sucedido, suplicaba Claudio. No me hagas desgraciado.

—Claudio, dijo ella, después que la primer violencia del llanto se había aplacado; estoy profundamente arrepentida de haberme escapado de casa ; fué una mala acción, que por fortuna creo que aún se pue-

de remediar. Es preciso que yo regrese al Retiro de la Reina.

—¿Quieres decir que sientes haber venido conmigo? preguntó Claudio.

—Sí por cierto, lo siento mucho, contestó ella. Te seguí porque no pensé en las consecuencias, que ahora veo con toda claridad. Aquella pobre mujer, también se escapó y ya nos contó cuál ha sido su suerte. Yo creo que la Providencia ha colocado á esa mujer en mi camino, para detenerme antes de que fuera tarde.

—Estás delirando Azucena. No puede haber semejanza entre los dos casos; pues supongo que no me querrás comparar con aquel rufián, esposo de la mujer que acabamos de ver.

—No quiero compararte con él; pero la fuga fué en ambos casos igualmente reprensible. Hazme por lo tanto el favor, de conducirme de nuevo á casa.

—Naturalmente no puedo llevarte conmigo contra tu voluntad, dijo Claudio en tono disgustado; pero la verdad es, que me estás haciendo una sangrienta burla.

—Más tarde me perdonarás, dijo ella, porque te habrás convencido de que yo tenía razón. Por mi parte no volveré á conocer la felicidad, si no regreso inmediatamente á casa.

—Si insistes en ello, nuestra despedida será definitiva, digo él resueltamente.

—Tal vez sea lo mejor, replicó ella. No te enojes conmigo Claudio, pero me voy convenciendo, de que no te amo lo bastante para casarme contigo; tal vez ni tanto como aquella pobre mujer amaba á su mari-

do. Lo que yo tomé por amor, no era mas que locura, deseo de ganar mi libertad y extravagancias que he leído en los libros. La realidad de las cosas, se me acaba de presentar de una manera aterradora. Claudio, te suplico que me dejes regresar á casa.

—Me parece, que todo eso lo debías haber reflexionado á su tiempo; en lugar de jugarme esta mala partida. Si cuando yo pregunté, me hubieras dicho que no me amabas, jamás hubiera propuesto la fuga.

—No supe realmente lo que hice, dijo ella con humildad. Me duele mucho el haberte ofendido; pero no hubo en ello mala intención. Ahora desearía que me llevaras á casa; te lo pido por lo que te sea más sagrado.

El joven la contempló durante algunos minutos, sin saber lo que hacer ó decir. No hubiera sido evidentemente muy caballeroso de su parte, seguir instando ó procurar intimidarla; pero por otra parte, estaba ella tan hermosa, aún en su palidez, que Claudio apenas podía resignarse á perderla, necesitando realmente, hacer un esfuerzo para resolverse á proceder como hombre de honor. Pero aún le quedaba un resto de esperanza, y así se dirigió á la joven:

—Dime por última vez Azucena ¿no me amas?

—No lo que debería amarte para ser tu esposa, contestó ella. Desde que salimos de Acton, he venido pensando en esto.

—No me queda entonces otra cosa que hacer, mas que soportar este golpe como los hombres. El desencanto ha sido en efecto terrible. Yo creía que me amabas y no era esto más que un engaño; yo te con-

sideraba una joven de resolución y al primer contratiempo abandonas el campo; yo te creía capaz de un sacrificio por mí y no me perdonas ni la burla. No sé por qué causa haya merecido que se me trate así.

En su agitación, el joven había estado paseando de un lado á otro, al pronunciar estas palabras; pero repentinamente se detuvo, y cambiando de tono, dijo:

—Seréis conducida con toda seguridad y consideración á vuestra casa, Señorita Vogán.

—¡El cielo te bendiga, Claudio! exclamó ella, sin hacer caso del tono formal y seco, en que su compañero le hablara. Eres realmente muy bueno.

—No hago mas que cumplir con las obligaciones que me impone la caballerosidad, dijo él á su vez.

Habiendo llegado pocos minutos después, á la estación del ferrocarril, Claudio dijo de nuevo:

—Tened cuidado de que no os reconozcan, mientras yo voy á pedir informes respecto al tren.

Quedó Azucena de lo más satisfecha, al saber que á las cinco y media, saldría un tren, que en una hora, podía llevarla á Acton.

—En este caso, decía entre sí, podré regresar á tiempo y entrar al parque sin que nadie me vea. Dios quiera que también pueda entrar á la casa de la misma manera. ¡Cuánto daría por haber pasado ya este peligro! Una vez en casa, ni cien Claudios me inducirán á fugarme de nuevo.

Por fin sonó la hora de partida; el tren entró con toda puntualidad, y poco después, iban ya Claudio y Azucena, caminando rumbo á la estación de Acton. No podía esperarse, que la conversación fuera de lo

más animada, en este viaje de regreso, y no lo fué en efecto, ni aún después de que los jóvenes habían dejado el tren, para tomar la vereda, que conducía al Retiro de la Reina, á través del bosque. Como ahora la principal preocupación de Azucena era que nadie observase, que había tenido aquella entrevista nocturna; antes de haber andado la mitad del camino, quiso seguir sola; pues siendo ya de día, no tenía más temor, que el de que la vieran, antes de entrar á casa. Dirigióse con tal motivo á su compañero, y extendiéndole la mano dijo:

—¡Adiós Claudio! te agradezco infinitamente, me hayas acompañado hasta acá, y espero me perdones el mal rato que te he hecho pasar. En parte tú también tuviste la culpa, por haber trastornado mis ideas, en cuanto á lo que es justo y conveniente y lo que no lo es. Me he convencido de que la fuga hubiera sido una grave falta.

—Basta ya de explicaciones, dijo Claudio, reprimiendo con dificultad su emoción, porque realmente amaba á la joven. Ha llegado la hora de que nos separemos para siempre: ¡Adiós, Azucena!

Impaciente como la joven estaba, de llegar á su casa, antes de que se advirtiera su ausencia, dió al instante la vuelta y pronto se había perdido entre los árboles.

—¡Así son las mujeres! dijo Claudio suspirando al verla desaparecer. Nadie creyera que así se despide, la que sin el fatal contratiempo que tuvimos, hubiera sido mi esposa, antes de que el sol que ahora me alumbra, concluyese su carrera diaria. Con una melancólica sonrisa en los labios, andando lentamente,

tomó en seguida la vereda que conducía al Parque de Acton.

Á Azucena, la fortuna le fué propicia. Nadie la vió atravesar el parque, y cuando llegó al castillo, la puerta de los patios interiores ya estaba abierta; por lo cual se pudo dirigir inmediatamente al lugar en donde estaban los gallineros, encontrándose allí con una de las criadas, que estaba dando de comer á las aves de corral. No llamó la atención á ésta, ver á la joven á esa hora, pues ya otras veces había sucedido lo mismo, ni tampoco notó su palidez, y sólo en cuanto al vestido observó que parecía estar de viaje.

—No te fijes en eso, dijo Azucena, y traeme de la cocina una taza de te, porque he dormido mal y aún falta una hora, para que se ponga el desayuno.

La criada hizo como le mandaban; los tragos de te caliente reanimaron notablemente á Azucena, la cual corrió inmediatamente á la biblioteca, para hacer desaparecer los vestigios de su fuga y en seguida á su cuarto, encontrándolo todo tal como lo había dejado; prueba patente, de que nada se había advertido en la casa.

—¡Gracias á Dios, que ya escapé del peligro! dijo la joven, dejándose caer sobre su cama.

Ya era en efecto tiempo de que se acostase un rato, después de las fatigas de aquella noche; y aun cuando la hora escasa que le quedaba antes del desayuno, no le permitiera dormir, el solo hecho de poder descansar, y la tranquilidad moral, que la seguridad recuperada le proporcionaba, bastaron en vista de su juventud y de su buena naturaleza, para que recobrase las fuerzas que iba á necesitar en sus ocupaciones diarias.

Cuando sonó la campana del desayuno, ya había cambiado de traje y estaba en todo dispuesta á comenzar de nuevo su antigua vida; con la diferencia, de que ahora estaba resignada á sobrellevar todas las penas que el destino le reservara.

No había sido tan afortunado Claudio en este punto; pues su ausencia se había advertido, hasta por la misma servidumbre. Su madre había regresado ya á Londres, y así fué el coronel el que salió á recibirlo, de bastante mal humor.

—Probablemente has pasado la noche, comiendo, bebiendo y jugando con los oficiales, le dijo. No soy excesivamente severo como tu sabes, pero todo tiene su límite. Esa conducta no me agrada en lo más mínimo.

—Si mi conducta os desagrada, contestó Claudio, sin procurar disculparse, el remedio es muy sencillo: partiré desde luego.

—No quiero decir, que deje de apreciarte, dijo el coronel bajando la voz; pero tú mismo debes confesar, que es un exceso, dedicar toda una noche al juego y al vino.

—Ya lo sé, querido tío, dijo Claudio; pero aun haciendo abstracción de esa circunstancia, ya desde ayer os quería decir, que pienso regresar á Londres, dentro de dos ó tres días. Tengo realmente algunos negocios que arreglar.

—Sabes que estás en libertad de hacer lo que gustes, dijo el coronel, que en el fondo ya se había reconciliado con su bien apuesto sobrino. Solamente quisiera evitar que se creyera, que te echo de la casa.

Claudio tranquilizó á su tío en cuanto á ese punto,

pero insistió en abandonar el Parque de Acton, pues desde que había resuelto romper toda relación con Azucena, lo que deseaba era volver á los alegres círculos de la capital, á fin de procurar olvidar el golpe que había recibido; sin sospechar siquiera, que su próximo viaje, no dependería de su voluntad; ni mucho menos imaginarse los terribles acontecimientos, que habían de sobrevenir, antes de la fecha que había fijado para su partida.

CAPÍTULO IX

—No sé realmente lo que ha sucedido con Azucena, se decía la Señora Vogán; la veo tan tranquila, tan obediente y tan atenta, que apenas la reconozco.

En efecto estaba muy cambiada la joven, por los motivos que conocemos, teniendo mucho que sufrir aquel día; pues al cansancio que procuraba ocultar, se agregaba, que tenía que ayudar á su abuela en los preparativos de viaje. Á la mañana siguiente debían ponerse en camino para Alemania, y como suele suceder cuando hay recargo de trabajo la Señora Vogán estaba de mal humor, regañando con frecuencia; pero la joven lo soportaba todo sin contestar palabra, y el trabajo que se le asignaba, lo ejecutaba con toda exactitud y buena voluntad aparente.

—Ha de ser la perspectiva de casarse, la que ha producido esa transformación, pensaba la Señora Vogán, muy ajena de sospechar la verdadera causa.

Á pesar de sus ocupaciones, que duraron todo el día, no dejó Azucena de estar reflexionando respecto á todo lo que había sucedido; pareciéndole ahora las últimas semanas de su vida, como un sueño que había terminado con una pesadilla y un repentino despertar. ¿Cómo había podido perder el juicio á tal grado?

Por fortuna un acontecimiento providencial, como ella creía, la había salvado á última hora. No temía que su secreto se descubriese, aun cuando sabía perfectamente, que si llegaba á conocimiento de su abuela, ésta sería capaz de echarla de la casa. Pero como gracias á las precauciones de Claudio, nadie la había conocido, no había realmente manera de que se divulgase aquella desagradable aventura. Á Claudio le agradecía la caballerosidad y tacto con que la había tratado; pero por otra parte le reprochaba, el haberla inducido á dar aquel peligroso paso; pareciéndole que él, que conocía mejor el mundo y era mayor que ella, debía haberle dado otros consejos, más de acuerdo con su dignidad y con las buenas costumbres.

Pensando así en lo que había sucedido, se le pasó el día á Azucena, como se le había pasado el día anterior, en pensar en el povenir. El cansancio se le hacía sin embargo, de hora en hora más sensible, dándose en consecuencia por dichosa, cuando la Señora Vogán le dijo:

—Puedes ir á descansar Azucena; pues mañana hemos de madrugar, para ponernos en marcha temprano, aprovechando en lo posible el fresco de la mañana.

Al mismo tiempo, que los gravísimos acontecimientos, de que hablaremos más adelante, se desarrollaban en Derby y en el Parque de Acton, la familia Vogán abandonaba tranquilamente el Retiro de la Reina. Don Arturo estaba acostumbrado á hacer las cosas á su manera y una de sus extravagancias, era la aversión á las vías férreas, en donde, según decía, iban demasiado mezcladas las diferentes clases sociales.

Quedó resuelto en consecuencia, hacer el camino en el carruaje de familia hasta Londres y desde allí ir en el tren, que los había de conducir á Dover, para tomar en ese puerto el vapor de Ostende, y luego, el tren para Alemania.

El viaje fué de lo más fastidioso posible, y no parecía sino que la principal preocupación de los esposos Vogán, fuera no ver, ni ser vistos. Primero en el coche y después en los compartimientos especiales que tomaban en los trenes, llevaban las cortinas bajadas, pues la Señora Vogán decía, que no viajaban para mirar, sino para cambiar de aire; en las hosterías en que se apeaban, tomaban cuartos tan separados del resto como era posible y mandaban servir allí las comidas "para no mezclarse con la gente, en la mesa redonda"; y así se portaban en todo lo demás.

Azucena, que había hecho buen ánimo, de soportar todo aquello sin murmurar; no pudiendo distraerse gran cosa, se dedicaba á sus reflexiones, que ya en parte se referían de nuevo, no tanto á los acontecimientos pasados, como á su porvenir. Mientras más se acercaban á su destino, mayor era su tranquilidad de espíritu; y como si en su mente se hubiera efectuado una reacción, respecto á su anterior modo de pensar, ya no le repugnaba pensar en Adriano Darcy; antes bien despertó en ella la curiosidad de conocerlo. Ya sabía que era hombre instruído y un caballero perfecto, pero ¿cuál sería su presencia y cuáles sus demás cualidades? ¿La trataría á ella como á una niña, ó como á una señorita? Y por fin, lo que era más importante, ¿se agradarían mutuamente?

Hacía ya más de dos horas que habían cruzado la

frontera belgo-alemana; ya había anochecido y Azucena seguía sumergida en sus reflexiones; cuando un agudo silbido de la locomotora, anunció la proximidad de la estación, que para ellos era la última; se oyó en seguida el ruido de los frenos, se sintió el sacudimiento de los carros, y pocos instantes después, el tren había llegado á Bergen.

—Vamos directamente á la "Hostería del Rey," en donde Adriano ha tomado cuartos para nosotros, dijo la Señora Vogán.

—¿No irá él á vernos esta noche? preguntó Don Arturo.

—Apenas lo creo, contestó ella, porque Adriano es muy delicado y ha de temer que estemos cansados. Mañana temprano nos hará su primer visita.

No dejaba de ser un fenómeno raro, que Azucena, que pocos días antes, sólo podía pensar con disgusto en Adriano Darcy, sintiera ahora, casi como una contrariedad, el tener que esperar hasta el día siguiente para verlo.

CAPÍTULO X

—Aquí parece que hay más vida y animación que en mi tumba del Retiro de la Reina, exclamó Azucena, al despertar y ver que los rayos del sol entraban por su ventana; oyendo al mismo tiempo, en el jardín que estaba frente á la hostería, los harmoniosos sones de una orquesta. Levantándose apresuradamente, abrió las persianas de la ventana, quedando verdaderamente maravillada de ver un paisaje tan lindo, como apenas había soñado: colinas cubiertas de obscuros pinos, verdes praderas, campos y cuadros de flores, suntuosas quintas, y en el centro un lago de agua cristalina, sobre cuya superficie cruzaban hermosos cisnes y elegantes barquitos de recreo. La joven necesitaba hacer un esfuerzo de imaginación, para convencerse de que aquello era en efecto la realidad.

La "Hostería del Rey," en que los Vogán estaban alojados, era el centro de reunión de la aristocrática sociedad, que acude todos los veranos á Bergen; bajo su techo habían dormido reyes, emperadores, hombres notables de toda especie y algunas de las mujeres más célebres por su talento y hermosura; agradándole en extremo á Don Arturo, que en aquellos amplios salones y corredores, apenas se viera gente vulgar.

Después de haberse vestido y de haber admirado largo rato la belleza del paisaje, empezó Azucena á recorrer la hostería, contemplando atentamente su grandioso lujo; ocurriéndosele repentinamente, que su abuela, no mandaría que allí se conservaran cerradas las puertas hasta las ocho, y que por lo tanto estaría en libertad para salir al parque público, que había visto desde su ventana. Tomó en consecuencia su sombrero y un ligero chal de la India, y poco después andaba paseándose debajo de los árboles, á orillas del lago. La presencia de algunas señoras y niños, en aquel paseo, la convencieron de que no estaba haciendo nada de inconveniente ó de indecoroso y así continuó andando. Nunca le había parecido el mundo tan hermoso, el sol tan brillante, las flores tan lindas, el ambiente tan perfumado, el son de la música tan melodioso. Ahora podía gozar de la naturaleza, con la conciencia tranquila, sin sobresaltos, ni necesidad de ocultarse. ¡Qué diferencia entre esto y aquella terrible mañana con Claudio! El corazón se le comprimía al recordarla; pero gracias al cielo, aquello no había sido mas que una pesadilla sin consecuencias.

Alejándose poco á poco de la hostería, oyó de repente un ruido, como el que hace el agua, al caer de una altura, y dirigiéndose hacia el lugar de donde provenía, por una vereda cubierta de parras, descubrió una cascada y una pequeña laguna, en un hueco que el golpe del agua había cavado en la roca. El delicioso sitio tenía encantada á la joven, que no se cansaba de recrearse contemplando la cascada, las rocas, la arboleda en las laderas de la cañada y el agua que parecía hervir en la cavidad á sus pies. Por fin echó á

un lado el sombrero y el chal, y sentándose á orillas del arroyo que formaba la cascada, sumergió las manos en el agua, sin figurarse cuán bella estaba ella misma y lo bien que completaba el cuadro de la naturaleza que la rodeaba. Al ver correr el agua sobre sus blancas y finas manos, le vino el antojo de beberla; tomó una grande hoja, que llenó del líquido y ya se la llevaba á la boca, cuando oyó una voz varonil y simpática, que le decía:

—No bebáis de esa agua; dicen que no es buena.

La hoja cayó de sus manos, con la sorpresa que aquella interrupción le causó, y el color subió á sus mejillas, pues había creido estar sola. Dirigió entonces sus miradas en todas direcciones, pero no pudo descubrir á nadie.

—Perdonad el susto que tal vez os he causado, dijo la misma voz; pero esa agua proviene del lago y hace daño á la salud. Buscando entonces con más cuidado, descubrió Azucena á un caballero, sentado en una roca, junto á la cascada, con un libro abierto en la mano; pero la expresión en su cara parecía indicar, que en vez de leer había estado contemplándola durante un rato.

—Repito que siento haberos molestado, pero ha sido en vuestro interés, dijo el caballero.

—Os lo agradezco mucho, dijo ella, cuando volvió en sí de su sorpresa.

Fijó él de nuevo la mirada en el libro, como para continuar su lectura, mientras Azucena tomaba la vereda por donde había venido. La impresión que á ella había causado el caballero, era extraordinaria, á pesar de que sólo habían cambiado los dos unas cuan-

tas palabras. Imaginábase la joven que nunca había visto una cara tan digna, tan noble, tan resuelta, y al mismo tiempo tan afable. No sabía á quién comparar á ese hombre que le parecía de orden superior, con su cabeza semejante á la de una estatua griega, su mirada poética é inteligente, su voz sonora, sus modales distinguidos. En él habían de estar reunidos, el genio, la nobleza, la lealtad y la generosidad.

—¿Á quién se asemeja? preguntábase sin cesar; y todos sus héroes favoritos: el rey Arturo, el caballero Bayardo, Ricardo Corazón de León, le venían á la memoria. Yo desearía que me hubiera seguido hablando; que me hubiera mandado alguna otra cosa; y estoy segura de que le hubiera obedecido al instante. Así como me lo figuro bueno y generoso, así también creo, que ha de saber hacerse obedecer. Espero que no haya sido esta la última vez que le veo.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por el sonido de una campana.

—Ha de ser la hora del desayuno, dijo apresurando sus pasos, sin observar que el caballero á quien acababa de ver, la venía siguiendo, con una sonrisa en los labios.

Al regresar á la hostería, encontró inmediatamente á la Señora Vogán, que en vez de hacerle reproche alguno, como ella temía, la recibió con la mayor afabilidad.

—¿Has ido á pasear al jardín? le preguntó. Pero antes de que la joven contestara, prosiguió diciendo: tienes razón, la mañana está muy hermosa, y tú también tienes hoy un excelente semblante. He recibido

aviso de Adriano Darcy, que vendrá á vernos antes del mediodía.

Durante el desayuno, estuvo la Señora Vogán tan cariñosa con Azucena, que ésta apenas la conocía, y cuando hubieron terminado, le dijo:

—Desearía que te esmerases en arreglar hoy tu traje, lo mejor que pudieras. Ve á vestirte de nuevo, y después harás lo que gustes, hasta que te mande llamar.

Azucena, que por estar pensando en el caballero que había visto junto á la cascada, casi había olvidado á Darcy, oyó con poco agrado la orden de prepararse para recibir á este último y procurar agradarle; pero conforme á la conducta que se había propuesto observar, obedeció sin decir palabra.

—No importa, se decía; nadie puede forzarme á contraer matrimonio contra mi voluntad. Le diré simplemente que no lo quiero.

Raciocinando de esta manera, se dirigió á su cuarto, en donde se le preparaba una agradable sorpresa. Paula, una de las criadas de la Señora Vogán, estaba allí con un gran cofre, diciéndole:

—Aquí hay algunos trajes, que la Señora Vogán mandó traer de París para vuestra merced. No os lo dijo antes, para que tuvieseis el gusto de la sorpresa.

—¡ Trajes para mí ! exclamó llena de alegría ¡ qué buena es mi pobre abuela !

Entonces la criada empezó á desempacar y desenvolver, á la vista de la admirada joven, aquellos elegantes trajes, de muselina, seda, terciopelo y encajes, hechos conforme á la última moda, en una de las más afamadas casas de París.

—La Señora Vogán me encargó que os ayudase á vestir, dijo Paula, y para completar vuestro atavío, he traído estas rosas naturales, que son las que más lucen.

Entre aquellos trajes, se escojió uno de muselina de la India, azul claro, con encajes blancos, que le sentaba admirablemente á la joven; dando extraordinario realce á su bella figura. Paula entendía algo de trajes y tenía gusto natural, por lo cual supo colocar con gracia las rosas, parte en el pecho y parte entre el dorado cabello de la joven. Así adornada, tenía derecho la sirvienta á suponer, que la señorita estaba irresistible.

—Me parece que está Vd. hermosísima, dijo Paula ¿no quiere Vd. mirarse en el espejo?

Hizo Azucena como le indicaba aquélla, quedando ella misma admirada de verse. No se había figurado nunca ser tan bonita.

Retiróse Paula, dejando á la joven entregada á las reflexiones que le sugerían tantas novedades; pero no tardó en volver diciendo:

—Me encarga la Señora Vogán, diga á vuestra merced, que acaba de venir Don Adriano Darcy, el cual desea seros presentado.

Chocó de nuevo á la joven ese nombre, pero se consoló como la vez anterior, con la idea, de que si no le gustaba, nadie podría forzarla á casarse con él; encaminándose en consecuencia con toda tranquilidad, hacia el cuarto de su abuela. Apenas había entrado, cuando su abuela dijo al caballero, que estaba allí con ella:

—Aquí tenéis á mi nieta, Adriano.

Azucena se quedó estupefacta é incapaz de pronunciar una sóla palabra: aquel era el mismo caballero que ella había visto junto á la cascada. Cuando recordaba lo que había estado pensando de su nuevo héroe y todas las cualidades con que le había adornado en su imaginación, esto le parecía un sueño. Todavía no volvía en sí de su aturdimiento, cuando Adriano le extendió la mano, diciendo en tono jovial:

—Ya somos conocidos antiguos. Poco después de que saliera el sol, tuve la fortuna de evitar que esta niña tomase un veneno, tan cristalino como traicionero.

En seguida se vió Darcy precisado á referir á la Señora Vogán la aventura á que había hecho alusión; mientras que Azucena hacía esfuerzos por decir también alguna cosa, sin poder lograrlo. No se figuraba la joven cuán atractiva estaba en su inocente confusión, y lo mucho que Darcy la admiraba.

—¡Qué hermosa está! se decía éste; es de una inocencia encantadora.

Á su vez, Azucena estaba desesperada.

—Me ha de tener por muy estúpida, se decía; pero por mucho que hago, no puedo hablar.

Adriano procuró darle tiempo, para que recuperase su calma, dirigiendo la palabra á la Señora Vogán. En los momentos en que Azucena pudo por fin fijarse en la conversación, estaba él diciendo:

—Tenemos aquí, en efecto, una orquesta excelente; las jardines y paseos, son hermosos y están bien cuidados; los juegos de agua son bastante notables; hay aquí en fin, lo que se puede esperar de un lugar, á donde va uno á descansar de las fatigas, ó á huir del

calor y del ruido de las grandes ciudades. Por lo demás, oigo en este momento, que la música empieza á tocar, Señora Vogán ¿me quisiérais permitir, que os acompañase á dar un paseo?

—Espero que hoy me disculparéis, contestó la Señora Vogán, porque el viaje me ha fatigado bastante; pero si queréis proporcionar un placer á la niña, ella os acompañará.

—Siento en efecto, que aún no tengáis ánimo suficiente para un paseo, dijo Adriano; pero si en cambio puedo dar gusto á vuestra hermosa nieta, será esto para mí, motivo de la mayor satisfacción.

Al oir estas palabras, no sabía Azucena, si era mayor su alegría de salir con él, ó su temor de cometer alguna falta que le desagradase. Se arregló sin embargo apresuradamente, manifestando en seguida estar dispuesta á seguirle; no sin sonrojarse visiblemente, con tal motivo.

Apenas habían salido de la casa, cuando Adriano volvió la vista hacia su compañera, diciéndole:

—Ya sabéis Azucena, que somos de la misma familia, y así me permitiréis, que os llame por vuestro nombre, y no "Señorita Vogán." En cuanto á vos, espero por otra parte, que me trataréis también con toda confianza. No sabía yo, que entre mi parentela hubiera una joven de tan buena presencia; pues la Señora Vogán me escribía siempre, como si fueseis una niña.

—Ya no soy niña, dijo ella, procurando tomar cierto aire de formalidad. Ya cumplí los diez y ocho.

—Es en efecto una edad muy hermosa, dijo él

sonriendo. Y ahora decidme, qué es lo que más os gusta: flores, árboles ó agua.

—Me gustan las tres cosas, dijo ella.

—Pues buscaremos un lugar, en que se pueda gozar de las tres cosas, al mismo tiempo que de la música. Debajo de aquel hermoso encino, hay una banca en donde podemos sentarnos, oir y contemplar todo á la vez.

No hacía mucho que Adriano y Azucena habían ocupado la banca, cuando los dulces acordes de la música, empezaron á resonar á través del hermoso parque: era el "Miserere" de "El Trovador," aquella incomparable aria, que expresa de una manera tan conmovedora, la melancolía de la pasión.

—Parece que os gusta la música, dijo Adriano, al observar la expresión de la linda fisonomía de la niña.

—Me encanta, contestó ella, y gozo ahora tanto más, cuanto que tengo escasas oportunidades de oirla.

—Habéis llevado una vida muy retraída en el Retiro de la Reina ¿no es así? preguntó Adriano.

—Muchísimo.

—No os debéis quejar. Yo también soy de la antigua escuela, y creo que así se debe educar á las jóvenes.

—¿Por qué razón? preguntó ella.

—Por muchas razones; y en mi opinión no hay cosa más repugnante, que las jóvenes de mundo. La delicadeza de sentimientos, la nobleza de carácter, la pureza de costumbres: todo se pierde en el torbellino social, cuando el que entra en él, aun no tiene la fuerza para resistirlo. Habéis tenido fortuna, de vivir hasta ahora en el retraimiento.

—En lo que soy afortunada, decía ella entre sí, es en que no sepa lo de mi escandalosa fuga con Claudio. Y continuando en voz alta, dijo:

—Tal vez tengáis razón, pero esa clase de vida, es en extremo triste.

—No sé por qué causa. La juventud encuentra siempre algo en que pasar el tiempo; y así por ejemplo habéis tenido vos misma en el Retiro de la Reina, una distracción agradable, con vuestras flores y vuestros libros; y ahora que salís al mundo, este es enteramente nuevo á vuestros ojos; no estáis todavía desilusionada. Hasta ahora no habéis pretendido como otras, ser mujer, cuando aún erais niña; vuestro corazón no se ha endurecido con la coquetería; estáis fresca, pura y hermosa, como las flores mismas. Si hubierais, vivido en sociedad, no estaríais así, porque como os dije, no hay cosa más contraria á la naturaleza, que una joven de mundo.

Un placer indescribible se apoderó de la joven al oir estas palabras: no había duda que él la apreciaba tal como era y que la prefería á las jóvenes de mundo. Por primera vez en su vida, bendijo á su abuela y al Retiro de la Reina.

—Para citar un ejemplo, continuó Adriano; decidme lo que sucede con una planta, cuando se violenta su crecimiento.

—Muere pronto, contestó Azucena.

—Lo mismo sucede con las jóvenes que viven en el aire viciado de la sociedad, en aquella atmósfera de excitación, en que se despierta la codicia, la envidia y la malignidad; en donde no se rinde culto mas que al Dios de las riquezas, y en donde, si no se encuentra

precisamente la muerte, mueren los ideales, perdiendo la vida todos sus atractivos. Si vos hubierais bailado y coqueteado durante dos temporadas en Londres, no os agradaría hoy nada de lo que os rodea: criticaríais el color del agua, los matices de las flores y la forma de los árboles; la luz del sol os parecería defectuosa y descubriríais notas falsas en los acordes de la música.

—No creo que mi crítica pudiera elevarse jamás á esa altura, repuso ella, riendo por primera vez alegremente delante de él.

Por lo mismo que Bergen era un lugar de baños, en que se daban cita, solamente los miembros de ciertos círculos de la sociedad aristocrática, la concurrencia era escasa y se componía casi exclusivamente de conocidos, si no al principio, sí con seguridad hacia el fin de la temporada. En consecuencia, pudo Darcy referir á su compañera, quiénes eran algunas de las personas allí presentes.

—Aquella señora, vestida de azul obscuro, acompañada de dos niños, es la Princesa de Artón, hija de una reina, que ahora se ve obligada á vivir en el retiro. ¿No os llama la atención la sencillez de su traje y de su porte? Mirad ahora al caballero que la saluda; ese es el distinguido Lord Belmonte.

—Me alegro mucho de conocerle, aunque solamente sea de vista, dijo Azucena; he leído mucho de él. ¿Sois un admirador suyo?

—No tanto como eso, contestó Adriano, porque si bien admiro el valor personal, no apruebo la audacia, cuando no tiene un objeto justificado. ¿Veis ahora á aquella señora vestida de negro, que parece tener la melancolía pintada en el semblante? Hace doce años,

figuraba mucho en una de la cortes de Europa y ahora vive poco menos que de caridad.

—¡Qué horrible es eso! dijo Azucena, ¿son tan frecuentes los reveses en la vida? Si el destino no respeta, ni riquezas, ni nobleza, ni cualidades sobresalientes ¿qué cosa puede haber de inmutable?

—Sólamente Dios, dijo Adriano.

CAPÍTULO XI

—Gracias á Dios, Adriano no sabe lo de mi fuga con Claudio, se decía y repetía Azucena sin cesar; como si presintiera que de esto dependía su futura felicidad.

En efecto aumentaba su inclinación hacia Adriano, conforme iban tomando un carácter más íntimo, las relaciones que con él mantenía. No era sólo su figura, la que la impresionaba—siendo esta quizá para la mayoría de los gustos, menos atractiva que la de Claudio Lenox—sino la superioridad de su carácter, su lealtad, su nobleza de alma y la claridad de su inteligencia. Nunca había encontrado á un hombre, en que estuviera tan bien combinada la fuerza física con la moral; siendo así que se acostumbrase á confiar ciegamente en todo lo que él decía; al grado, que una palabra suya, tenía para ella mayor valor, que el juramento de otra persona cualquiera. Lo que él declaraba justo, ella lo hubiera defendido contra el mundo entero; así como también rechazaba, lo que él dejaba de aprobar. Pero las mismas causas, que le inspiraban esa admiración, la deprimían por otra parte, pareciéndole que ella era un sér muy insignificante á su lado. Con Claudio había podido apelar á la fuga, en

un momento de trastorno mental; pero con Adriano se daba por feliz, al considerarse su amiga, sin atraverse todavía á pensar que fuera posible conquistar su amor.

—No es posible que se interese por una niña como yo, solía decirse. ¡Yo tan tonta y tan ignorante y él tan noble, tan inteligente!

No sabía ella, que su humildad, su graciosa esquivez, su pureza, que excluía toda malicia, le encantaban más, que cualquier otra cualidad que hubiera desplegado.

—¿Cómo pude yo creer que amaba á Claudio? se preguntaba con frecuencia. Estoy segura, de que si yo hubiera tenido la misma libertad y las mismas distracciones que otras jóvenes, jamás hubiera pensado seriamente en él; pero la verdad es, que la monotonía en que yo vivía, me desesperaba, y que no hice mas que aprovechar la primer oportunidad, para procurar salir de aquella vida tan triste.

En seguida se ponía Azucena á comparar á los dos hombres: Adriano, tan tranquilo, tan digno, tan noble en sus ideas y en sus acciones, tan leal, tan franco; y Claudio por otra parte, tan impetuoso, tan irreflexivo, tan apasionado, tan poco digno de confianza. No podía ser más grande la diferencia entre ambos caracteres.

La vida iba pasando así para Azucena, de una manera tranquila y al mismo tiempo alegre; habiendo desaparecido toda monotonía y fastidio. Cuando ella despertaba, su primer pensamiento era Adriano; lo que él haría; á qué hora vendría por ella; á dónde irían á pasear. Á pesar de que su atención estaba casi constantemente fija en él, todavía no se daba cuenta

de que realmente le amaba, tal vez porque aún la preocupaban las definiciones que le diera Claudio. Lo que sentía hacia Adriano, era sin duda un afecto real, pero tan mezclado de admiración y respeto, que no sabía cómo clasificarlo.

—Yo había creído hasta ahora, le dijo un día, que las personas serias y pensadoras, despreciaban las novelas y los romances.

—Desprecian lo que suele haber en ellos, de afectación y de extravagancia, contestó Adriano, pero de ninguna manera la cosa misma. Hay romances y novelas en que se nos presentan ideales dignos de imitarse, en que se exaltan los sentimientos nobles y generosos; así como hay otros, que son el producto de imaginaciones calenturientas, en donde los caracteres sobresalientes, se convierten en caricaturas y en donde son únicamente pasiones vulgares las que se combaten. Leed los grandes autores dramáticos de Europa, Shakespeare, Goethe, Racine, Calderón; ó si quereis novelas, ahí tenéis á Walter Scott y Bulwer. ¿Quién se atreviera á despreciar á esos hombres?

—¿Entonces por qué se usa la palabra "romántico" ó "novelesco," como término de reproche?

—Á mi juicio, no deberían aplicarse esas palabras en el sentido indicado; y si lo hace el vulgo, es porque no las entiende. El verdadero romance, es aquel, que en poesía escogida, nos refiere acciones grandes y nobles, que elevan los sentimientos; pero hay romance legítimo y romance falso, como hay buena y mala poesía.

—Ahora comprendo lo que es el verdadero ro-

mance, y lo que son las buenas novelas, pero no sé todavía cuál es la mala lectura.

—Sois demasiado pura y semejante á la flor cuyo nombre llevais, para entender mucho de falso romance, ó de malas novelas. Pero en términos generales os diré, que pueden designarse como tales, aquellos que os enseñan á olvidar vuestras obligaciones para cumplir un deseo; en que se confunden las ideas de lo justo y de lo injusto; en que el amor pierde lo que tiene de ideal y se justifica el engaño, ó la falta de respeto á las buenas costumbres. Amigos que se engañan para lograr su objeto; hijas que engañan á sus padres, para mantener comunicación con sus amantes: todo ese pertenece al género de la mala literatura.

No observó él, que al pronunciar estas últimas palabras, palideció Azucena, y que la angustia se pintó en sus hermosos ojos. Después de una pequeña pausa le dijo:

—Os gusta mucho, según parece, que os explique las cosas de este mundo, Azucena.

—Me gusta oiros hablar, contestó ella, sin observar á su vez la amorosa mirada que él le dirigió en contestación.

Entregó entonces Adriano á Azucena un manojo de flores, que había estado recogiendo. Tomó ella las flores, casi mecánicamente, sin atreverse á levantar la vista; pero cuando se hubo retirado á su cuarto, las cubrió de ardientes besos, diciendo entre sí:

—¿Qué pensaría de mí, si pudiera verme?

CAPÍTULO XII

No había de pasar mucho tiempo, antes de que, con motivo de una circunstancia casual, Azucena tuviera una nueva ocasión de conocer más á fondo el modo de pensar de Adriano Darcy. Estaba éste una mañana almorzando con la familia Vogán y hablando de los insignificantes acontecimientos que ocurrían en el lugar, cuando recayó la conversación sobre dos nuevos huéspedes, marido y mujer, de familias distinguidas, que habían llegado á la hostería la noche anterior.

—Ella parece muy joven, dijo la Señora Vogán. Tal vez sería una amiga á propósito para Azucena.

Darcy no dió contestación alguna; pero la Señora Vogán, que había observado la seriedad de su semblante, no dejó de preguntarle:

—¿No opináis de la misma manera?

—Ya que me preguntáis, dijo Darcy, siento tener que deciros, que no soy de la misma opinión.

—Supongo que no tendréis inconveniente, en decirme la causa. Por mi parte, he estado fuera del mundo en los últimos años, y no es extraño, que ignore mucho de lo que ha sucedido entretanto.

—Preferiría no tenerlo que referir, dijo Darcy.

—Y si yo prefiero que me lo digáis ¿no tendríais inconveniente? insistió la Señora Vogán.

—Si tenéis tanto interés en saberlo, os diré, que esos recién llegados, son Lord y Lady Helmedale. La familia á que pertenecen, es de las mejores, pero ella dió hace tres años un escándalo, escapándose de la casa paterna, para casarse con el que ahora es su esposo. Comprenderéis en consecuencia, la causa por la cual os dije, que no era de vuestra opinión, en cuanto á entablar relaciones con ellos.

Azucena recordó entónces, haber oído á Claudio referir el mismo hecho; pero no para censurar la conducta de los amantes, que ahora ya eran esposos, sino al contrario, para recomendarla como un ejemplo digno de imitarse en ciertos casos. Saltaba de nuevo á la vista, la diferencia entre Claudio y Adriano, y la joven que deseaba seguir conociendo la opinión de este último, se atrevió á decir:

—Tal vez ella le amaba mucho.

—Lo erróneo de esa especie de justificación, es precisamente lo que procuraba explicaros hace unos días, dijo Adriano; así son las ideas que se recogen en las malas novelas. El amor no puede disculpar el que se recurra á la mentira, al engaño, al disimulo hacia los que os han dado la vida y os han criado con esmero y cariño, para que seáis una persona digna y virtuosa. Á una joven que abandona á los suyos de esa manera, le debe faltar, no sólo la delicadeza de sentimientos, sino hasta la honradez.

—Sois muy duro con las mujeres, dijo Azucena.

—Hay asuntos en que no se puede ser demasiado

severo; y entre ellos cuento, los que se refieren á la pureza y á la reputación de una mujer.

—Es entonces tal vez la buena opinión que tenéis de las mujeres la que os hace juzgar así, dijo Azucena.

—En efecto, tengo esa buena opinión, repuso él, y por lo mismo me disgusta ver la más ligera mancha en su conducta. Así como considero una desgracia, que el nombre de una mujer respetable, ó con la que me unen lazos de alguna especie, ande en boca de ociosos afectos al escándalo; así os aseguro que una reputación pura, es el dote más valioso de una joven.

—¡Cuán pura debe ser la mujer que gane su amor! se decía Azucena á sí misma. ¿Qué diría si supiera cuán cerca estuve yo misma de dar ese escándalo, que tanto detesta? ¡Cuánto agradezco al cielo, que me fuera permitido volver sobre mis pasos!

Recordó ella en seguida el día, en que la Señora Vogán provocó su indignación, al proponerle el casamiento con Darcy; pareciéndole una verdadera ironía del destino, que ahora apenas se atreviese á esperar, lo que entónces rechazaba como un inaudito atentado contra su libertad.

—No soy digna de él, decía y se repetía muchas veces.

Mientras Azucena consideraba, que el conquistar el amor de Darcy, sería empresa poco menos difícil, que bajar las estrellas del cielo; él á su vez, no se cansaba de admirar á la joven: su simpático rostro, su graciosa figura, su pureza y su inocencia, que á pesar de su educación defectuosa y de sus aventuras con Claudio, no habían sufrido en el fondo.

—Azucena es por naturaleza noble, dijo él un día

á la Señora Vogán; en todas las cuestiones que tratamos, se inclina siempre al lado bueno. Es la más hermosa combinación que he visto de mujer y niña, de imaginación y sentido común, de poesía y juicio.

Años atrás Adriano había oído decir, que la Señora Vogán deseaba que él se casara con su nieta; pero él no había hecho caso y aun se había reído de la ocurrencia. Ahora le venía aquello mismo á la memoria y no sólo no se reía, sino que al contrario, le empezaba á causar gran satisfacción.

Pertenecía Adriano, como ya dijimos, á una familia distinguida, y según todas las probabilidades, debía heredar la Baronía de Chandon, siendo en aquel tiempo el propietario de ésta, un anciano que no tenía más que un hijo enfermizo. Como consecuencia de esta circunstancia y de sus cualidades personales, era Adriano persona muy buscada por las señoras y las jóvenes de la aristocracia; pero él había preferido en general sus libros y sus estudios, á los encantos femeniles. Había hecho una carrera brillante en la universidad de Oxford, y al salir de ella, se había dedicado, como todos los nobles de aspiraciones en Inglaterra, á los estudios literarios y á la política. Nunca había sentido mucha inclinación al matrimonio, ni mucho menos se había enamorado, hasta que conoció á Azucena.

Al mismo tiempo que la rara belleza de la joven, admiraba Darcy su candidez, su originalidad, la falta de afectación, en todo lo que hacía y decía. Ella manifestaba todo lo que sentía, de una manera tan franca, tan graciosa, tan original, que lo dejaba encantado. Por fin le fué cobrando tal afecto, que acabó por convencerse, que ya no podría vivir sin ella.

—Si no la hubiera conocido, probablemente no hubiera amado á nadie, se decía; no hay otra en el mundo como ésta para mí. Pero á la verdad, no me atrevo á hablarle de amor: es tan esquiva, que temo asustarla.

Así seguía galanteándola á su manera, sin adelantar gran cosa; ya por temor de que la precipitación lo echase todo á perder; ya porque juzgase que antes de hablarle á ella, exigía la caballerosidad, que se dirigiese á sus abuelos; resolviendo en consecuencia, aprovechar la primera ocasión que se presentase, para pedir su aprobación á éstos.

Encontrándose un día á solas con la Señora Vogán, ésta le preguntó, si realmente tenía probabilidades de adquirir la propiedad, á la cual iba agregado el título de Lord Chandon.

—Tarde ó temprano, creo que esa baronía ha de recaer en mi persona, contestó Adriano.

—¿Consideráis que sea una curiosidad excesiva de mi parte, el que os pregunte, si tenéis mucho empeño en obtener ese título? dijo la Señora Vogán. Ya sabéis que los viejos son curiosos.

—Os puedo asegurar, que no contribuiría á mi felicidad, ese título; y que no sería para mi motivo de mayor satisfacción llamarme Lord Chandon, que lo puede ser hoy el que me llamen Darcy. Hay otra cosa que me interesa mucho más y que con vuestro permiso, os quisiera comunicar.

—¿Qué cosa puede ser esa? interrogó ella.

—Necesito poner en vuestro conocimiento, que Azucena me ha cautivado de una manera, que yo mismo no hubiera creído posible. Mi amor hacia ella

es de tal naturaleza, que de no lograr que me corresponda, estoy seguro que renunciaré por completo y para siempre al matrimonio. Desearía saber, si al dirigirme á ella, cuento con vuestra aprobación y si os parece que tenga probabilidades de éxito.

—No sólo tenéis mi plena aprobación, querido Adriano, dijo ella, sino que creo también que tendréis el mejor éxito. Gracias al esmero, con que hemos educado á esta nuestra única nieta, su corazón se ha conservado puro; vos mismo habéis visto lo sencilla que es, y que la coquetería ó la malicia, le son enteramente ajenas. Que le agradáis, apenas lo dudo; pudiendo agregar, que sois el primero á quien así distingue, pues no ha tenido hasta ahora amante alguno.

—En tal caso procuraré ganarla, dijo Adriano, retirándose en seguida; mientras que la Señora Vogán quedaba de lo más complacida, al ver sus más vivos deseos, próximos á realizarse.

CAPÍTULO XIII

No parecía sino que Azucena hubiera adivinado las intenciones de Adriano, volviéndose repentinamente más esquiva y espantadiza; de tal suerte, que él necesitó de toda su paciencia y resolución, para que no se desbaratasen sus proyectos. Ella había buscado antes su sociedad, le gustaba oirle hablar y observar su animada fisonomía; pero ahora sentía latir su corazón, cuando le veía llegar, y su primer impulso era el de huir; ya casi no le hacía preguntas, y cuando él le dirigía la palabra, ella apenas se atrevía á levantar la vista. Sentía ella misma el cambio, sin darse aún exacta cuenta, de lo que significaba, cuando un día se encontró repentinamente frento á frente con Adriano en un estrecho corredor.

—Azucena, le dijo éste, en tono jovial, extendiéndole ambas manos; creo que hace ya varios días, estáis jugando conmigo á las escondidas. Desde ayer al mediodía, no os he visto y ya me parece un siglo. ¿Qué es lo que andáis haciendo?

Pausó él unos instantes para contemplar la hermosa cara de la joven, en la que se pintaban al mismo tiempo, el embarazo y la dicha.

—¿Ya no tenéis para mí, ni una palabra de bien-

venida? continuó diciendo. Antes nos pasábamos horas enteras conversando y riendo, horas que á mí me parecían minutos; y ahora no contestáis á mis preguntas, mas que con una sonrisa. ¿Por qué me tratáis así?

La confusión de la joven era á cada momento mayor, pero al fin contestó en frases entrecortadas:

—Es porque . . . yo misma no lo sé Adriano. No me preguntéis, ó más bien dicho . . . perdonadme; sí perdonadme. Tal vez pronto os pueda contestar.

Sin saber ni cómo, se desprendió de Adriano, corriendo á su cuarto. Una vez allí, se dejó caer sobre un sillón, y cubriéndose la cara con sus frías manos, prorrumpió en sollozos de alegría, mezclada de tristeza y de vagos presentimientos.

—¿Qué ha sucedido conmigo? se preguntaba. ¿Será que lo amo? . . . ¡Sí, lo amo! ¡Oh Dios mío; hazme digna de él!

Por fin empezaba á comprender lo que era el amor; ahora que una serie de emociones desconocidas para ella hasta entonces, venían á reverlárselo. Recordaba ahora también, lo que había leído en los libros, y se preguntaba de nuevo, si el amor era igual al que describían los poetas. ¡Ah no! pensaba ella; el verdadero amor era cosa muy superior á todas las descripciones de los poetas. La especie de felicidad que ella sentía, no se podía describir con palabras; era cosa superior á todo lo que pudiera expresar el ingenio humano. Ahora menos que nunca, comprendía, cómo podía haber creído, que fuese amor, lo que había sentido hacia Claudio Lenox.

Cuando se hubo calmado, bajó al salón de la hostería; pero encontrándose allí á Don Arturo y Adriano á solas, se escapó, como una gacela espantada. Esta fuga fué inútil, pues al regresar á su cuarto, supo por Paula, que Adriano había de quedarse á comer con ellos ese día, siendo en consecuencia imposible esconderse. No pensó ya entonces mas que en la manera de agradarle y de presentarse ante él, con todas los atractivos posibles. Después de consultar con Paula y de pasar revista á su colección de trajes, escogió por fin uno de éstos, que era de seda blanca, bordado de oro. Paula le compuso el traje perfectamente, y en la cabeza le puso unas perlas, que brillaban en su cabello, como gotas de rocío; completando así, aquel admirable conjunto de belleza, elegancia y buen gusto.

—Cada día es más difícil dar satisfacción á la señorita en cuanto á su traje, dijo poco después Paula á la Señora Vogán.

—Puede ser que haya motivos para ello, dijo ésta sonriendo; nosotros también hemos sido jóvenes y sabemos lo que significa.

Llegó por fin la hora de comer y todos se sentaron á la mesa; pero ni Adriano, ni Azucena apreciaban aquel día los excelentes platos que les servían, sumergidos como estaban ambos en sus reflexiones.

—Ella me huye y no se atreve á mirarme, se decía Adriano, pero al fin he de conseguir que me oiga. Tendré que amansarla como á una tímida paloma.

Concluída la comida, él la invitó á cantar; pero advirtiendo ella que el piano estaba al otro extremo

del salón, y que en caso de aceptar su invitación, se encontraría con él poco menos que á solas, se excusó como pudo.

—¿No queréis jugar al ajedrez? preguntó él en seguida.

—Ni por todos los tesoros de la India, se decía ella, segura como estaba, de que no podría combinar ni tres jugadas.

Viendo Adriano, que ni con el piano, ni con el ajedrez, lograba atraer á Azucena, á donde él quería, propuso en fin un paseo; pero también en cuanto á este, dió ella una disculpa apenas inteligible.

—Según parece, tendré que ejercitar la paciencia, se dijo Adriano. Si la espanto, tal vez no me sea posible vencer su esquivez.

Renunció pues por lo pronto á la conversación con Azucena, y dirigiéndose á Don Arturo, ofreció leerle el editorial del "Times." Aceptó Don Arturo con gusto, mientras la Señora Vogán se retiraba á su cuarto, para dormir un rato. Azucena, por su parte, se fué alejando hasta llegar á la ventana, junto á la cual se sentó; aparentemente mirando hacia afuera, pero en realidad ocupada en hacer reflexiones, sobre el estado á que habían llegado sus relaciones con Adriano. Lo que deseaba ante todo, era estar sola, y como el lugar que había escogido, no le pareciese bastante á propósito, creyendo además que nadie la observaba, abrió con cuidado la puerta y salió al jardín.

—Nadie notará mi ausencia, dijo al tomar una de las veredas que conducía en dirección al pabellón de la orquesta.

Estaba muy equivocada Azucena, al suponer que nadie se había fijado en ella; pues Adriano había observado cada uno de sus movimientos, aunque aparentemente no mirase en aquella dirección, y cuando la vió salir, adivinó el rumbo que tomaría. Sin embargo, siguió dando cuenta á Don Arturo, de lo que decía el periódico; buscaba á propósito los artículos menos interesantes, que leía con voz lenta y monótona, hasta que el Dios Morfeo vino en su auxilio, como él esperaba, haciendo caer al buen viejo en un profundo sueño. La orquesta estaba tocando en aquellos momentos una de las más lindas composiciones de Mozart, y Adriano no dudaba que Azucena había de estar escuchándola en algún lugar no muy distante.

Adriano Darcy, como buen cazador—teniendo su empresa sin duda, cierta semejanza con una cacería—evitó el camino que conducía directamente al pabellón, calculando no sin razón, que Azucena se le escaparía si lo viese llegar. Haciendo un considerable rodeo, fué pues acercándose al punto indicado, mirando en todas direcciones. No estaba ella junto al lago, ni debajo del encino, en la banca en que solían sentarse. ¿Dónde podría estar? Repentinamente se acordó Adriano de la cascada y allá dirigió sus pasos; teniendo á poco rato la satisfacción de ver, que esta vez no se había equivocado. Allí estaba Azucena en efecto, en el mismo lugar en donde se habían visto por primera vez, contemplando distraidamente la caída de agua y la ebullición que producía en la cavidad de la roca. No pudo Adriano contenerse ya, y echándole de improviso los brazos, hizo imposible la

fuga; diciendo al mismo tiempo, en un tono de ternura y de confianza, que aún no había usado hacia ella:

—Por fin te encontré y no te volverás á escapar. Azucena ¿por qué eres tan cruel conmigo?

CAPÍTULO XIV

La sorpresa que Adriano dió á Azucena fué tan completa, que ésta no tuvo tiempo ni de procurar escaparse, y una vez que se vió en brazos de su amante, y que sintió que ya no podría aplazar por más tiempo la resolución que debía tomar respecto á la pregunta que hacía algunos días ya esperaba, fué cayendo en un estado de solemne y dulce tranquilidad.

—Perdóname Azucena, si te he ocasionado un susto, continuó Adriano, pero ¡te había buscado tánto! ¿Qué sería de mí, si un día dejase de encontrarte?

Á este momento, uno de los más felices en su vida, siguió inmediatamente otro, en que Adriano sintió, sin darse cuenta de la causa, un triste presentimiento de futuras desgracias, como si una negra nube hubiese entoldado repentinamente el horizonte, ó como si una voz le dijera, que no estaba en efecto muy lejos el día en que llamara en vano á la encantadora joven que sujetaba entre sus brazos, y sin la cual ahora le parecía que la existencia apenas tendría objeto. Pero estos tristes pensamientos, se desvanecieron de nuevo, tan repentinamente como habían venido.

—¿Te has asustado mucho, Azucena? preguntó Adriano, al observar que la joven estaba un poco pá-

lida y temblorosa. Eres muy cruel conmigo. ¿Por qué te escondes cuando sabes que te ando buscando? Pero no te alarmes; vamos á sentarnos aquí con toda tranquilidad, porque tengo que preguntarte una cosa.

Después de unos instantes, en que sólo se oía el ruido de la cascada, dijo Adriano de nuevo:

—Óyeme, Azucena. Al llegar á esta pintoresca población, hace unas cuantas semanas, sin otro objeto que el de pasar una temporada tranquila, dedicado á mis estudios literarios, no me vino á la imaginación que aquí se había de cumplir mi destino, un destino tan envidiable, que no solamente lo acepto con todas sus consecuencias, sino que no lo cambiaría por otro cualquiera en el mundo. Yo te amo de tal manera, que antes yo mismo no me hubiera creído capaz; sin tí, ya no puedo vivir; tu eres mi único amor y lo serás mientras viva, ¿Azucena: quieres ser mi esposa?

Por fin había sucedido lo que ella tánto temía y al mismo tiempo tánto anhelaba; por fin aquel hombre, á quien ella adoraba como á un semidiós, estaba á sus pies; por fin se ofrecía á su vista una vida de nunca soñada felicidad. Pero aun cuando le pareciera que él tenía derecho á tomar posesión de ella, como lo hace un rey de su propiedad, tenía sin embargo sus dudas, de que él hubiera cometido un error, de que tuviera que arrepentirse más tarde. Por esta razón, después de oirle atentamente, contestó suspirando profundamente, y en voz apenas perceptible:

—No me creo digna.

Adriano no pudo menos de reir alegremente al oir estas palabras.

—¿Que no eres digna, dices? Me parece, Azucena, que yo soy el que debe resolver esta cuestión. Si te escojo para mi esposa, es porque considero que en todo el mundo no hay otra tan bella, tan noble y tan pura como tú. Yo sé, que si en lugar mío, estuviera un rey á tus pies, lo elevarías aun más, al concederle tu amor; y en consecuencia soy más bien yo el que no es digno de tí. No quiero importunarte, ni que me correspondas tal vez por dar gusto á tu abuela, pero si me amas de veras, no dejes de contestarme. Azucena ¿quieres ser mi compañera en esta vida? ¿Quieres compartir mi felicidad y mis penas?

—No me puedo imaginar que vos me améis, dijo ella, ¡sois tan inteligente, tan instruído, tan noble, tan fuerte!

—¿Y que sois vos? preguntó él sonriendo.

—Nada, en comparación á vos.

—¡No, nada! Un ser insignificante, que yo sin embargo adoro; pues me pareces la más linda criatura que alumbra el sol; la más pura y la más noble de tu sexo. Tu figura me parece la más graciosa, tu cara la más hermosa, tu corazón el más generoso y tu voz la más melodiosa, de todo lo que conozco. ¿Qué más quieres que te diga? Si alguno de nosotros dos, es indigno del otro, ese soy indudablemente yo.

—Pero ha de llegar un día, en que seréis un gran personaje en el Reino, observó ella.

—Soy lo que el mundo llama rico y algún día me llamaré Lord Chandon, pero ¿á qué viene esa pregunta?

—Os pregunto porque creo, que en tal caso, os con-

vendría mejor una esposa que conociera del mundo más que yo.

—¡ Dios me libre de una mujer de mundo! exclamó Adriano. No me casaría con una mujer de esas, ni aunque me trajera todos los tesoros del orbe. Nadie podrá hacer el papel de Lady Chandon, más dignamente que tú.

—Temo mucho, que más tarde tendréis que arrepentiros, observó Azucena.

—Estoy dispuesto á correr el riesgo, repuso Adriano, en tono jovial; pareciéndome por lo demás, que ya me has puesto á prueba bastante tiempo. Quiero suponer, y aun supongo, que tienes defectos, porque no hay nadie perfecto en este mundo; pero no por eso dejo de amarte, y te pregunto por lo tanto una vez más ¿quieres ser mi esposa?

Ella se quedó mirándole, como si todavía desconfiase, pero al fin se resolvió á decir:

—Temo mucho, que la buena opinión que tenéis de mí, no la merezca; pero si creeis que yo os pueda hacer feliz, haciéndome vos al mismo tiempo, aun más feliz á mí; si de mi contestación depende todo esto, no puedo menos que consentir y deciros, que seré vuestra esposa, con la esperanza, de que Dios me haga digna de tánta felicidad.

Él la abrazó entónces estrechamente, le besó la frente y los temblorosos labios, diciendo en seguida:

—Ya eres mía y solamente la muerte nos ha de separar.

Estuvieron sentados un largo rato, en el mismo lugar, oyendo á lo lejos las piezas de música que ejecutaba la orquesta con admirable maestría: ya una

melancólica aria, ya un alegre vals, ya una majestuosa marcha. Los novios escuchaban y reflexionaban más de lo que conversaban, pero era este el silencio de la felicidad; hasta que por fin fué Adriano el que empezó á decir:

—Procuraremos durante nuestra vida, hacer algo en beneficio de nuestros semejantes. Si algún día llegas á ser Lady Chandon, tendremos una posición de mucha responsabilidad.

—Así me parece, Adriano, contestó ella. Construiremos hospitales, escuelas, casas de pobres, y haremos felices á todos.

—Esa sería empresa superior á nuestras fuerzas, contestó Adriano sonriendo; pero haremos lo posible.

—En cuanto á mí, dijo Azucena, tendré que ir aprendiendo el papel que he de hacer en una posición tan elevada.

—Y yo creo, que si quieres aprenderlo antes de nuestro matrimonio, tendrás que apresurarte mucho; porque yo no me conformo ya, con saber que has de ser mía, sino que desearía que fijásemos la fecha, para verificar nuestra unión. No sé qué necesidad haya de esperar.

—Pero tampoco creo, que haya necesidad de precipitarse, contestó ella.

—La razón que yo tengo no puede ser más sencilla, pues consiste en que ya no me siento feliz sin tí. ¿ Me permites que diga hoy mismo á la Señora Vogán, que ya estamos de acuerdo?

—Hoy todavía no, le suplicó ella. Quisiera reflexionar esta noche, para darme cuenta exacta de

todo lo que ha sucedido y de lo que deba hacer en el porvenir.

—Será hoy como tu quieras, contestó él, pero mañana se lo diré. En cuanto á la fecha, piénsalo bien: hoy estamos á 19 de Agosto ¿no te parece que fijemos el casamiento para el mes de Octubre?

Ella no contestó; y habiéndose levantado, tomaron ambos la vereda que conducía á la hostería. Era ya tarde; el sol había desaparecido tras de las colinas y empezaba á soplar una ligera brisa; pero el susurro que ésta producía, entre el follaje de los árboles, no decía á los novios, cuán próximos estaban los terribles días de prueba, á que el destino los había de someter.

CAPÍTULO XV

Al día siguiente, cuando Azucena despertó, apenas podía coordinar sus ideas, ó distinguir lo que había de realidad ó de sueño en sus recuerdos; pero no tardó en convencerse de que su felicidad era positiva y que sería la esposa de Adriano tan pronto como quisiera. La satisfacción que esto le causaba, la hacía parecer aun más bella, habiendo adquirido su semblante una expresión de tranquila dulzura, que llamó la atención de su abuela, cuando ambas se encontraron en el comedor, á la hora del desayuno. Don Arturo, por su parte, no observó nada, pues estaba de mal humor, á causa de que sus periódicos, no habían llegado con el correo de la mañana.

—No han de llegar antes de la tarde, dijo él manifestando gran disgusto; y á la verdad no sé en qué pueda ocuparme durante el día.

—¿Cuál es la causa del atraso? preguntó la Señora Vogán.

—Según dicen, fué un contratiempo que tuvo el tren correo. La compañía debería ser un poco más cuidadosa.

—Adriano podrá tal vez entretenerte con alguna cosa, dijo la Señora Vogán.

—Adriano está hoy de paseo, repuso Don Arturo, como medio ofendido. Algunos amigos suyos vinieron á buscarlo anoche, y se fué con ellos; de suerte que no regresará hasta muy tarde.

—¿Quién os lo dijo? preguntó la Señora Vogán.

—El mismo Adriano mandó este recado que me acaban de entregar.

Azucena sonrió con satisfacción, al oir estas palabras, comprendiendo que la ausencia de Adriano aquella mañana, era cuestión de delicadeza hacia ella, para darle tiempo de reflexionar, como había deseado.

—Pasaremos pues el día lo mejor que se pueda, dijo la Señora Vogán.

—Yo también puedo procurar distraeros, dijo Azucena; tal vez no lo haga tan satisfactoriamente como Adriano, pero no ha de ser por falta de voluntad. Si queréis, iremos al jardín, en donde la orquesta ha de tocar trozos escojidos de "La flauta mágica." Don Arturo aceptó la oferta, no sin admirarse de lo complaciente y atenta que estaba su nieta aquella mañana. Salieron pues á pasear un rato, encontrándose á su regreso á un mensajero con una carta en que Adriano avisaba, que vendría á verlos al obscurecer, á fin de pasar unas horas en su compañía.

—Hoy mismo se lo comunicará á mi abuela, se dijo Azucena, y en seguida todo el mundo lo sabrá.

Aquella tarde se vistió con extraordinario esmero, considerando que en el traje que se pusiera, iba á presentarse por primera vez, como novia de Adriano. Entre su colección había un vestido de encaje blanco, elegantemente adornado con hojas verdes. Este fué

el que escojió y ya lo estaba arreglando, cuando Paula entró al cuarto, á fin de ayudarle.

—Me perdonaréis la observación, dijo la criada; pero no he visto joven alguna que cambie tan repentinamente como vuestra merced. Antes era yo la que tenía que cuidar de que os vistiéseis con esmero y ahora apenas hay cosa que os satisfaga.

—Puedo asegurarte que no volverás á tener motivo de queja, en cuanto á mi descuido, dijo Azucena sonriendo.

—Con este traje, no creo que debe llevar Vd., ni alhajas ni cintas, dijo Paula, sino simplemente unas hojas verdes en la cabeza.

—Me someto á tu opinión, dijo Azucena.

La sirvienta tenía en efecto razón; pues no podía haber cosa más sencilla y de mejor gusto, que los encajes blancos con las hojas verdes.

—Tarda mucho en volver, se decía Azucena, con creciente impaciencia.

Por fin se oyó ruido de pasos en el corredor y la voz de Adriano, que Azucena reconoció al instante; no pudiendo ésta menos de salir al encuentro de su prometido.

—¡Azucena! exclamó él, extendiéndole los brazos, ¡cuán largo me ha parecido el día!

La Señora Vogán estaba en su cuarto, en un sillón frente á la ventana. Adriano tocó la puerta y entró en seguida, conduciendo á Azucena de la mano.

—Queridísima Señora Vogán, le dijo ¿no adivináis lo que os tengo que decir?

Una gran satisfacción se pintó en la arrugada cara de la anciana.

—Así lo esperaba, dijo en seguida, pero á pesar de ello, me alegro en extremo, que realmente os améis mutuamente.

Azucena estaba extraordinariamente conmovida, y acercándose á su abuela, se hincó ante ella, para recibir su bendición. En seguida estrechó sus manos, cubriéndolas de besos y lágrimas; aquellas manos, que antes había considerado tan severas, y que sin embargo, la habían conducido á la felicidad.

—¡Dios te bendiga Azucena! dijo su abuela, profundamente emocionada á su vez. Nada he deseado tanto, desde que murieron tus desgraciados padres, como el verte feliz. Si en alguna ocasión me has considerado severa; si te ha parecido duro el régimen á que te he sometido, no debes olvidar, que lo hice en tu propio interés. El mundo está lleno de lazos y peligros para aquellos que carecen de experiencia. ¡Felices las jóvenes que no caen en una de tantas redes! Perdóname, si alguna vez te he ofendido ó lastimado, porque no lo hice intencionalmente, y sólo he procurado, que tu corazón se conservase puro y tu conciencia tranquila. Este es el mejor dote que puedes ofrecer á tu futuro esposo. La familia Vogán, á que perteneces, tiene un orgullo justificado; su nombre no tiene mancha, y el mayor elogio que puedo hacerte, es el decir, que mereces llevar ese nombre.

Ni Adriano, ni la Señora Vogán sabían, cuál era la verdadera causa, de la excesiva humildad y ternura de Azucena, ni de su llanto, que no cesaba, ni aun después que Adriano la hubo levantado.

—Retírate un rato á tu cuarto, Azucena, dijo la abuela, y vuelve cuando te sientas mejor. Esta es la

noche de tus esponsales y por lo mismo debe reinar entre nosotros la alegría y no la tristeza.

Volviéndose entonces hacia Don Arturo, dijo la Señora Vogán:

—En cuanto á tí, ya tampoco tendrás motivo de tristeza. Aquí están tus periódicos.

CAPÍTULO XVI

Una vez en su cuarto, Azucena se repuso muy pronto; se lavó la cara con agua fresca y empezó de nuevo á hacer reflexiones. Se alegraba de que ya hubiera pasado aquella patética escena de su presentación como novia de Adriano; se admiraba de haber descubierto, que la Señora Vogán también tenía arranques de sentimentalismo; y en fin se recreaba, considerando cuan feliz sería ahora al lado de Adriano. Se compuso en seguida nuevamente el traje, así como las hojas verdes que le había puesto Paula, y volvió á bajar al salón, radiante de alegría y de hermosura. En los momentos de abrir la puerta, se le cayó el pañuelo, y deteniéndose un momento para recogerlo, oyó decir á la Señora Vogán:

—Es mejor que Azucena no lo sepa.

—Lo ha de leer sin duda alguna, contestó Don Arturo; más vale pues, que se lo digais vos.

Con la curiosidad de saber lo que aquello significaría, abrió la puerta por completo, encontrándose á su abuela, sentada en su sillón, con un periódico en la mano, mientras que Adriano y Don Arturo estaban en pie, á derecha é izquierda de ella, comentando lo que acababan de leer. Al entrar Azucena, se suspen-

dió la conversación: Adriano se adelantó hacia su novia y Don Arturo tomó el periódico de las manos de la Señora Vogán, dirigiéndose á su sillón, para seguir leyendo á solas.

—Supongo que hoy no te negarás á cantar, Azucena, dijo Adriano; hoy celebramos nuestros esponsales y el favor que te pido es que nos cantes un poco.

Inmediatamente se levantó ella para dirigirse hacia el piano, acompañada de Adriano. Escogió una canción sencilla, de amor que nunca muere y de felicidad que dura eternamente; la cual cantó con voz sonora y limpia, con calor y sentimiento. Cuando hubo terminado, Adriano le dió las gracias y le besó la frente, mientras que ella se levantaba del asiento, para evitar si era posible, el seguir cantando, inquieta como estaba, á causa de las palabras que había oído al entrar. En este momento, decía Don Arturo:

—No puede ser culpable: es materialmente imposible. Á mí no me agradaba gran cosa el joven, porque me parecía de carácter ligero; pero podéis estar seguros, de que es demasiado caballero, para cometer un acto tan brutal como ese.

—Si es inocente, dijo la Señora Vogán, se le pondrá en libertad. En nuestros días, la administración de justicia es demasiado escrupulosa, para que se condene á un hombre sin pruebas irrefutables.

—No creo que el coronel Lenox sobreviviera á un golpe tal, prosiguió Don Arturo. Es un hombre demasiado decente y orgulloso.

Había estado Azucena junto al piano, hojeando como distraidamente algunos libros de música; pero

no se le había escapado ni una palabra de esa conversación. Procurando reprimir su emoción, se volvió entonces hacia Adriano y le preguntó en tono resuelto:

—¿Qué suceso es el que están comentando mis abuelos?

—Es una historia triste y rara, contestó él.

La Señora Vogán oyó estas palabras, y antes de que Adriano continuara, dijo ella:

—Te causará tal vez pena oirlo, pero puesto que tarde ó temprano ha de llegar á tu conocimiento, te lo contaré yo misma. ¿Te acuerdas de aquel joven Claudio Lenox, que vivía en la finca de su tío? Estuvo varias veces en el Retiro de la Reina.

—Me acuerdo perfectamente de él, contestó Azucena, palideciendo visiblemente, pero sin manifestar por lo demás, lo que sentía en aquel momento. En realidad era un ansia irresistible de saberlo todo, la que se había apoderado de ella; pero tenía que disimular y así se resolvió á esperar que la Señora Vogán, con su acostumbrada calma, fuese refiriendo los sucesos.

—Las apariencias no lo favorecen, dijo ésta lentamente, pero yo tampoco lo creo culpable.

—¿Culpable de qué? preguntó Azucena, en el colmo de su reprimida desesperación.

—Culpable de homicidio, contestó la Señora Vogán, lo cual no deja de ser un caso muy raro. Parece que el mismo día que nosotros salimos del Retiro de la Reina, se descubrió en Derby un horrible asesinato: el de una mujer, que encontraron cubierta de horribles heridas, junto á una cerca á inmediaciones de la estación. En un pañuelo que tenía en la mano, se

encontró el nombre de Claudio Lenox y registrando el traje de aquella desgraciada, se encontró un papel, en que se había escrito con lápiz "Claudio Lenox, Plaza Belgrave, Londres." Se dice que el nombre de la mujer es Ana Barrat, y algunas circunstancias hacen aparecer á Claudio Lenox como autor del crimen. Uno de los empleados del ferrocarril, reconoció á Claudio y jura haberlo visto, en compañía de una desconocida, que llevaba la cara cubierta, dirigirse hacia el campo en que se cometió el crimen: un labrador del Parque de Acton lo vió regresando á su casa esa misma mañana, y en fin aseguran los criados del coronel Lenox, que Don Claudio no durmió en su casa aquella noche.

—Sin embargo, dijo Don Arturo, pueden ser casuales esas circunstancias, aunque realmente hablen en contra suya. Lo importante me parece á mí, que no se ha probado, qué interés podía tener en asesinar á una mujer que ni aún conocía, como él asegura.

—Pero ¿quién estaba con él en la estación? dijo la Señora Vogán. Acabáis de leer, que le vieron en compañía de una mujer y que ambos abandonaron juntos la estación, dirigiéndose hacia el lugar del crimen.

—Sería en efecto horrible, dijo Don Arturo, que no se pudiera explicar satisfactoriamente esta circunstancia y que un joven de familia distinguida, sufriera una muerte infamante.

Poco á poco, como para que el tormento fuera más grande, había estado Azucena enterándose de las terribles consecuencias que la ligereza de Claudio y la de ella misma habían tenido. Mientras los esposos Vogán y Adriano trataban de aquel acontecimiento, única-

mente con el interés que inspiran siempre á personas de corazón, las desgracias humanas en general; en Azucena hacía cada uno de aquellos detalles, el efecto de un dardo envenenado. Durante un rato, estuvo haciendo esfuerzos inauditos por disimular, pero al fin la abandonaron sus fuerzas, y con un grito medio sofocado, cayó sin sentido sobre la alfombra del salón.

—Se ha asustado terriblemente, dijo Adriano, corriendo á levantarla. ¿Qué relaciones tenía ella con Claudio Lenox?

—Lo conocía superficialmente, pues apenas tuvo tres ó cuatro ocasiones de verlo, según recuerdo. Es cierto que él fué á visitarnos varias veces al Retiro de la Reina, como ya dije antes; pero ni á Don Arturo ni á mí nos agradaba mucho, y por esa razón procurábamos que Azucena se ausentase en tales casos.

—¿Qué podemos hacer ahora, para que vuelva en sí? preguntó Adriano bastante alarmado.

—Creo que bastará un poco de agua y de aire fresco, contestó la Señora Vogán. En todo caso será conveniente que no se llame á los criados, porque á estos les gusta mucho hacer un cuento de cualquier bagatela.

Levantaron entonces entre todos á Azucena, y la acostaron sobre el sofá; Don Arturo abrió las ventanas para que entrara el aire; la Señora Vogán salió apresuradamente, pero sin hacer ruido, para ir á traer un vaso de agua fresca; mientras que Adriano, casi tan pálido como su prometida, permanecía agachado, observándola con atención. Repentinamente se acordó éste, que en la universidad había adquirido algunos conocimientos quirúrgicos, y sacando una lanceta de su cartera, hizo una pequeña incisión en aquel bra-

zo tan blanco y bien formado. Un ligero quejido se escapó de los labios de la joven, pero ésta no despertó hasta que la Señora Yogán trajo el agua, con la cual le humedeció la cara, haciéndole en seguida viento con el abanico.

—Me han espantado mucho, dijo Azucena al despertar.

—Siento en extremo que te hayamos contado esa historia, repuso Adriano, pero ¿ por qué te asustas tánto ?

—Estoy horrorizada, contestó ella, cerrando de nuevo los ojos, pero conservando el conocimiento.

—Es natural que te horrorice ; pues la sóla palabra "asesinato," debe ser repugnante á un ser sensible.

Permaneció ella todavía un rato acostada, estrechando la mano de Adriano, atormentada por la idea, de que pronto tendría que separarse de él. La Señora Yogán trajo una copa de vino, que ella bebió, casi sin saber lo que hacía ; y recobrando en seguida por completo sus sentidos, empezó á reflexionar, respecto á lo terrible de su situación.

—Es preciso que no seas tan sensible, dijo la Señora Yogán ¿ qué será de tí en la vida ? Comprendo que te haya afectado esa historia, pero el joven que aparece comprometido, no tiene con nosotros liga de ninguna especie.

Sin fijarse en las palabras de su abuela, Azucena, no podía menos de seguir pensando en lo que debería hacer en vista de las circunstancias ; imponiéndosele una reflexión que ya no volvió á abandonarla : era preciso apoderarse del periódico sin que nadie lo notase, pues era seguro que no se lo habían de dar, aun

cuando lo pidiera. En efecto, Adriano decía en este momento:

—No hablemos más del fatal suceso, y tú procura olvidarlo, pues la excitación te perjudica sin duda.

Tomó entónces Adriano un libro y se puso á leer en voz alta algunos capítulos para distraerla; mientras ella cobraba fuerzas para ejecutar el proyecto que había concebido. Estaba resuelta á imponerse de todos los detalles del trágico suceso y obrar en consonancia; pues esto era á sus ojos una ineludible obligación.

—Creo que ya tengo fuerzas para salir un poco, á fin de respirar el aire fresco, dijo ella después de un rato.

Le ayudó Adriano á levantarse, ella tomó su chal que estaba allí cerca y ambos se dirigieron hacia la puerta; pero á la mitad del camino, aseguró ella, que las fuerzas la abandonaban de nuevo y arrojando el chal sobre la mesa en que estaba el periódico, cubriendo éste por completo, regresó al sofá, en que volvió á acostarse.

—Sería mejor que se retirase á dormir, dijo la Señora Vogán; con el sueño se repondrá.

Adriano procuró de nuevo tranquilizar á Azucena, la acarició, le besó la frente, y habiendo declarado ser de opinión de la Señora Vogán, la joven se retiró, sin olvidar el chal, ni el periódico que estaba debajo.

CAPÍTULO XVII

—Por fin estoy sola, dijo Azucena, al entrar á su cuarto. Voy á leer lo que dice este papel, aún cuando sea para mí lo mismo, que apurar hasta las heces el cáliz de la amargura.

Sentóse en seguida, empezando á desdoblar, con manos temblorosas, aquel periódico, que de una manera tan repentina y cruel, había destruído su felicidad entera. Columna por columna iba recorriendo, hasta que por fin se fijó su mirada en el párrafo fatal: "El asesinato en Derby." La sangre se le agolpó á la cabeza, las letras parecían bailar delante de sus ojos, teniendo que apelar al agua fresca, para recobrar la calma necesaria. Después de un gran esfuerzo, se puso á leer: "El asesinato en Derby. Sigue la opinión pública en esa población, ocupada en hacer comentarios, respecto al horrible asesinato, cometido en las risueñas praderas, inmediatas á la estación del ferrocarril. Según recordarán nuestros lectores, el día 17 del mes próximo pasado, el labrador Juan Harris, descubrió junto á una cerca de las mencionadas praderas, el cuerpo de una mujer, asesinada de una manera brutal. Dió inmediatamente parte de este descubrimiento al Inspector de Policía Héndersоn, el cual se dirigió al

lugar del crimen, cerciorándose del hecho y tomando las medidas que el caso exigía. Los indicios hacen suponer, que una violenta lucha, precedió á la muerte de esa desgraciada, y que todo esto acaeció dos ó tres horas antes de que el cadáver fuese descubierto. Á la mujer se le encontró en la mano un pañuelo marcado "Claudio Lenox" y habiéndose procedido á un registro general, se encontró además un papel, en el que estaba escrita con lápiz, la dirección completa de la misma persona "Claudio Lenox, Plaza Belgrave, Londres." La ropa de la mujer, estaba marcada "Ana Barrat" y nadie recuerda haberla visto antes en el lugar. La policía procedió inmediatamente á hacer las averiguaciones correspondientes, que han terminado por ahora con la aprehensión del mencionado Claudio Lenox, acusado de homicidio con premeditación. El acusado es sobrino del coronel Lenox, que vive en el Parque de Acton, y según parece, este mismo observó con disgusto, que su sobrino había estado fuera de la casa, la noche fatal. Un portero de la estación, ha declarado bajo juramento, haber visto la mañana del crimen, á Claudio Lenox con una mujer, cuya fisonomía no distinguió, por haber estado cubierta con un velo, pareciéndole que ambos procuraban que ella no fuese reconocida; y también vió, según dice, que las dos personas en cuestión, se dirigieron hacia el lugar en que después se encontró el cadáver. Un guarda del ferrocarril, declaró poco más ó menos lo mismo, y Roberto Cliff, un labrador, declaró haber visto aquella misma mañana, al acusado marchando en dirección al Parque de Acton, habiéndole parecido también, que iba muy agitado. El acu-

sado reconoció que los objetos encontrados á la mujer, eran suyos, asegurando sin embargo que no conocía á ésta, y negándose decididamente á dar cuenta, de lo que había hecho aquella noche. Los magistrados trasfirieron el caso al tribunal correspondiente, y si para el día de la reunión del jurado, el acusado no está en aptitud de explicar satisfactoriamente, dónde se encontraba á la hora del crimen, todas las apariencias lo condenan. Ha causado en efecto mucha sensación, la circunstancia, de que el acusado se niegue á dar la explicación que se le exige. Las sesiones del jurado comenzarán el día 23 del mes que corre."

El papel cayó de sus manos, luego que hubo concluído la lectura. Aquella historia, que ella había relegado ya casi al olvido, resucitaba de nuevo, no sólo amenazadora y terrible, sino destruyendo súbitamente de un solo golpe toda su felicidad y todas sus esperanzas. Demasiado bien renacían en su memoria los sucesos de aquella mañana: las húmedas praderas, el mágico efecto del crepúsculo matutino y de la salida del sol; la pálida cara de la mujer y la generosidad con que se portó Claudio; ¡el pobre Claudio, que ahora sufría los horrores de la cárcel y de una terrible acusación, solamente por no comprometerla á ella!

—¡Dios mío! exclamó prorrumpiendo en sollozos ¡qué espantoso ha sido mi castigo!

Lo que tenía que hacer, no lo dudó ni un momento, desde que se había dado cuenta exacta de la situación. Nadie más que ella, podía salvar la vida y honor á Claudio y devolver la tranquilidad á los de su familia; y el hacerlo así, era un deber tan sagrado, que no había vacilación posible. Almas vulgares, podían aprove-

charse de la caballerosidad de Claudio, dejándolo correr á la muerte; pero esta idea, ni vino á la imaginación de Azucena; en sus venas corría la sangre de los Vogán, y también en su mente estaba grabado el lema de la familia: "Fiel hasta la muerte." Su padre había abandonado lo que más amaba, por no manchar su honra y había encontrado la muerte en lejanas tierras ¿cómo era posible, que ella obrase cobarde y villanamente? No había pues que pensar en eludir responsabilidades; ella volaría á Inglaterra, antes de que fuera tarde, á cualquier precio y de cualquier manera.

¿Cuál era el precio que ella pagaba? ¡Ah! este era mayor que si diera su vida; pues equivalía á sacrificar su amor y su reputación; no quedándole más consuelo, en medio de su inmensa desgracia, que la esperanza de que Dios le enviaría la muerte, después que hubiera cumplido con su obligación. Tendría pues que despedirse, como su padre lo había hecho, primero del ser que más amaba y en seguida de este mundo, que á ella no le había proporcionado más que unos pocos días de felicidad; de este mundo, que le hizo vislumbrar una vida de nunca soñada dicha, para hundirla inmediatamente en el abismo de la desesperación.

—¿Qué dirá Adriano, cuando se imponga de lo que hice? se preguntaba ¡él que tánto aprecia la pureza y la inocencia! ¿Qué dirá cuando sepa, que no solo mantuve correspondencia secreta con Claudio, sino que me escapé con él y que no me arrepentí hasta después de llegar á Derby? Solo el pensarlo me vuelve loca y me convence, que ya no podré encontrar tranquilidad más que en la tumba.

Recordaba en seguida la desgraciada joven, cómo había condenado Adriano la conducta de Lady Helmedale, y cómo por otra parte, la Señora Vogán había asegurado que los anales de su familia estaban libres de toda mancha. ¡Y ahora el nombre de Azucena Vogán, iba á correr por toda Inglaterra, asociado á un ruidoso proceso! Esta sería una vergüenza, que sus abuelos no soportarían.

Ella sabía perfectamente, que cuando se juzgase á Claudio, tendría que presentarse á declarar ante la corte y referir su vergonzosa aventura; sabía que los sucesos serían comentados por la prensa, y que su nombre andaría "en boca de ociosos afectos al escándalo," como había dicho Adriano. Después de esto, ya no era posible regresar á casa; ya no habría felicidad, ni matrimonio, ni un lugar tranquilo, en que albergarse; todo habría concluído para ella.

—¡Qué ceguedad la mía! decía y repetía ¿por qué no rechacé las proposiciones de Claudio? Pero á este, es imposible que le tenga rencor; su conducta posterior lo eleva tanto, que hace olvidar su ligereza. Á la verdad no lo hubiera creído capaz de esa abnegación y caballerosidad verdaderamente heroicas.

Seguía ella reflexionando, que Claudio había estado en prisión cerca de un mes, acusado de un horrible crimen, mientras que su único delito era en realidad, el haberla amado demasiado; pero ni una queja, ni un aviso siquiera le había enviado á ella, resuelto como parecía estar, á morir para salvarle el honor. Sintió Azucena un estremecimiento de terror, al fijarse en la fecha, en que debía reunirse el jurado, pues apenas le dejaba el tiempo necesario para llegar á Derby. Al

día siguiente tenía que ponerse en camino, dejando tras de sí, todo lo que para ella tenía valor en el mundo: á su prometido, que adoraba como á un ser superior; á sus ancianos abuelos, que tal vez no resistirían el golpe; su reputación, sus bienes terrestres y hasta su nombre, que estaba resuelta á dejar de usar.

—Mañana mismo tendré que salir, se dijo á sí misma, y la vida habrá concluído para mí, al menos en lo que tiene de atractiva. Una vez más—¡la última!—volveré á ver á Adriano, y me despediré sin que él mismo lo sospeche. ¡Qué horrible extremo es, al que yo he llegado!

Arrojóse entonces sollozando sobre su cama, y aun no se habían agotado sus lágrimas, cuando los primeros rayos del sol penetraban ya por la ventana.

CAPÍTULO XVIII

Encontrábase Azucena en un estado que podía llamarse sueño ó estupor, cuando se oyeron unos golpes á la puerta. Era una de las criadas de la hostería, que traía un hermoso ramillete de flores.

—De parte del Señor Darcy, dijo poniéndolo sobre la mesa. No tiene Vd. buen semblante, señorita ¿puedo serviros en algo?

—No necesito más que un poco de sueño: he dormido mal, contestó Azucena.

Las palabras de la criada alarmaron mucho á la joven, pues empezó á temer enfermarse, ó que le faltaran las fuerzas, para ejecutar lo que premeditaba. Se levantó, pues y se lavó bien con agua fresca y en seguida procuró dormir un rato, recibiendo con agrado un recado de la Señora Vogán, recomendándole, que si todavía no se sentía bien, permaneciera en su cuarto hasta el medio día.

Poco después vino Paula con el desayuno, observando también que la joven tenía mal semblante; y contestando ésta, como la vez anterior, que lo que necesitaba era dormir, y que harían bien en dejarla tranquila, hasta el medio día.

Aprovechó en efecto parte del tiempo que le que-

daba, para descansar y calmarse; pero no era esta su única preocupación. Tan luego como se sintió un poco mejor, se levantó á toda prisa, y fué á buscar un guía de ferrocarriles. Encontró uno y pudo ver que el tren correo, saldría de Bergen á las diez de la noche, el cual llegaría á Ostende antes de que se hiciera á la mar el vapor para Dover; que de esta suerte podría llegar á Londres al medio día y á Derby á las cinco de la tarde, poco antes de que se reuniera el Jurado. Esa misma noche tenía que ponerse en camino, con todas la precauciones posibles para que no la detuvieran. ¡No era por cierto la primera vez que se escapaba de casa! Pero la vez anterior había corrido, mal aconsejada, tras un fantasma de felicidad, y ahora dejaba tras de sí, toda una felicidad efectiva, por cumplir un deber. Por un encadenamiento fatal, la segunda fuga, era una consecuencia forzosa de la primera.

Llegó entretanto la hora del almuerzo; Azucena se compuso lo mejor que pudo y bajó al salón. Al entrar dirigió su mirada en todas direcciones, sin descubrir á Adriano, lo cual no dejó de tranquilizarla un poco.

—Es una fortuna, dijo entre sí, porque á la verdad no sé todavía, sí tendré la fuerza necesaria, para resistir la prueba á que me voy á someter.

Á pesar de que Adriano no estaba presente, el almuerzo fué para ella un martirio, pareciéndole á veces algo como una horrible comedia; tan grande así era el contraste entre las ideas que embargaban su ánimo en aquellos momentos y los pequeños detalles de la vida diaria que la rodeaba. Cualquier cosa que se di-

jera, le parecía pueril ó superflua, ya fuera que Don Arturo se quejase del vino ó la Señora Vogán de que los platos no estaban calientes; todo le repugnaba ó la excitaba. De Claudio Lenox no se dijo palabra, sin duda porque se había convenido en que no se volviera á hablar de ese asunto en presencia de ella.

—¿ Cómo podré soportar esto? se preguntó al levantarse de la mesa. ¡ Sería horrible que me abandonara lo poco que me queda de energía y entretanto condenarán á Claudio! No puede ser: haré esfuerzos sobrehumanos y saldré esta noche sin falta.

Al decir esto, cayó en la cuenta, que no tenía dinero. Sin hacer muchas reflexiones por miedo de que le fuera á faltar el valor necesario, se dirigió inmediatamente al cuarto de Don Arturo.

—Papá Arturo, le dijo, desearía que me diérais algún dinero.

Don Arturo no pudo menos de sorprenderse, pues era la primera vez que su nieta solicitaba tal cosa; pero sin embargo contestó sonriendo:

—Con mucho gusto, hija. Probablemente quieres comprar algo para Adriano; ya me lo figuro. ¿ Cuánto necesitas? . . . diez libras, . . . quince . . .

—Hacedme el favor de quince.

—Para que lleves suma redonda, toma veinte, agregó Don Arturo. Siempre que necesites, no tienes más que avisarme.

Azucena le dió las gracias, besándole la frente.

—¡ Qué bueno es! dijo al salir, y yo tan mal que le pago.

Se retiró entonces á su cuarto, á descansar de nue-

vo, pues le causaba la mayor congoja, tan solo pensar que le pudieran faltar las fuerzas. Una ó dos horas después entró Paula, con el objeto de ayudarle á vestirse para la cena. Azucena dejó á la criada en libertad de escoger el traje y de ponérselo como gustase, lo cual llamó la atención de ésta.

—Ha de ser cuestión de algún disgusto, como suele haber entre novios, se dijo.

Azucena no bajó al comedor, hasta que oyó la campana. Esta vez estaba presente Adriano, y luego que la vió entrar, se adelantó hacia ella, para saludarla, con una expresión de inmensa ternura. En seguida presentó á su novia á algunos amigos, que habían venido con él; pero Azucena ni aun entendió los nombres de estos. De lo que se dijo durante aquella cena, no conservó Azucena tampoco nada en la memoria, y le pareció como si despertara de un sueño, cuando después del café, dos de los convidados propusieron salir al jardín. Adriano, que deseaba buscar una oportunidad de hablar á solas con ella, aceptó la proposición, y todos salieron á dar un paseo.

—¿Quieres que vayamos á la cascada? preguntó Adriano, después que logró separarse en compañía de Azucena, del resto de la tertulia. Es un lugar que tiene para mí tan gratos recuerdos, que mañana mismo voy á mandar tomar una fotografía.

Azucena no contestó, pero lo siguió en la dirección indicada; y después de un corto rato, tomándole la mano, le preguntó:

—Adriano ¿me amas de veras mucho?

—¿Que si te amo Azucena? contestó él; te amo tanto, que no creo sea posible amarte más.

—¿ Sería entonces un gran pesar para tí, si me perdieras ?

—Tan grande, que preferiría mil veces, perder mi propia vida.

La abrazó él entonces, la acarició y cubrió de besos su pálida cara, expresando además su amor, en elocuentes y tiernas palabras; mientras que una horrible desesperación, se iba apoderando de ella.

—No me amaría tanto, si supiera lo que hice, se decía la pobre joven; hoy me considera digna, pero mañana todo habrá cambiado, y yo estaré ya muy lejos de aquí; no volveré á verlo jamás, ni oiré ya su melodiosa voz; ni querrá él en fin acordarse más de mí. ¿ Podrá haber una suerte más triste que la mía ?

Un momento le vino la idea de confesárselo todo; pero inmediatamente se arrepintió: era imposible, según se decía, que él la perdonara y antes que sufrir su desprecio, prefería la muerte. Le sobrevino entonces una verdadera angustia, de que se frustrara su viaje, si permanecía allí por más tiempo, y de que condenaran á Claudio por culpa suya. Con un grito de desesperación, se desprendió de Adriano, corriendo rumbo á la hostería.

Adriano la siguió con la vista, quedándose de lo más pensativo.

—Desde el suceso de ayer, hay algo de misterioso en su conducta, se dijo. Procuraré averiguar la causa.

CAPÍTULO XIX

Media hora más tarde, iba Azucena, como de costumbre, á desear buenas noches á sus abuelos.

—Buenas noches le dijo la Señora Vogán; espero que mañana tendrás mejor semblante.

—Procuraré daros gusto en lo que pueda. Habéis sido siempre tan buena conmigo y yo no soy desagradecida.

Abrazó y besó entonces Azucena á ambos, con tanta emoción, que no dejaron estos de advertirlo y quedaron también como Adriano, algo pensativos.

—La terrible noticia le ha hecho mucha impresión, dijo la Señora Vogán. Es muy sensible y de buen corazón, como todos los Vogán y por lo mismo me alegro de que se case con Adriano. Éste es al mismo tiempo bondadoso y enérgico para dirigirla; de tal suerte, que no necesitaremos tener temores en cuanto á su porvenir.

* * *

Azucena había encontrado la energía necesaria, para no desfallecer en los momentos supremos de la despedida: de Adriano primero y de sus abuelos después; y ahora estaba en su cuarto, haciendo los últimos preparativos de viaje; y espiando una oportunidad para salir de la casa, sin que nadie la observase.

—Si no me considera digna de ser su esposa, dijo entre sí, al menos se dignará leer estos renglones y tal vez me tendrá un poco de compasión.

Al decir esto, colocó una carta sobre el escritorio y salió de su cuarto, después que se hubo cerciorado de que reinaba por todas partes, el más profundo silencio. Bajó tranquilamente la escalera, y salió de la hostería, sin que nadie la viera. Al atravesar el jardín y recordar los paseos con Adriano, se apoderó de ella nuevamente una inmensa tristeza y tuvo necesidad de un esfuerzo más, para marchar hasta la estación.

—Es preciso que yo viva, hasta que lo pongan en libertad, se decía, y después la muerte será para mí bienvenida.

No eran estas palabras un simple desahogo de su tristeza ó desesperación; pues ya que ella se había despedido de todo lo que amaba en este mundo, su única preocupación era llegar á tiempo á Derby para salvar á Claudio. Sabía que era fácil que descubriesen pronto su fuga, si alguno iba á buscarla á su cuarto y que si averiguaban la dirección que había tomado, la detendrían tal vez, antes de que pudiera embarcarse en Ostende. En tal caso, sería imposible, que llegara á tiempo á Derby, y por lo mismo debía procurar, que nadie pudiera dar razón, en cuanto al camino que hubiere tomado. En la estación estaba un joven decentemente vestido, como de unos quince años, á quien Azucena se dirigió:

—Perdonadme caballero ¿va Vd. á Ostende?

—Voy á partir en este tren ¿en qué puedo serviros?

—No estoy acostumbrada á este bullicio. ¿Qui-

siérais hacerme el favor, de comprarme un billete para Ostende?

Después de haber tomado el dinero, se dirigió el joven al despacho, regresando poco tiempo después, para entregar el billete á aquella desconocida, cuyo velo apenas le permitía distinguir sus facciones.

—¿Puedo serviros en alguna otra cosa, señorita? preguntó en seguida.

Habiéndole suplicado Azucena, que le enseñara el carro para Ostende, el joven la acompañó hasta allá, y con permiso suyo, ocupó un lugar en el mismo compartimento.

—Aquí creo que me encuentro ante un misterio, se decía el joven; y la solución la había de encontrar en efecto, pocos días después en los periódicos.

Por fin se puso el tren en movimiento y desapareció para Azucena el temor, de que se le detuviera antes de salir; pero no por eso recobró la tranquilidad. El tren era uno de los más veloces, pero á ella le parecía lento, y solamente con unos pocos minutos de atraso que llegase á las estaciones intermedias, se asustaba, temiendo que el vapor para Dover, partiese sin esperarla. Le asaltó también repentinamente el temor de enfermarse, y que no pudiendo hablar, condenaran entretanto á Claudio. Tánto fué lo que le impresionó esta idea, que no pudo menos de dar un grito.

—¿Se siente Vd. mal? preguntó cortesmente su compañero de viaje.

—Solamente estaba soñando, contestó ella.

Por mucho que hacía para tranquilizarse, sentía sin cesar latir violentamente su corazón; la frente le ardía, y aunque procuraba refrescarla contra el vi-

drio de la ventana, el alivio era casi ilusorio, pues la noche estaba calurosa y la atmósfera parecía recargada de electricidad. Procuraba ella además coordinar las frases que tendría que pronunciar ante el tribunal, pero en seguida abandonó la tarea: su imaginación era un caos; el movimiento le causaba mareo; y el monótono ruido de las ruedas, parecía repetir, cien ó mil veces seguidas la misma palabra, ó entonar la misma estúpida melodía. Por fin la fatiga acabó por dominarla, quedando profundamente dormida y eran ya las seis de la mañana, cuando el conductor se le acercó para despertarla, avisándole que ya habían entrado á la estación de Ostende.

* * *

Azucena había tomado ya el vapor para Inglaterra, cuando los que ella había abandonado clandestinamente, aun no habían observado su ausencia. La Señora Vogán se admiraba de que no bajara como de costumbre al desayuno, y Paula fué á tocar á su puerta; pero como no recibiera contestación, no se atrevió á entrar.

—Será tal vez mejor que la dejemos dormir otro poco, dijo la Señora Vogán; ayer tenía muy mal semblante.

Como el tiempo fuera pasando y se acercase ya la hora de almorzar, sin que Azucena se presentara, fué Paula por segunda vez á buscarla. Tocó repetidas veces con fuerza, y no recibiendo contestación, abrió por fin la puerta. Grande fué su sorpresa al encontrar el cuarto vacío y la cama sin tocar y ya empezaba á apoderarse de ella un verdadero terror, cuando después de reflexionar un poco se dijo:

—Puede ser que no haya motivo de alarmarse. La niña habrá salido, sin que nosotros la viéramos, y entretanto la criada de la hostería habrá arreglado el cuarto.

Mirando entonces á su derredor, descubrió sobre el escritorio, la carta que había dejado Azucena y que estaba dirigida á Adriano. La tomó, y bajando en seguida al salón, fué á entregársela á la Señora Vogán, que conversaba precisamente con el mismo Adriano.

—Señora, le dijo, aquí está una carta que encontré en el cuarto de la niña . . . pero la niña no sé á dónde iría, agregó con voz temblorosa.

—¿No sabes á dónde fué? preguntó la Señora Vogán en tono severo. No hables disparates Paula.

Adriano se había fijado entretanto en la carta.

—¿Qué es aquello? preguntó.

—Es una carta que encontré en el cuarto de la niña, dijo Paula, y va dirigida á vuestra merced.

—¡Dios mío! exclamó ¿qué significa esto?

Habiendo preguntado la Señora Vogán lo que contenía la carta, Adriano se la entregó y ella leyó:

"Os he visto y os he hablado por última vez Adriano. Una obligación ineludible me aleja para siempre de vosotros. Procurad consolar á mis abuelos, que espero me perdonen y que no sufran demasiado por culpa mía. Los periódicos os dirán á dónde fuí; y cuando os enteréis de lo que hice y juzguéis de mi conducta, ¡tened piedad de mí! ¡Era yo tan joven y me sentía tan aislada! Yo nunca le amé y como veréis, me arrepentí de lo que estaba haciendo, según yo creía, cuando todavía era tiempo. Vos sois la única persona á quien he amado jamás y el perderos es

para mí un castigo mayor que la muerte. Adriano, yo os dije que no era digna de ser vuestra esposa ¿por qué no me quisisteis creer? Aunque me parezca no haber merecido tan terrible castigo, no os pido sin embargo que me perdonéis, porque sé que no podréis hacerlo; pero yo por mi parte, os amaré mientras viva. Estoy convencida, de que muchas personas han sucumbido, á consecuencia de padecimientos, que no son mayores, que aquellos de que yo soy víctima en estos momentos, y suplico á Dios que me envíe la muerte, cuando haya ejecutado lo que el deber me impone. Viva, tendréis que condenarme, muerta podréis compadecerme. Os aseguro Adriano, que al escribir vuestro nombre, he derramado lágrimas de amor y desesperación y que he tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano, para enviaros este último adiós. Acordaos con piedad de vuestra: Azucena."

—¿Qué significa todo esto, Dios mío? exclamó Adriano. ¿Dónde está Azucena? ¿Qué es lo que ha hecho?

—Para mí es un enigma, contestó la Señora Vogán. No puedo comprender lo que haya hecho; pues toda su vida la pasó á mi lado.

—Ella dice, que en los periódicos lo veremos, prosiguió Adriano. ¿Á qué se puede referir?

Y al decir esto, cayó en la cuenta, de la rara conducta de Azucena, desde que se había impuesto por los periódicos, de la acusación contra Claudio.

—Podéis estar segura, concluyó diciendo, que es alguna idea que le ha venido, con motivo del proceso en Derby. Hoy mismo me pondré en camino para darle alcance.

CAPÍTULO XX

Apenas había quien se acordara en Derby, de un proceso que tánto hubiera llamado la atención, como el que se iba á verificar, con motivo del asesinato cometido en una de las praderas inmediatas á la estación del ferrocarril. El coronel Lenox, tío del acusado, era una de las personas más prominentes en el condado ; su nombre era conocido en toda Inglaterra, y nadie dudaba, que el llevarlo, fuera título de orgullo. Fué por lo mismo para el coronel un golpe terrible, el que se acusara á su sobrino, nada menos que de homicidio con premeditación, y todos los que lo conocían, lamentaban sinceramente su desgracia.

La aristocracia del condado, casi en su totalidad, había acudido á Derby para presenciar los debates, y las hosterías ó casas de huéspedes apenas podían contener á todos los forasteros que se presentaban. Como el mismo Claudio Lenox era muy conocido en los círculos aristocráticos de Londres, en donde se le apreciaba bastante, muchos amigos suyos habían venido también desde allá, á fin de ayudarle en lo que pudieran, pues apenas había entre ellos, quien lo creyera culpable.

Era pues un caso extraordinario, á causa de la riqueza y posición social del acusado ; pero además de

eso, también porque nadie alcanzaba á comprender, cuáles pudieran haber sido los motivos del crimen. Claudio Lenox juraba solemnemente que jamás había visto á la víctima, hasta aquella mañana, en que le vendó la mano con su pañuelo y le dió su dirección á fin de procurarle trabajo; pero en cuanto á lo demás, no había modo de hacerlo hablar. Si le preguntaban en dónde había pasado aquella noche, se negaba á responder; lo mismo que se negaba á dar cuenta de la persona á quien habían visto con él en la estación. Sus defensores estaban desesperados, incluso un hábil consejero, que su afligida madre había mandado traer de Londres.

—Decidnos lo que hicísteis aquella noche, le decían, para que nos pongamos de acuerdo, en cuanto á la táctica que debemos adoptar.

—No puedo, contestaba él invariablemente. Juro que no sé nada del asesinato, pero más no puedo hacer.

—Es probable que vuestra obstinación os conduzca al patíbulo, dijo Burton, uno de los más célebres abogados en Inglaterra.

Pero Claudio le contestó tranquilamente:

—Hay cosas más penosas que la muerte.

Burton, que en vista de esta terminante negativa, no sabía tampoco qué hacer, solía decir á sus compañeros:

—Hay una mujer mezclada en este asunto, además de la asesinada. Estoy seguro de ello; pero de nada me sirve esta convicción, pues entretanto se acerca la fecha del proceso y no podemos encontrar un solo testigo.

—¡Es una locura! decía Laudon, otro de sus defensores. Yo también estoy seguro de que podría justificarse, si quisiera.

Así llegó por fin el día 23 de Agosto, en que debía empezar el proceso, sin que Claudio se hubiera resuelto á dar la explicación requerida. Era un hermoso día de verano, y el Palacio de Justicia estaba ocupado por un gentío enorme, ávido de conocer el resultado de la ruidosa causa. En el salón hubo una conmoción general, al anunciarse, que se iba á dar principio al proceso, y el interés aumentó, cuando se vió aparecer en el banquillo de los acusados á Claudio Lenox. El público contemplaba á éste, con extraordinaria curiosidad; mientras que él, sin perder el aire sereno y aristocrático que lo distinguía, tenía una expresión más grave que de costumbre, y como de reprimida aflicción, que le causaba sin duda, el pensar en sus desolados parientes.

—¿Confesáis ó negáis el delito, Claudio Lenox; preguntó el Presidente del tribunal, en medio de un profundo silencio.

—Lo niego, fué la contestación clara de Claudio, que á todos hizo una impresión favorable.

Pero al empezar el proceso, los que estaban más cerca del tribunal, pudieron observar, que los defensores parecían bastante perplejos; y pronto cundió por el salón la noticia, que aún no se había podido encontrar un solo testigo de descargo.

El Procurador de la Corona presentó entonces el caso á la consideración del Jurado. El acusado había estado ausente de su casa toda la noche del asesinato; se le vió en la estación de Derby en compañía de una

mujer, con la cual se dirigió hacia el lugar del crimen; su pañuelo se encontró en manos de la víctima y su dirección en una bolsa del traje de la misma; y en fin lo vió un testigo regresar al Parque de Acton en la madrugada, aparentemente muy agitado. El Consejo de la Corona concedía, que no había testigos del hecho; que no se había descubierto el motivo que pudiera haber inducido al acusado; que la conducta de éste había sido hasta entonces irreprochable; que no se había encontrado arma alguna, ni manchas de sangre en el traje del acusado; y que todo esto hablaba en favor suyo, pero que no parecía suficiente, si no se explicaban favorablemente los otros puntos.

En los momentos, en que los defensores parecían de lo más confusos, sin saber á punto fijo lo que contestarían á la acusación, uno de los porteros, entregó un papel escrito con lápiz al célebre Burton. Una sonrisa de satisfacción apareció en la cara de éste, luego que hubo recorrido el contenido con la vista, y dirigiéndose á uno de sus compañeros, le dijo:

—¿No os decía que había una mujer de por medio? ¡Leed!

Con igual satisfacción que Burton, leyó el otro abogado:

"Estoy en aptitud de dar una declaración que salvará á Claudio Lenox. Decidme si puedo desde luego explicaros el asunto: Azucena Vogán."

Burton se ausentó tan corto tiempo, que cuando volvió, el fiscal aún no había concluído su acusación. Esta era terrible y parecía dar un sesgo funesto á la causa del acusado; llamando por lo tanto mucho la atención, que los defensores, hasta entonces aparente-

mente irresolutos y cabizbajos, tomaran repentinamente una actitud de tranquila seguridad. Entretanto iban declarando los testigos de la Corona, y la causa de Claudio parecía perdida, si sus defensores no presentaban testigo alguno que oponer á aquellos. ¿Quién era la mujer que había estado con él en la estación? Esta era la cuestión cardinal.

—Ya habéis oído el acta de acusación, señores jurados, dijo el Procurador de la Corona; esperamos que la tomaréis debidamente en consideración.

Grande fué la emoción, cuando se levantó Burton. Era un célebre abogado; pero la causa parecía desesperada y todos tenían verdadera ansia de saber, qué sesgo procuraría dar al asunto.

—Señores jurados, dijo, es este tal vez el caso más penoso, á que he tenido la ocasión de asistir; pues nunca se ha hecho una acusación más terrible, y al mismo tiempo más infundada, contra un caballero tan perfecto. No solo os probaré que es inocente en cuanto al crimen que se le imputa, sino que en su generosa caballerosidad, se había resuelto á perder la vida, antes que pronunciar una sola palabra, que pudiera comprometer en lo más mínimo, la reputación de una mujer. Os probaré, que aun cuando el acusado estuvo con una joven en la estación del ferrocarril y que se dirigió con ella al lugar del crimen, es sin embargo completamente inocente.

Un silencio profundo siguió á estas palabras, y por primera vez se observó, que Claudio se inquietara seriamente, mirando en todas direcciones.

—El primer testigo que llame, prosiguió Burton, os dirá en dónde estuvo Claudio Lenox la noche del

crimen; os dirá también, cómo en vez de haber cometido este asesinato, procuró aliviar las penas de la desgraciada Ana Barrat; y en fin hará una declaración que no deje duda de la inocencia del acusado.

Volviéndose entonces hacia el ujier ó portero, le dijo:

—Hágase comparecer á Azucena Vogán.

Al oir este nombre, se demudó la cara de Claudio.

—No debía haberse presentado, le oyeron decir algunos; ya estaba yo resuelto á morir por ella.

En seguida se vió entrar, atrayendo la curiosidad general, la esbelta figura de la joven. Al quitarse ésta el velo, fué un verdadero murmullo de admiración, el que se produjo en el auditorio: contemplando todos con interés aquella fina y hermosa cara, en que se pintaban al mismo tiempo, la tristeza, la vergüenza y la firme resolución de cumplir un deber. Ella por su parte, no parecía observar á la multitud que la rodeaba y la admiraba, fija como tenía la mirada en el Presidente del tribunal.

—¡No habléis Azucena! exclamó Claudio.

—¡Silencio! ordenó el Presidente. En una corte de justicia no es permitido, que se incite á nadie á ocultar la verdad.

—¿Cuál es vuestro nombre? preguntó en seguida.

—Azucena Vogán, contestó ella, sin poder disimular su emoción.

—¿Vos estuvísteis en compañía del acusado la noche del 16 al 17 de Julio?

—Sí señor.

—¿Querréis tener la bondad de referir los acontecimientos? dijo Burton en tono comedido.

Azucena miraba al Presidente, con una expresión de horrible pena y de duda, como suplicándole que viniera en su auxilio.

—Señorita Vogán, volvió á decir el abogado, tened la bondad de decirnos, á qué causa se debía, que estuviéseis aquella noche en compañía de Claudio Lenox.

—Ibamos á Londres á casarnos, contestó Azucena, dirigiéndose como antes al Presidente.

—¿Clandestinamente? preguntó éste.

—Solamente nosotros dos estábamos en el secreto.

Viendo el Presidente que en el semblante de la pobre joven, se pintaba una terrible agonía, hizo una pequeña pausa, y en seguida le dijo con la mayor afabilidad:

—No os espantéis, Señorita Vogán; tomad las cosas con calma y contad los sucesos á vuestra manera, como si trataseis con amigos.

—Si así me lo permitís Señor Presidente, os diré, que la verdad es, que yo sufría mucho del fastidio en mi casa, en donde nunca veía personas de mi edad. Casualmente conocí al Señor Lenox, me gustó, creí que le amaba, y cuando me ofreció que nos fugásemos, yo acepté la proposición.

—Pero ¿había necesidad de una fuga? preguntó el Presidente.

—En nuestra insensatez así nos pareció. Mis abuelos tenían otros proyectos respecto á mi persona y debíamos salir al día siguiente para el Continente; pareciéndonos á Don Claudio Lenox y á mí, que si no nos casábamos ese mismo día, no nos casaríamos nunca.

—Ya voy entendiendo, dijo el Presidente, sonriendo bondadosamente. Continuad.

—Hubo de mi parte mucho de irreflexión, dijo Azucena, pues no me daba cuenta de la falta que cometía; y así convine con Claudio Lenox, en que tomaríamos el tren que pasa por Acton á media noche, rumbo á Londres. Yo salí de casa, sin que nadie lo observara y poco después partimos de Acton.

—El jefe de estación de Acton, puede dar fe, de que el acusado compró allí dos billetes, interrumpió Burton.

—De esta suerte llegamos á Derby, continuó Azucena, en donde teníamos que cambiar de tren; pero según me dijo el Señor Lenox, no era posible continuar el viaje antes de las siete de la mañana, á causa de un accidente que había tenido el tren correo. Á fin de que yo no fuera reconocida, resolvimos alejarnos de la estación, y así fuimos á dar á las praderas. Estando allí, descubrí un bulto junto á una cerca, y habiéndonos acercado á él, vimos que era una mujer durmiendo. Le hablamos, y aunque estaba muy débil, despertó y nos contestó. Dijo llamarse Ana Barrat, y que era casada, pero muy desgraciada con su marido. Nos contó que había sido antes una joven de buena presencia y feliz, pero que no pudiendo obtener de su madre el consentimiento para casarse, se había escapado con su amante y que esto había sido la causa de sus desdichas. Á mí me asustó terriblemente esa historia, mientras que el Señor Lenox estuvo muy compasivo y generoso con la pobre mujer, dando su pañuelo para que yo vendara una mano que ella tenía lastimada.

Cuando se oyeron estas palabras, que explicaban el misterio, hubo una agitación general en el auditorio,

que obligó á Azucena á pausar un rato; pero luego que se restableció el silencio, continuó diciendo:

—El Señor Lenox le dió también dinero y su dirección en Londres, pues según nos dijo la desgraciada mujer, su marido la maltrataba con frecuencia; agregando que estaba segura, de que no había de tardar mucho en asesinarla. Con este motivo el Señor Lenox le dijo, que haría bien en separarse de su marido y que en Londres procuraría conseguirle trabajo. Ella nos dió entonces su bendición y nosotros regresamos por el camino que habíamos traido.

Pausó de nuevo Azucena, á causa de la conmoción que se notaba con motivo de lo que refería; para continuar en seguida:

—Entonces, Señor Presidente, empecé á reflexionar, que si la fuga de su casa, había sido la causa de las desgracias de aquella mujer, yo no merecía ser más dichosa que ella; y ante mi vista se presentó repentinamente, lo que mi conducta tenía de insensata y de mala. Yo me puse á llorar y supliqué á Claudio Lenox, que me llevara de nuevo á casa.

—Así terminan con frecuencia esas fugas, observó el Presidente.

—Debo también manifestar, que el Señor Lenox estuvo muy atento conmigo. Cuando se convenció de que yo realmente quería regresar, me acompañó hasta cerca de mi casa y allí se despidió. Juro, Señor Presidente, que salvo algún olvido involuntario, he dicho toda la verdad, en cuanto al suceso de que aquí se trata.

—Quisiérais explicarnos, preguntó entonces el Procurador, ¿por qué no os presentásteis antes; de-

biéndose suponer, que teníais noticia de la acusación que pesaba sobre Claudio Lenox? ¿Por qué no dísteis á conocer la verdad desde luego, evitando así, que las cosas llegaran á este extremo?

—Señor, contestó Azucena; no tuve conocimiento de este proceso, hasta hace veinticuatro horas. Yo he estado un mes con mis abuelos en Alemania, y no sabía nada de lo que aquí pasaba, hasta que ayer por casualidad, me lo reveló un periódico. Tuve apenas tiempo de llegar acá, poniéndome inmediatamente en camino.

—¿Vinisteis sola?

—Sola; abandonando para siempre mi casa; pues no creo que jamás me perdonen los míos.

La admiración del público hacia aquella joven tan linda, tan generosa y tan sencilla iba en aumento, no habiendo probablemente nadie entre los presentes, que no deseara oírla referir su historia entera. No se cansaban de contemplarla.

En cuanto al jurado, ni aún juzgó necesario retirarse á debatir: la relación de Azucena era tan clara y tan verídica, que Claudio fué absuelto inmediatamente por unanimidad. El Presidente leyó en seguida cuidadosamente el acta, y dirigiéndose á Azucena, le dijo:

—Señorita Vogán: no puedo menos de felicitaros Habréis cometido tal vez una falta; pero si ha habido persona alguna, que de una manera verdaderamente grande y noble expiara de propia iniciativa tal falta, habéis sido sin duda vos. Vuestra generosidad ha salvado la vida al acusado, y si á consecuencia de ello, vos perdéis todo lo que poseíais y amabais, nosotros

no podemos menos, de expresar nuestra admiración hacia vuestra heroica conducta. Rasgos de grandeza de alma, como este, nos proporcionan un alivio, en medio de la historia de las miserias humanas, que diariamente se desarrollan ante nuestra vista. No quería que os retiraseis, sin daros antes este testimonio, no sólo como representante de la autoridad pública, sino á nombre de los eternos principios de moral y de justicia.

Estrepitosas aclamaciones y aplausos, siguieron á estas últimas palabras, y el entusiasmo no conocía límites.

—¡ Dios la bendiga ! decían las mujeres, entre las cuales había más de una, que derramaba lágrimas de ternura.

—¡ Es una heroina ! decían los hombres, y los "vivas" resonaban por todo el edificio.

Pero en medio de este general alboroto, cuando los que más se interesaban por Azucena, fueron á buscarla, para procurar ayudarle, manifestar su admiración ó su agradecimiento, no había quien supiera dar razón de ella. Como una encantadora visión había aparecido y se había desvanecido aquella angelical figura.

CAPÍTULO XXI

El célebre proceso había terminado en fin, y Claudio Lenox volvía al círculo de sus parientes y amigos. En todas partes se le recibía con manifestaciones de simpatía y entusiasmo.

—¡Lo has hecho bien Claudio! le decían sus amigos. Que eras inocente nunca lo dudamos, ni tampoco que fueras un caballero, pero nos faltaba saber, que fueras capaz de portarte como un héroe.

El coronel Lenox, que también se enorgullecía de su sobrino, le decía:

—Á la verdad, que el conflicto en que te viste, no podía ser más grave.

—Á pesar de la satisfacción que me causa este favorable desenlace, contestó Claudio, estoy desolado de no poder encontrar á esa incomparable Azucena Vogán, que sacrificio toda su felicidad por salvarme. Si os parece iremos otra vez al Palacio de Justicia. Tal vez se haya averiguado entretanto á dónde se dirigió.

Fueron en efecto á donde deseaba Claudio, pero de Azucena no había quien pudiera dar noticia alguna; no obstante que aún permanecían allí algunos grupos de gente, comentando el ruidoso acontecimiento.

—Yo no la olvidaré jamás, decía uno, aun cuando viva todavía cien años. Nunca he visto reunidas así, la nobleza de sentimientos y la hermosura.

—¿Oís lo que dicen, tío? preguntó Claudio. ¡Cuánto la admiran! Yo que la conozco, sé apreciar el sacrificio que hizo por mí, al presentarse ante el público en un tribunal, para hacer aquella declaración. ¿De qué manera podré pagarle?

—Cásate con ella, contestó el coronel.

—No creo que ella quiera; pues si me amara realmente, no se hubiera empeñado aquella mañana en regresar á su casa. Pero aunque no me ame, después de lo que ha hecho por mí, quisiera corresponderle de alguna manera, aunque tuviera que sacrificar mi vida. Lo menos que yo desearía, es que mi madre la llevase á su casa; pues no me puedo figurar lo que haga la pobre niña sola en el mundo.

El coronel estaba verdaderamente afligido y Claudio desolado, de no encontrar ni el más leve rastro que les pudiera indicar la dirección que hubiera tomado Azucena; pues ésta había desaparecido efectivamente en medio del alboroto, que siguió al fallo absolutorio del tribunal, y nadie la había vuelto á ver. Claudio lo tenía todo dispuesto, para que su madre la recibiera en su casa, y él se proponía ir á Bergen á pedir perdón, á nombre de ambos, á Don Arturo y á la Señora Vogán; pero todo esto quedaba en proyecto, puesto que Azucena no parecía.

—Si no la encuentro, no ha de ser por falta de empeño, se decía Claudio.

En efecto había avisado á la policía; había mandado tomar informes en todas las hosterías y casas de

huéspedes del lugar; ofreciendo en fin buenas gratificaciones á todo aquel que supiera dar noticias de ella; pero era en vano: la tierra parecía haberse tragado á la heroina del día.

Viendo que todo era inútil, Claudio se resolvió á regresar con su madre á Londres. Ésta apenas se había repuesto del terrible susto que había recibido, y decía á su hijo:

—Ha sido este un suceso horrible, que espero te sirva de lección. Además, temo que te pueda perjudicar en lo sucesivo.

—Eso no, dijo el coronel. El que recuerde su calaverada, recordará también su generosidad después de su aprehensión, y que lo salvó una de las más nobles y lindas jóvenes de Inglaterra.

—Confieso madre, dijo Claudio, que he sido hasta ahora algo atolondrado; pero tengo la seguridad, de que este suceso, no dejará de contribuir á hacerme entrar en juicio. El porvenir os lo dirá.

—Así lo creo yo también, dijo el coronel; la lección será provechosa. Por lo demás, yo no quiero que Claudio sufra á consecuencia de este acontecimiento, ó que se crea que ha perdido mi aprecio, y en tal virtud, lo declaro ahora mismo, mi heredero universal.

—Sois demasiado bueno conmigo, querido tío; pero yo no quisiera, que acaso me favorecierais así, en un momento de entusiasmo ó de admiración que yo no merezco.

—No teniendo herederos directos ¿quién más digno que tú? El asunto está arreglado y no me hables más.

La satisfacción de Claudio y de su madre, al regresar á Londres, después de los mencionados acontecimientos, hubiera sido completa, en vista de lo que se ha dicho, si no fuera por la tristeza que les causaba la desaparición de Azucena; pues aún cuando la madre de Claudio temiera al principio, que á su hijo no lo recibiera la buena sociedad, con tanto agasajo como antes, pronto se desvanecieron esos temores. Poco después de su llegada, recibió Claudio una invitación de la Duquesa de Grandecourt á su finca de campo y Lady Ansley le daba á entender, de una manera bastante clara, lo mucho que su hija lo apreciaba.

—No es por lo visto grande el perjuicio sufrido, decía la madre de Claudio, con un suspiro de satisfacción.

* * *

Al día siguiente de la absolución de Claudio, llegó en un coche de sitio, un caballero al Palacio de Justicia en Derby. Su hermosa cara, estaba pálida y algo descompuesta, sus manos un poco temblorosas, mientras que su mirada expresaba una viva ansiedad. Apeándose del coche, entró apresuradamente en el vestíbulo del edificio, y dirigiéndose á una de los empleados, le preguntó:

—¿Ha comenzado ya el proceso contra Claudio Lenox?

—Concluyó ayer mismo.

—Decidme lo que pasó, y os agradecería que fuera pronto, porque estoy de prisa. . . . ¿No vino una joven á declarar?

—Sí por cierto, y su declaración salvó la vida del

acusado. Se lo contaré á Vd. tan brevemente como sea posible.

Refirió entonces á su modo, lo que había pasado, observando apenas, la profunda impresión que sus palabras hacían en el ánimo del forastero, principalmente cuando se trató de la admiración general que había causado la joven.

—¡ Pobre niña ! murmuró entre sí el forastero. Es tan bella é inocente como generosa.

Volviéndose en seguida de nuevo hacia el empleado, le preguntó :

—¿ Recordáis el nombre de la joven ?

—Apenas hay ahora en Derby quien no lo recuerde : Azucena Vogán.

—Os agradezco mucho vuestros informes. ¿ No podríais también decirme á dónde se dirigió ella después del proceso ?

—Hay muchos que lo quisieran saber. El coronel Lenox ha ofrecido cien libras al que le lleve noticia de su paradero, y se han hecho averiguaciones por todas partes, pero hasta ahora sin resultado.

Adriano Darcy—pues no era otro el forastero—se quedó mirando al empleado, con una expresión de espanto.

—¿ Queréis decir que se ha perdido ?

—Al menos se ha perdido su pista ; pues todos los anuncios é investigaciones han sido inútiles, y el joven Lenox, á quien salvó la vida, está desesperado á causa de su desaparición. Pero si os interesa tanto el asunto, podéis leer todos los detalles en el " Diario de Derby " de esta tarde.

—Muchas gracias por la indicación, dijo Adriano, voy á buscarlo al instante.

—¡ Perdida ! se decía Adriano, al retirarse ; no me puedo conformar con la idea. ¡ Azucena ! ¿ qué ha sido de tí ?

CAPÍTULO XXII

No tardó mucho Adriano, en conseguir un número del periódico quo se le había indicado, y el pudo ver en efecto, todos los informes y noticias referentes al asunto que lo trajera á Derby. Al leer la declaración de Azucena, no pudo menos de condenar severamente la conducta de Claudio.

—¡Ella es tan joven é inocente! se decía. Su misma inocencia debía haber sido su escudo. ¿Cómo pudo Claudio abusar de la confianza que en él depositara?

Pero en seguida leyó lo que decían de Claudio: era joven, inteligente, de buena presencia ¿quién podía reprocharle el haberse enamorado de Azucena? Por otra parte, la conducta que había observado después de su aprehensión, no sólo había sido irreprochable, sino verdaderamente digna de admiración. En cuanto á Azucena, también comprendía Adriano, que la desesperación que le causabá la monótona vida que llevaba, y las insinuaciones de Claudio, bien pudieron haberla inducido á intentar la fuga. La juventud busca instintivamente á la juventud: esa es una ley de la naturaleza. Pero sin duda, la inclinación hacia Claudio había sido pasagera; pues de otra suerte, ella

no se hubiera arrepentido de su fuga, á la mitad del camino; ni huiría ahora de Claudio, precisamente cuando acababa de salvarle la vida.

La relación que Azucena había hecho ante la Corte, era por lo demás tan clara, tan sencilla, que nadie podía dudar de su exactitud; mientras que la humildad con que la joven reconocía su culpa y la convicción que decía tener, de haber perdido toda esperanza de obtener el perdón de los suyos, debían sin duda despertar la conmiseración del corazón más empedernido. Á la imaginación de Adriano aparecía entonces la graciosa figura de Azucena, ante el tribunal; veía sus tímidos y hermosos ojos; sus temblorosos labios; oía su melodiosa voz, refiriendo aquellos sucesos, que según decía, la obligaban á abandonar su casa.

—¡Mi pobre Azucena! se decía Adriano ¿por qué no se fiaría de mí? ¿Por qué no me confesaría su falta, en vez de esperar á que otros me la refiriesen? Aquel principio de fuga, se lo perdono de todo corazón, pero no así el que desconfiara de mí.

Y en seguida corregía sus ideas, diciendo:

—No debo juzgarla mal: tal vez tenía la intención de referírmelo todo, cuando nuestra intimidad fuera mayor.

Después de haber leído la relación de Azucena, se enteró Adriano de los comentarios que se hacían con referencia á ese asunto, y las palabras del Presidente del tribunal. Eran tantos los elogios que se hacían de Azucena, que Adriano olvidó por completo su falta, para no acordarse más que de su heroísmo.

—¿Cuántas habrá, se decía, que hubieran dejado al acusado salvarse como pudiera, sin arriesgar su

reputación? ¡Cuánta lealtad y nobleza de sentimientos aparece en todas sus acciones! ¿Cómo la encontraré yo, para decirle que el mundo la admira en vez de condenarla?

Al mismo tiempo que Adriano se entregaba á estas meditaciones, hacía todos los esfuerzos imaginables para obtener alguna noticia, ó descubrir algún indicio, respecto al rumbo que hubiera tomado Azucena; pero sus pesquisas fueron tan inútiles, como las que habían mandado hacer Claudio y el coronel Lenox. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? ¿Cuál sería su futura suerte? Todas estas preguntas, eran otros tantos misterios.

Desesperando por fin de obtener resultado alguno, Darcy, regresó de lo más triste y deprimido á Bergen, en donde lo esperaban Don Arturo y la Señora Vogán. La cara de ésta tomó una expresión adusta al oir la relación de Adriano.

—Jamás la hubiera creído capaz de engañarme así, dijo con acento de indignación. No me habléis más de eso, Adriano: es la primera mancha que deshonra la casa Vogán.

—No tenéis motivo para juzgar así, dijo Adriano; pues no debéis olvidar, lo joven é inexperta que ella era, y que Claudio pudo sin duda manejarla como quiso.

—Los Vogán nunca han sido débiles; siempre han sido una raza valerosa y fuerte.

—Ninguno de ellos ha sido más valeroso que Azucena, exclamó Adriano. Yo no digo que sea ella un sér perfecto, porque nadie lo es, y concedo que haya cometido una falta; pero lo que digo, es que la expiación la eleva de tal suerte, que hace olvidar su culpa.

Reflexionad cuanto valor se necesita, en una joven tímida como ella es, para presentarse ante una Corte de Justicia, á referir la historia de la falta que cometió.

Pero la Señora Vogán no se dejaba convencer, asegurando de nuevo, que el suceso en cuestión, era una vergüenza para la casa; mientras que Don Arturo se inclinaba á la opinión de Adriano, repitiendo lo que decían los periódicos.

—Á mi juicio, dijo la Señora Vogán, es de poca monta, que los periódicos la alaben ó la condenen: la desgracia consiste, en que el nombre de Azucena Vogán se cite en ellos, en conexión con un asunto de esa especie.

Don Arturo volvía entonces á tomar el partido de Azucena, diciendo:

—Á mí también me parece, que tenía que fastidiarse en el Retiro de la Reina. Ya antes había pensado yo en eso. No veía ella una sola cara joven, y es natural, que cuando conoció á Claudio, concentrara en él toda su imaginación, y que éste la manejara á su antojo.

—Tenéis mucha razón, dijo Adriano; siendo Claudio el único joven á quien conocía, tenía éste que ejercer mucha influencia sobre ella. Sin embargo, aun cuando él logró exaltar su imaginación, no logró ganar su corazón. Estoy seguro de que él le hizo creer, que la fuga era una cosa extraordinariamente romántica; pero como no había verdadero amor de parte de ella, su buen juicio se sobrepuso muy pronto á los consejos de Claudio y la condujo de nuevo á su casa.

—Es muy generoso de vuestra parte, el procurar defenderla, dijo la Señora Vogán, pero no me puedo convencer de lo que decís. Yo la eduqué y la cuidé

con todo cariño y empeño; todas mis esperanzas estaban reconcentradas en ella; y el pago que me ha dado, es un escándalo público, en una Corte de Justicia. No me habléis más de eso, Adriano.

La Señora Vogán estaba demasiado excitada para juzgar con imparcialidad los acontecimientos, suspendiéndose en consecuencia la conversación; pero luego que se hubo tranquilizado, empezó á inclinarse á la opinión de Don Arturo, diciendo un día:

—Después de todo, hubiera sido mejor que regresara á su casa, á esperar á que el escándalo aquel, cayera en olvido. El que no se presente, prueba al menos, cuánto siente la vergüenza.

Así fueron pasando las semanas y los meses, sin que llegara ni una noticia de Azucena. Ya se hablaba poco de ella, pero no por falta de interés; pues todos la extrañaban, incluso la Señora Vogán, la cual también había acabado de convencerse, que la expiación superaba en mucho, la falta cometida. Entretanto había muerto Lord Chandon y como Adriano tuviera que ir á Inglaterra á recibir la herencia, Don Arturo no quiso quedarse sin él en Bergen.

—Ya es tiempo de que regresemos á casa, dijo éste á la Señora Vogán. Hemos estado ya bastante tiempo fuera de ella, y con esto basta, para que se haya borrado la primera impresión de lo que llamáis "nuestra desgracia." Estoy seguro, que nadie nos ha de molestar, recordándonos el asunto.

Regresaron, pues, los ancianos esposos á su antigua residencia, y como había previsto Don Arturo, no hubo quien los importunara con preguntas ó indicaciones indiscretas. Se dijo una vez por todas, que la

Señorita Vogán no pensaba regresar; y el respeto que todos tenían á los propietarios del Retiro de la Reina, fué suficiente, para que nadie procurase hacer más averiguaciones. Por lo demás, eran sin duda pocos, los que sospecharan, cuánto extrañaban los dos esposos á la simpática figura de su nieta; y que la Señora Vogán se pasaba horas enteras pensando cuál podría haber sido la suerte de ésta.

El nuevo Lord Chandon, tomó posesión de su herencia sin dificultad alguna, habiendo sido el heredero reconocido, ya en vida de su antecesor. El castillo de Chandon, era una propiedad magnífica, que con las tierras de su pertenencia, daba una pingüe renta y que contenía dentro de sus muros, brillantes colecciones de libros y de obras de arte. Pero en medio de tanta riqueza, Adriano no se sentía feliz, y con gusto hubiera sacrificado esta, por encontrar á su inolvidable Azucena Vogán. La suerte no parecía sonreirle sin embargo en cuanto á esto, pues desde su regreso de Alemania, habían pasado otros largos meses, sin que una sola noticia de ella, hubiera venido á consolarlo en sus melancólicas contemplaciones.

CAPÍTULO XXII

Tan luego hubo terminado el célebre proceso en Derby, con la absolución de Claudio Lenox, Azucena se cubrió de nuevo la cara con el velo, y pasando, sin ser reconocida entre la entusiasmada multitud, pronto se vió en una calle apartada. Sin darse cuenta de la causa, fué como instintivamente, dirigiendo sus pasos hacia el funesto lugar en que empezara la tragedia de su vida, es decir hacia la estación del ferrocarril. La última vez que había andado por estas calles, era en compañía de la Señora Vogán: en aquella época, todo el mundo la trataba y saludaba con grande atención, y las personas á quienes ellas visitaban, se sentían de lo más honradas.

—¡Qué diferencia de entonces á hoy! se decía Azucena; antes tan festejada y ahora no tengo ni un amigo, ni sé dónde pasar la noche. Es cierto que hay personas que me recibirían por caridad, pero tendría que decir quién soy, y Azucena Vogán no existe ya para este mundo. ¿Qué será de la desgraciada joven que antes llevó ese nombre? ¡Sólo Dios lo sabe!

Preocupado su ánimo de esta manera, seguía andando, y ya estaba rendida de cansancio, cuando llegó á la estación.

—¡ Los pasajeros para Londres ! gritaba el portero en aquellos momentos.

Medio soñando, se le ocurrió á Azucena comprar un billete; considerando ante todo, que en el carro podría descansar tranquilamente, sin llamar la atención de nadie. Así lo hizo en efecto, siendo esta la causa de que se encontrara ya en camino para Londres, apenas media hora después que terminó el proceso.

Le pareció una gran fortuna, que la colocaran sola en un compartimento; pues se podría acostar y cerrar tranquilamente los ojos, después de tantas fatigas y emociones; ahora que ya no tenía que hacer, puesto que Claudio se había salvado. Pero cada vez que empezaba á dormirse, despertaba con un estremecimiento ; la cabeza le pesaba, los ojos le ardían, y sus miembros todos, los sentía adoloridos.

Si en medio de sus penas, sentía la satisfacción de haber salvado á Claudio, por otra parte se había propuesto no acordarse de Adriano, pues le parecía que se volvería loca. En él pensaría, cuando ya tuviera la fuerza necesaria para soportar su desgracia. Se puso entonces á contemplar el paisaje, las casitas de los labradores, el bullicio en las estaciones, procurando apartar toda idea que la exaltara; y así logró por fin dormirse. Pero su sueño era de lo más agitado: una vez se figuraba estar en el Retiro de la Reina, al lado de su abuela la cual le reprochaba su falta; otra vez se encontraba con Claudio, frente á la desgraciada Ana Barrat; en seguida veía á Adriano Darcy, con su bondadosa cara, junto á la cascada; y por fin le parecía andar por un cementerio y llegar á una

tumba, en que decía "Azucena Vogán, de diez y ocho años de edad." De todos estos sueños, despertó con un grito de angustia.

—No puedo dormir y me voy á volver loca, se decía.

Pero poco á poco, la fué dominando de nuevo el sueño, y ya no despertó, sino al oir la voz del conductor:

—¡ Plaza de Euston, Londres!

Era ya de noche cuando el tren entró á la estación; lo cual contribuyó no poco á aumentar el embarazo de la pobre Azucena, que siendo tan joven, linda é inocente, estaba expuesta á mil peligros, sin saber qué hacer, en aquellas bulliciosas calles de la moderna Babilonia.

—Necesito dormir, se decía, ó me vuelvo loca. Por fortuna todavía tengo dinero; voy á tomar un cuarto y á dormir hasta que mi cerebro se despeje.

Se echó entonces á andar, buscando una casa de huéspedes; pero repentinamente se le obscureció la vista y las casas parecían dar vueltas á su derredor, de tal suerte, que tuvo que apoyarse contra una pared.

—Esto ya no solo es falta de sueño, se dijo; estoy enferma; siento hundirse el piso debajo de mis pies, y las casas parecen bailar ante mi vista.

Se le pasó sin embargo este primer ataque, y habiendo andado otro poco, vió en una puerta, una placa con la inscripción "Doctor Roberto Charles."

—Voy á consultarlo, pensó Azucena; él me recetará alguna cosa que me permita dormir con tranquilidad.

Subió unos cuantos escalones y tocó á la puerta, en

los momentos en que el ataque parecía quererse repetir, obligándola á buscar otra vez apoyo, para no caer al suelo. Una criada vino á abrir.

—¿ Está el doctor en casa? preguntó Azucena.

—Sí señorita, ¿ qué desea Vd.?

—Desearía hablarle.

—¿ Con qué nombre la he de anunciar á Vd.?

—No hay que dar nombre, pues no me conoce.

Fué introducida entonces en un pequeño salón de espera, bien alumbrado y amueblado. Azucena, sin darse ya cuenta de lo que hacía, se quitó el sombrero y el velo, y se acostó en un cómodo sofá.

Después de algunos minutos, entró el doctor, quedándose algo admirado y alarmado, de ver tendida allí, á aquella joven, tan pálida y tan hermosa, como apenas recordaba haber visto otra. El dorado cabello, cubría parte de la cabecera del sofá, y las manos las tenía firmemente cerradas. Se acercó entonces á ella, comprendiendo muy pronto, que no era sueño natural el que embargaba sus sentidos. Le habló; pero aún cuando ella abría los ojos, no parecía darse cuenta de que estuviera en presencia de otra persona. Le habló por segunda y tercera vez, pero ella no lo comprendía; y el doctor estaba pensando, lo que sería bueno hacer, cuando ello se levantó repentinamente, gritando:

—¡ Es inocente! . . . ¡ Esperen! . . . ¡ Yo lo salvaré!

Al pronunciar estas entrecortadas frases, corrió hacia la puerta, pero antes de llegar hasta allá, vino al suelo, con un quejido. El doctor la levantó, la volvió á acostar en el sofá, y yendo hasta el pie de la escalera, llamó en voz alta:

—¡ Oye madre ! Hazme el favor de bajar. Necesito hacerte una pregunta.

Una anciana bien vestida y de semblante afable, entró pocos momentos después en el cuarto.

—Mira esto, dijo el doctor ¿ qué te parece que hagamos ?

La Señora Charles se acercó á Azucena, le compuso el cabello y con el instinto propio de las mujeres, comprendió luego, que se trataba de una joven de buena familia.

—Se desmayó aquí por lo visto, dijo á su hijo. ¿ No sabes quién es ?

—No sé quién pueda ser, pues no pude hablarle. La criada la introdujo y cuando yo vine, ya estaba en ese estado. Á mí me parece más bien un principio de fiebre cerebral, que no un desmayo. La manera como gritó, me hace suponer que está delirando.

Por algunos momentos estuvieron contemplándola, hasta que el doctor dijo :

—Es muy joven ; no creo que tenga más de diez y ocho años. ¿ Qué te parece que hagamos con ella ?

—Haremos lo que hizo el buen samaritano, cuando se encontró á un herido á orillas del camino ; fué la noble contestación de la anciana.

CAPÍTULO XXIV

Fué á fines de Agosto, cuando la pobre Azucena, medio loca á causa de tantas penas, encontró refugio en casa del Doctor Charles y desde entonces la habían tratado, como si perteneciera á la familia. Era ya á mediados de Septiembre, cuando la enferma recobró por primera vez el conocimiento, y que mirando á su derredor, procuraba darse cuenta del lugar en que se encontraba. En el cuarto que ocupaba, había mucha limpieza y comodidad; había buenos cuadros en las paredes y algunos otros adornos de buen gusto; pero no era, ni la magnificencia del Retiro de la Reina, ni el lujo de la hostería de Bergen. De esta suerte, lo único que sabía con exactitud respecto á su situación, era que había estado muy enferma, pues su misma debilidad se lo decía.

—¿En dónde podré encontrarme? se preguntaba ella con inquietud.

En estos momentos entraba una bondadosa anciana, que acercándose á ella, le dijo en voz baja:

—Me alegro mucho de veros mejor.

—¿He estado muy enferma? preguntó Azucena; asustándose de la debilidad de su propia voz, apenas había pronunciado esas palabras.

—¿ Sí niña, habéis estado bastante mala, repuso la buena anciana.

—¿ En dónde estoy ? interrogó en seguida la enferma.

—Os lo diré, cuando estéis un poco mejor. Estáis con amigos; y así procurad beber esto, y en seguida dormir otro poco.

Azucena bebió lo que se le daba, y sintiéndose en seguida bastante reanimada, se puso á contemplar la afable cara que tenía en frente.

—¿ Sabéis que realmente he olvidado mi propio nombre ? dijo con una sonrisa forzada: mientras que la Señora Charles la miraba con cierta inquietud.

—Tengo que prohibiros hablar, dijo esta; mi hijo es el doctor, y si me desobedecéis, tendré que llamarlo.

En seguida se durmió Azucena y la buena anciana se quedó mirándola.

—¡ Pobre niña ! se dijo. ¿ Cuál será su nombre ?

Pero como durmiera mucho tiempo, la Señora Charles empezó á alarmarse, y bajó á referírselo á su hijo.

—Si está durmiendo, no la despertéis, dijo éste. El sueño es para ella la mejor medicina. Cuidad ante todo, de que tome su vino de Oporto y su caldo.

—Asegura que ha olvidado su propio nombre, dijo la Señora Charles, como si temiera haber descubierto un síntoma alarmante.

—Poco á poco se repondrá, dijo el doctor, y lo que yo deseo es, que al recobrar la memoria, no se renueven sus penas.

La próxima vez que Azucena abrió los ojos, vió

una cara de hombre, inteligente, con ojos penetrantes, que también le sonreía.

—Ya estáis en vía de alivio, dijo el Doctor Charles.

Pasándose ella entonces la mano por la cabeza, preguntó medio alarmada:

—¿Dónde está mi cabello?

—Lo sacrificamos para salvar el cerebro, dijo el doctor; lo tuvimos que cortar.

Un suspiro profundo que ella dió, hizo comprender al doctor, que la memoria volvía á la joven, por lo cual le dijo en tono afable:

—No quisiera que se ocupara vuestra imaginación en recordar cosas tristes ó desagradables. Solamente la tranquilidad de espíritu, os puede devolver la salud.

Azucena logró en efecto hacer lo que se le mandaba, y durmió perfectamente durante varios días, recobrando poco á poco las fuerzas que había perdido. Por fin despertó una mañana, ya con bastante ánimo, para darse cuenta de lo que había sucedido; y todos los terribles acontecimientos volvieron á su memoria.

—Llegué á tiempo para salvarlo ¡gracias á Dios! fué lo primero que se dijo, después de hacer esos tristes recuerdos.

Recordaba el tribunal de justicia; la muchedumbre que tenía fijas las miradas en ella; la explosión de entusiasmo, que siguió á la absolución de Claudio; recordaba también vagamente haber viajado después en un tren de ferrocarril; pero aquí concluían por completo sus recuerdos. Ya no sabía nada, hasta que despertó en aquel cuarto, en que se encontraba.

Débil, convertida en una sombra, casi incapaz de moverse, su razón estaba ya sin embargo completa-

mente despejada. Muerta para sus parientes y sus antiguos amigos, renunciando á todas sus esperanzas, tenía que empezar una nueva vida, en que para ella apenas habría felicidad posible. Pero ¿cómo sería esa nueva vida? ¿Quiénes eran ante todo las personas que se habían compadecido de ella, tratándolo como á una hija? Á estas preguntas, no se podía dar una contestación, ni medianamente precisa.

Así iba corriendo el tiempo, y un día que ya se había levantado de la cama, y estaba sentada en un sillón junto á la ventana, empezó á reflexionar, que la gratitud y la delicadeza exigían, que diera una explicación en cuanto á su persona, á los que con tanta bondad la habían recogido, cuidado y alimentado; suplicándoles al mismo tiempo, le explicaran á ella, en dónde se encontraba, y cómo había venido á dar á ese lugar.

Ni el doctor ni su madre, habían dirigido en efecto, hasta entonces, pregunta alguna á la joven, que se refiriese á su familia. Habían adivinado ó inferido, que ella había sido víctima de alguna terrible desgracia, y no querían amargarle más la vida, con preguntas indiscretas. Pero á pesar de esta generosidad, Azucena sentía, que se acercaba la hora en que tendría que hablar; diciendo á sus bienhechores, que había muerto para su familia y para los que antes la conocieron, teniendo que empezar una nueva vida. La idea de hacer una confesión tan rara, le causaba verdadero espanto; pero como no era posible eludirla, resolvió Azucena aprovechar la primer oportunidad que se presentara, para poner fin á la dudosa situación en que se encontraba.

Como si adivinaran su deseo, entraron cuando en esto pensaba, el doctor y su madre, con un plato de uvas, que le pusieron delante.

—Sois demasiado buenos conmigo, dijo Azucena. Toda la mañana he estado pensando en la manera como os pueda pagar.

—Nosotros los médicos, no siempre esperamos que nos paguen, dijo él; la satisfacción de veros aliviada, es mi remuneración.

Los hermosos ojos de Azucena, se llenaron de lágrimas, y tomando la mano de la buena anciana, la besó llena de gratitud.

—Ya sabéis que os he prohibido las fuertes emociones, dijo el doctor.

—Permitidme que os hable por fin de mi situación, dijo Azucena. Ya no puedo vivir más en este silencio y en esta duda.

—Déjala hablar, Roberto, dijo la señora.

—Habéis sido tan buena conmigo, empezó á decir Azucena, que no comprendo como sea posible que haya personas como vosotros; tanto más, cuanto que no tengo ni para pagaros los gastos que habéis hecho por mí. Comprendo que no lo necesitáis; pero á pesar de eso, me desespera el pensar, que no puedo corresponderos de alguna manera.

—Querida niña, dijo la Señora Charles; nosotros no hicimos más que lo que hace toda buena persona, en un caso semejante. Una noche vinisteis á tocar á nuestra puerta, mortalmente enferma, sin amigos que os ayudasen, ni un refugio que se os abriese ¿qué otra cosa habíamos de hacer sino albergaros? Hubiera sido un crimen, que os lanzáramos de nuevo á la calle, en

medio de ese torbellino humano, en que hubierais sucumbido.

—Me podíais haber mandado á un hospital. Estoy segura, que así hubieran obrado otros.

—Nosotros solo hicimos lo que nos dictó nuestra conciencia y nada más.

—Por lo que habéis hecho por mí, insistió Azucena, espero que Dios me permitirá poderos pagar; pero no es esto lo único que os quería decir.

Palideció al pronunciar estas palabras, y sus labios empezaban á temblar, de tal suerte que el doctor iba á prohibirle de nuevo que hablara, cuando ella dijo:

—Permitidme que hable esta vez, para desahogar mi corazón. Si solamente dependiera de mis deseos, os contaría toda mi historia; pero tengo que pediros como una nueva gracia, que no me toméis á mal, el que guarde silencio en cuanto á ella, y que os diga simplemente, que la persona que yo he sido hasta ahora, ha muerto para siempre. He muerto para los de mi casa, que jamás volveré á ver; para mis amigos, y para mis esperanzas, en los momentos mismos en que estas me hacían vislumbrar un porvenir de eterna felicidad.

Pausó un momento Azucena para recobrar aliento, mientras que el doctor y su madre, se miraban mutuamente, como para preguntarse lo que aquello significaría. El silencio fué al fin interrumpido por el doctor, el cual se dirigió á Azucena interrogando:

—¿No podéis explicarnos cómo sucedió todo eso?

—Eso es imposible, y no me queda por lo mismo, más que fiar de nuevo en vuestra bondad. No puedo

deciros, ni mi nombre, ni lo que soy, ni lo que destruyó de un golpe toda mi felicidad.

—¿Hicisteis alguna cosa mala? preguntó la Señora Charles con una expresión de duda en su amable semblante.

—Sí, hice algo, que los míos no me perdonarán, contestó Azucena; y sin embargo muchas otras hacen eso mismo, sin que se los reprochen. Por lo demás, yo solo estaba en vía de hacerlo, cuando me arrepentí; pero las consecuencias de eso poco que hice, bastaron para consumar mi ruina.

—¿Eso es todo lo que nos podéis decir? preguntó el doctor.

—Eso es todo, contestó ella melancólicamente; y si más tarde, os podré contar tal vez toda la verdad, por ahora me limito á esperar que no me juzguéis peor de lo que merezco.

—Yo os creo, dijo la señora; conservad vuestro secreto, que yo no he de ser la que os inste á que lo refirais.

Azucena dirigió una mirada de agradecimiento á la Señora Charles.

—Os doy las gracias, dijo en seguida, y os aseguro de nuevo, que no soy mala. Una vez en mi vida, fuí imprudente y loca, y las consecuencias del paso que dí, destruyeron mi porvenir. Permitidme que bese vuestra frente; si yo fuera mala, no lo haría . . . no podría hacerlo. Permitidme también que os estreche esas manos, que han sido tan buenas conmigo. Tampoco podría hacer esto, si mis manos estuvieran manchadas con un delito.

—Tengo plena confianza en vos, mi buena niña,

dijo la señora, no necesitáis asegurarme que sois buena en el fondo, aún cuando podáis haber cometido una falta.

—Una cosa más os puedo decir, agregó Azucena. El nombre que he llevado, es tan antiguo y noble, como los mejores en el Reino, pero estoy resuelta á dejarlo para siempre; tenía amigos, nobles, bondadosos, generosos, que he visto por última vez; y tenía en fin . . . solo el recuerdo me parte el corazón . . . tenía un prometido, que era mi orgullo, al mismo tiempo que mi felicidad. Todo . . . todo lo he perdido y he muerto para los que más amé.

Al referir Azucena sus desdichas, se conmovió tanto, que cubriéndose la cara, prorrumpió en amargo llanto. El doctor, que hasta entonces apenas había hablado, se inclinó entonces hacia ella, visiblemente compadecido y le dijo:

—Niña, sois tan joven y tan inocente, que estoy seguro de que en vez de que seais culpable, es hacia vos que se ha cometido algún delito. Yo también os creo; y como no tenemos ni hija ni hermana, quisiera que fuerais ambas cosas. Nuestra casa, será también la vuestra, y partiréis con nosotros, lo que la vida nos ofrezca.

Como el doctor le extendiera la mano, ella la estrechó, cubriéndola de besos y lágrimas.

—Vuestra bondad es superior á lo que yo jamás imaginara posible, dijo Azucena. Salgo como de entre los muertos, sin nombre, sin amigos, sin quien responda de mí ¿y así me tenéis confianza?

—Os fío, dijo el doctor, porque no he estudiado varios años las fisonomías humanas, para que

ahora pudiera equivocarme. Os fío instintivamente.

—Pero á pesar de todo, es preciso que adoptéis un nombre, dijo la señora. No podéis seguir viviendo sin él.

—Podría adoptar el nuestro, dijo el doctor.

—Tal vez no sería conveniente, observó la señora, pero le puedo ofrecer el que yo llevaba, antes de casarme; yo me llamaba Margarita Nolte.

CAPÍTULO XXV

Se convino pues, que la joven adoptara el nombre de Margarita Nolte, después de lo cual, la señora agregó:

—Es cierto que yo no fuí tan hermosa como vos, pero fuí de joven tan feliz como se puede ser en este mundo, y quisiera por lo tanto poder traspasaros, al mismo tiempo que mi nombre, la felicidad de que he gozado.

Y con acento de bondadosa familiaridad agregó:

—Bésame otra vez Margarita; para mí serás desde hoy una hija.

—Yo no conocí á mis padres, dijo la joven, y Dios sabe si esto fué la causa de mis desgracias. Ahora doy gracias al cielo, por haberme enviado á vuestra casa.

—Para concluir una vez por todas, con lo que se refiere á vuestro secreto, dijo el doctor, quisiera saber, si puedo hacer algo que os fuera de utilidad en este asunto. Si así lo creéis, espero que os mereceré la confianza que se tiene hacia un hermano.

—No podéis hacer nada, contestó ella melancólicamente. No hubiera abandonado á los que más amo, si no supiera que para mí no hay esperanza, y que no es posible deshacer lo que ya se hizo.

—¿Vuestro castigo ha sido inmerecido? preguntó él.

—Algunas veces así me parece, pero no lo aseguro.

—No hablaremos ya más de eso, dijo afablemente el doctor. Pensaremos únicamente en la nueva vida, y lo primero que haréis en ella, será comer esas uvas; después de lo cual, dormiréis un rato.

La joven se había puesto en efecto tan pálida, que temiendo el doctor, le perjudicara el seguir hablando, se volvió hacia su madre, diciendo:

—Sería conveniente la dejásemos sola.

Pero antes de salir, la señora abrió el cajón de un escritorio, y sacando una pequeña bolsa con dinero, la puso en manos de la joven.

—Esto es tuyo, le dijo; se te cayó la noche que llegaste.

La vista de la bolsa, causó á la joven emociones diversas. Primero se acordó de Adriano que se había reido de ella, prometiendo regalarle otra; y en seguida llamó de nuevo su atención, la extraordinaria generosidad de aquellas excelentes personas. Se quedó en consecuencia mirando seriamente á la señora, hasta que ésta dijo:

—No pienses en rehusarla. Lo que mi hijo y yo hicimos, no fué con el objeto de obtener ganancia. Bastante necesitarás esa pequeña suma, en la nueva vida que vas á empezar.

Salió la señora, y la joven quedó así entregada á sus pensamientos, que no eran por cierto de lo más agradables. La nueva vida, ahora que se encontraba frente á ella, le parecía terrible. No quería seguir

abusando de la generosidad de los que la habían recogido, y sin embargo no sabía en qué podría ocuparse. Esta era una de las cuestiones que más la preocupaban. Pero en seguida vagaba también su imaginación, hacia las personas que más amaba, y que á causa de su falta, había perdido. ¿Qué harían Don Arturo y la Señora Vogán? ¿Habrían regresado al Retiro de la Reina? ¿Qué dirían y pensarían de ella? Adriano sin duda la despreciaba, á ella, cuyo nombre había andado en boca de todo el mundo. Por no llamar la atención de sus protectores, la joven había prescindido de preguntar por los periódicos de las últimas semanas; pero se proponía buscarlos, cuando pudiera hacerlo sin despertar sospecha. En ellos podría ver sin duda lo que se decía de ella y lo que había sido de los suyos.

Entretanto el Doctor Charles y su madre, habían bajado á la sala, y comentaban lo que habían oído.

—Es una historia muy rara, dijo el doctor; no comprendo lo que pueda haber hecho esa pobre niña.

—Yo tampoco puedo ni imaginármelo, agregó la señora; pero estoy segura de que no ha sido nada malo.

—Sin embargo hay motivo para suponer que fuera una cosa grave, puesto que la han desterrado de su casa, dejándola sin amigos y sin nombre, ó como ella dice: muerta para este mundo.

—Alguna falta grave, sin duda, pero sin que hubiera perversidad de su parte. Por grande que haya sido el error en que incurrió, ella es buena, franca, inocente y sencilla como un niño.

—Así lo creo yo también; pero lo que nos dijo,

no me satisface por completo y yo desearía conocer la historia entera. En fin, con el tiempo la conoceremos, y entretanto le haremos la vida tan agradable como posible, ya que la adoptamos.

—¡ Oye Roberto ! dijo la señora, con cierto aire de inquietud ; puedes ser con ella tan amable como quieras, pero no vayas á enamorarte.

—No tengas cuidado, contestó el doctor sonriendo, pues aun cuando me enamorase, no lo había de decir á nadie. La trataré como á una hermana y haré por ella lo que pueda, pues creo que la pobre niña merece nuestra atención.

Al decir esto, el doctor abrió uno de sus libros y la señora se retiró.

No eran ricos estos dos compasivos samaritanos, aunque el doctor ejercía con éxito su profesión. En años anteriores, su vida había sido dura : la Señora Charles había enviudado, siendo aún joven y con una renta moderada, había tenido que vivir y que dar á su hijo la educación, por la cual sentía inclinación. Después que éste concluyó sus estudios, había tenido también que luchar varios años con la escasez, hasta que pudo hacerse de buena clientela ; pues al principio le faltaron amigos de influencia que le ayudaran, siendo únicamente su aplicación y habilidad, las que le iban abriendo camino. Pero una vez que se dió á conocer, su clientela fué aumentando rápidamente, y cuando Azucena encontró allí refugio, ya había comenzado á economizar y vivía en una situación desahogada. Sin duda alguna, el recuerdo de los trabajos que antes habían pasado, contribuyó á que el doctor y su madre fueran tan caritativos con la joven, pues de haber vi-

vido siempre en la opulencia, su corazón tal vez hubiera estado un tanto empedernido.

La Señora Charles, que había gozado de una buena educación, reconoció inmediatamente, que Azucena era de buena familia, y que había estado acostumbrada, no sólo á la abundancia, sino al lujo; así como reconoció también su bondad de corazón y la pureza de sus sentimientos.

Luego que se hubo arreglado, que Margarita—como empezó á llamarse Azucena—formaría en adelante parte de la familia, la señora la trató ya como á una hija, mientras que el doctor la agasajaba, con una mezcla de interés y de admiración hacia su inocencia y hermosura. Hacían todo lo que podían; pero á pesar de eso, ella no se restablecía por completo: su color era aún bastante pálido; sus ojos conservaban una sombra de tristeza, y era raro verla sonreir. Cuando ya tuvo la fuerza necesaria, le ayudaba á la Señora Charles en lo que podía; pero la clase de vida que tenía que llevar, era cosa enteramente nueva para ella. No había conocido más que la magnificencia del Retiro de la Reina y el lujo de la hostería en Bergen, de suerte que ahora no sabía ni cómo hacer las cosas más sencillas: todo lo tenía que aprender. Extrañaba tener que dormir en cuartos pequeños; no tener en toda la casa, más que una sirvienta; le repugnaba oir los chismes de las casas vecinas, que no eran por cierto siempre inocentes, ni de buen gusto y por fin la aturdía el ruido y movimiento de la gran ciudad. Pero con la buena voluntad que tenía, se fué acostumbrando á todo y al fin consiguió ser verdaderamente útil, tanto al doctor como á la señora. Sola-

mente una cosa no lograba, y esta era recobrar su felicidad.

—No me parece natural, en una joven de su edad, decía la señora, que no se le vea nunca verdaderamente alegre. Parece siempre sumergida en un melancólico sueño. Creo que le hace falta un cambio, ó alguna ocupación seria.

Lo que pensaba la señora, la joven lo había pensado también muchas veces.

—Estoy muriendo de falta de ocupación, se decía ésta. Necesito trabajar para que mi espíritu no esté ocioso.

Se decidió en consecuencia á ir á ver al doctor á su cuarto y le dijo:

—No os sería posible conseguirme alguna ocupación. Sabéis lo mucho que os amo y estimo, y que consideraré vuestra casa siempre como la mía; pero creo que si yo trabajara, estaría mejor de salud y más tranquila de espíritu.

—Haré lo que pueda, por conseguirlo, dijo el doctor. Dejadlo á mi cuidado.

CAPÍTULO XXVI

La reputación del Doctor Charles, iba aumentando considerablemente, y su clientela no se reducía ya á la parte de la ciudad en que él vivía; sino que lo consultaban personas de la más alta posición social. En varios casos graves, se había distinguido mucho, como en el de la Señora Poldán, á quien había salvado la vida, cuando los demás médicos la habían desahuciado; su nombre se había citado varias veces honrosamente en los periódicos de medicina; y en general era mucho lo que se le atendía y consideraba.

Una de las personas que más confianza tenían en él, era la Señora Dartel, propietaria del Castillo y Abadía de Hulmes. Se decía de esta señora, que era muy exacta en el manejo de sus caudales; y en efecto había tardado poco tiempo en descubrir, que siendo el Doctor Charles igualmente hábil, que los médicos que estaban de moda, no cobraba más que la mitad ó cuarta parte, de lo que solían poner ellos en cuenta. Deseando estar cerca del médico, á causa de una enfermedad de que padecía Clara, la menor de sus hijas, había trasladado temporalmente su residencia á Londres, en la época á que ahora nos referimos.

La Señora Dartel era viuda con cuatro hijos. El

mayor de ellos, Don Alberto, que era el único varón, y por lo mismo heredero, andaba viajando entonces en el continente; mientras que de sus hijas, Verónica y Matilde, eran ya adultas y muy versadas en lo que las personas superficiales, suelen llamar arte social; teniendo por lo demás verdadera aversión á todo lo que fuese ocupación seria.

Hacía pocos años, que estas dos jóvenes habían entrado por primera vez en la gran sociedad, pero su estreno había sido poco afortunado. Tenían una presencia no muy atractiva, á la cual se unía un carácter poco amable; debiéndose sin duda á estas circunstancias, el fracaso de sus proyectos matrimoniales. Ellas no habían acompañado á su madre á Londres, en la ocasión á que nos referimos, por no ser vistas allí fuera de la temporada de moda; de tal suerte, que la Señora Dartel, con Clara, que aún era muy niña, tenía la casa entera á su disposición.

El Doctor Charles, había estado un día examinando á esta niña, conversando y dirigiéndole innumerables preguntas. Tenía ella facciones finas, ojos grandes y obscuros y una expresión melancólica en el conjunto de su pálido semblante. Como el doctor le hubiera tomado cariño, no pudo disimular su inquietud, cuando la Señora Dartel lo mandó llamar.

—Quisiera que me dijerais la verdad, le suplicó ésta. La niña no ha estado nunca, ni muy bien, ni muy mal; y yo deseo saber por fin á qué atenerme, es decir, si realmente hay peligro ó no.

—No puedo responderos terminantemente, contestó el doctor; á mí me parece, que hay tántas ó más probabilidades, de que se reponga, que no de que

empeore; pero hay que cuidarla, á fin de obtener un resultado satisfactorio.

—¿Sois entonces de opinión, que no la debo mandar á la escuela? preguntó la Señora Dartel.

—Es evidente que no debéis hacerlo. La niña necesita una atención constante en la casa y sería conveniente que tuviera á su lado, á alguna persona que la cuidase y educase. No hay en efecto necesidad de renunciar á toda educación y solamente os aconsejo, que no se le force á trabajar.

—Lo que me decís, equivale á recomendarme que contrate una aya; y á la verdad que la idea no me agrada gran cosa. Los sirvientes son en general bastante malos, y las ayas son de la peor especie. No sé en efecto en dónde pudiera encontrar una que me conviniese.

Como el doctor no contestara nada, la Señora Dartel continuó:

—Vos mismo, que conocéis mucho del mundo, podríais tal vez decirme, en dónde puedo encontrar una aya, en que pueda tener confianza. Necesito naturalmente una, que siendo de buena familia, no tenga la pretensión de figurar siempre en primera fila; eso yo no lo soportaría. Si encontráis una, que tenga esas cualidades, espero me haréis el favor de avisarme.

El doctor, que se había sonrojado ligeramente, dijo entonces:

—Yo conozco á una señorita, que la creo conforme á vuestros deseos.

—Me alegraría mucho que fuera así, dijo ella. ¿Quién es y cómo se llama?

—Es una joven protegida de mi madre, y se llama

Margarita Nolte. Es de buena familia, tiene excelente educación, carácter bondadoso y modesto; y en general, creo difícil pudierais encontrar otra mejor. No tiene más que un defecto.

—¿Cuál es ese defecto? preguntó la Señora Dartel con interés.

—Nunca ha sido aya y tal vez no quiera aceptar. Habrá que preguntarle.

—Si nunca ha enseñado, naturalmente se tendría que tomar en consideración esta circunstancia en cuanto al sueldo; pero por lo demás no tengo yo ninguna otra objección que hacer. ¿En dónde se encuentra ella ahora?

—En este momento está con mi madre, dijo el doctor, sonrojándose de nuevo.

—No puede haber para mí mejor recomendación, aseguró la Señora Dartel. ¿Cuándo la podré ver?

—Si ella acepta podrá venir mañana con mi madre á veros.

—Estoy de acuerdo y supongo que las tres de la tarde será una hora conveniente. Espero además, que si acepta, estará dispuesta á marchar con nosotros, al Castillo de Hulmes á fines de esta semana.

—Así lo creo, aunque no lo puedo asegurar.

El doctor había cumplido con el encargo de Margarita, aunque no le agradara mucho; pues se había acostumbrado ya tanto á ver en su casa aquella linda y amable cara, que temía le hiciera falta en lo sucesivo. Además le dolía pensar en la suerte que tocaría á su protegida entre gente extraña, que tal vez no supiera apreciar su mérito; pudiéndose asegurar, que si hubiera tenido una idea de la vida que llevan las ayas

en general, no se hubiera resuelto á hacer á la joven tal proposición.

—El trabajo y la vida en el campo, le harán provecho, se decía; y si acaso no le gusta aquello, nadie la obliga á quedarse. Nosotros la volveremos á recibir siempre con placer.

Al regresar á casa, comunicó la noticia á Margarita, la cual se impuso de ella, si no con extraordinario placer, al menos con satisfacción; estando tan resuelta á aceptar, que apenas preguntó por las condiciones.

—¿Estáis satisfecha? preguntó él. ¿Crees que no habrá dificultad en que os acostumbréis á la vida nueva?

—Haré lo posible por acostumbrarme, dijo ella; y en todo caso os agradezco en extremo lo que habéis hecho por mí.

—Bien podéis estar agradecida dijo sonriendo el doctor, porque yo hago un verdadero sacrificio en dejaros partir. No lo haría, si no creyera que es en beneficio vuestro; pero por lo demás, si no os agrada la vida en el Castillo de Hulmes, yo mismo ire allá á traeros.

Después que Azucena había perdido á los suyos, la incomparable bondad de la Señora Charles y de su hijo, había sido lo único que en parte la había reconciliado con el mundo; pero ahora que iba á entrar á una casa extraña, sintió de nuevo todo el peso de sus desgracias. Al llegar á su cuarto, se arrojó sollozando sobre su cama.

—¡Dios mío! exclamó ¿cuándo me enviarás la muerte?

CAPÍTULO XXVII

—Á PESAR de que solemos considerarnos muy hábiles y previsores, hay una cosa que hemos olvidado por completo, dijo el doctor, llamando la atención hacia el dorado cabello de la joven, que estaba aún demasiado corto.

—Es vuestra culpa, dijo ella sonriendo melancólicamente; vos me lo cortasteis y ahora parezco más bien muchacho que señorita.

—Será como querais, pero este cabello tiene de todo, menos del estilo convencional de las ayas, continuó diciendo el doctor. Margarita debería tener trenzas largas, ó algún peinado estrafalario, para hacer bien su papel. ¿ No es cierto mamá ?

—Yo por mi parte, no estoy conforme con tu proyecto, dijo la señora, mirando cariñosamente á la joven. No comprendo por qué razón Margarita no ha de estar feliz con nosotros ó por qué no ha de poder recobrar sus fuerzas aquí. En fin, eso tú lo has de saber mejor; pero en lo que sí estoy de acuerdo, es en que con ese cabello suelto, no puede aceptar el empleo.

Dirigiéndose entonces á Margarita, le preguntó:

—¿ Te gustaría llevar en la cabeza, cabello que no fuera tuyo ?

—No; no me gustaría en lo más mínimo.

—Me parece que nunca seréis mujer de mundo, Margarita, dijo el doctor riendo. Una mujer de sociedad, aun cuando tenga magnífico cabello, no descansa hasta que logra cubrirlo con cabello ageno. Pero haciendo esto á un lado y hablando seriamente, necesitamos consultar á un peluquero. Vuestra graciosa cara infantil, no agradaría á la grave señora del Castillo de Hulmes.

Muy contra la voluntad de Margarita, se llamó á un peluquero.

—¿No sería más sencillo que me pusiera un gorro? preguntaba ella, al contemplar los peinados postizos que le presentaban.

—Sería poco á propósito, dijo el peluquero.

—¡Una aya con gorro! exclamó la Señora Charles; eso es imposible.

—¡Nada me importa al fin! se dijo la joven. ¿Quién se ha de fijar en mi apariencia?

Se sometió en consecuencia con toda tranquilidad á la transformación, que el peluquero creyó oportuna. Este recogió el cabello suelto, uniéndolo á una gran trenza, que afianzó enroscándola detrás de la cabeza. Se miró ella entonces en el espejo, pareciéndole que con el peinado representaba algunos años más, pero la Señora Charles la consoló, y acercándose á ella, la besó diciendo:

—No te preocupes hija mía; pronto serás la que fuiste antes.

—¡La que fuí antes! se decía la joven: eso es imposible. La que fuí antes, ha muerto para siempre. La transformación me parece por lo demás natural,

puesto que ya no existe la niña á quien Adriano amó.

* * *

—La joven me gusta en efecto, se decía la Señora Dartel, al terminar la entrevista con Margarita y la Señora Charles. Ella comprende evidentemente cuál es su posición y cuál la mía; además de que no ha puesto dificultades con referencia al salario.

En efecto había quedado la Señora Dartel de lo más satisfecha, en cuanto á los conocimientos de que había dado prueba la joven. El piano lo tocaba admirablemente; tenía una voż agradable y bien educada; hablaba perfectamente francés y alemán; y su trato no dejaba que desear. Temiendo que en tal virtud, las condiciones que la joven pusiera, no fuesen exageradas, había disimulado la Señora Dartel su admiración, fijándose de preferencia en la circunstancia de que la joven aún no hubiese dado lecciones.

—Esto hace una enorme diferencia, dijo con mucha diplomacia á la Señora Charles. Sin embargo, como la joven me gusta por lo demás, y vos la recomendáis, no me acordaré de este defecto.

Dirigiéndose entonces á la joven, le dijo:

—Margarita; yo desearía también, que además de las lecciones á la niña, os encargarais de conversar todos los días un rato en francés y alemán con mis hijas mayores.

Margarita contestó con una simple inclinación del cuerpo, y como la Señora Dartel observara la facilidad con que aceptaba todas las condiciones, no dejó de imponerle algunas otras obligaciones más, que hacia otra no se hubiera atrevido á mencionar.

Habiendo quedado así, todo arreglado á satisfacción de la Señora Dartel, preguntó ésta á la joven, si deseaba ver á su discípula, y como la respuesta fuera afirmativa, se dió orden para que la trajeran.

Desde el primer momento ganó la niña, con su afable y melancólico semblante el afecto de Margarita; y cuando ésta la abrazó y la besó, le pareció á su vez, que renacía en ella un sentimiento de amor, que había considerado muerto para siempre. Estaba Margarita todavía entreteniendo y acariciando á su nueva discípula cuando la Señora Dartel volvió á tomar la palabra á fin de hacer algunas otras observaciones.

—En casos como el presente, dijo, es absolutamente necesario, definir la posición de cada uno. Tengo que deciros Margarita, que cuando estemos solos, comeréis algunas veces con nosotros y que también pasaréis algunas noches en nuestra compañía; pero cuando haya visitas, esto es imposible.

Dirigiéndose entonces á la Señora Charles, agregó:

—Tengo motivos para proceder así. Mi hijo viene con frecuencia al castillo en compañía de amigos, y en tales casos comprenderéis, que la prudencia aconseja tomar algunas precauciones. Yo he sabido de algunos casos desagradables, que ha habido por falta de cuidado en el sentido indicado.

—Yo nunca desearé más sociedad que la de mi discípula, dijo la joven.

Aun cuando esta contestación encerraba algo de orgullo, un poco despreciativo, la Señora Dartel pareció no observarlo, dándose por muy satisfecha con ella.

Pero apenas se habián cambiado esas palabras,

cuando le sobrevino repentinamente á la joven una nueva duda. La Señora Dartel había dicho, que su hijo solía traer visitas al castillo. ¿Qué sucedería, si alguno de esos visitantes reconocía á Azucena Vogán? Pero por fortuna, la misma Señora Dartel le había dicho, que no deseaba se presentara en tales ocasiones; y podía estar segura por cierto, que sus deseos se cumplirían con toda exactitud.

—Por otra parte, se decía; no creo que me reconocieran tan fácilmente ahora, los que me conocieron en mis días de felicidad. Me he visto en el espejo y apenas tengo duda en cuanto á ello. No me conocerán.

Con esta convicción se tranquilizó, regresando en seguida á casa, en compañía de la Señora Charles.

Pasaron unos días y estaba ya para ponerse en camino rumbo al Castillo de Hulmes, cuando una sonora risa del doctor la hizo sonrojarse.

—¡Pero niña! le dijo éste ¡qué mal empezáis á hacer vuestro papel! ¿Dónde habéis dejado la trenza?

En efecto había olvidado la joven aquel atavío, considerado esencial para su nuevo empleo; y ya que se lo había puesto de nuevo, dijo el doctor:

—Es cierto Margarita, que con ese peinado parecéis unos diez años mayor, y creo que podría encontraros en la calle sin reconoceros.

Su cara tomó en seguida una expresión de tristeza.

—¿Creeis que os agradará la Señora Dartel? preguntó.

—Creo que con el tiempo, amaré de veras á mi discípula contestó ella.

Á pesar de su juventud y de su inocencia, tenía Azucena, una penetración extraordinaria. Así como había conocido muy pronto, que Claudio era más entusiasta, que hombre de juicio severo, y que Adriano tenía el más noble de los caracteres, así había comprendido desde un principio, lo que había de mezquino en el carácter de la que iba á ser su ama; pero no había dicho nada, resignada como estaba á sufrir lo que el destino le reservara, hasta que la muerte viniese á redimirla.

—Si realmente lográis cobrar cariño á vuestra discípula, tengo muchas esperanzas de veros restablecida por completo, dijo el doctor. Necesitáis ocupar vuestro espíritu con alguna cosa que os interese, y si llegais á amar, aún cuando sea solamente á un niño, esto será vuestra salvación.

Antes de que partiera la Señora Dartel con Margarita y Clara, quedó también arreglado, que el Doctor Charles iría dentro de los próximos meses á visitar el Castillo de Hulmes.

—Vos desearéis ver á Margarita, dijo la Señora Dartel, con su acostumbrada habilidad en cuestiones de dinero; y yo aprovecharé la oportunidad, para oir vuestra opinión con referencia á Clara.

Por fin llegó la hora de partir, causando á Margarita verdadero pesar, el tenerse que despedir de aquellas personas, que después de haberle salvado tal vez vida ú honra, la habían recibido y cuidado en su casa, como á una hija. Eran ellos ahora sus únicos amigos en este mundo y aquella casa era la única, á que podía acudir con la seguridad de ser bien recibida. Pero no solamente ella sentía la despedida, sino tam-

bién sus protectores, especialmente el doctor, que estendiéndole la mano, dijo:

—No soy hombre de muchas palabras; pero os aseguro que con vos, parte el sol de mi hogar. Nadie sabe lo mucho que os aprecio, y si os deseo mil felicidades en la vida, apenas expreso una pequeña parte de lo que siento. Si alguna vez necesitáis un amigo, espero que os acordaréis de mí.

Unos instantes después, Azucena abandonaba aquella casa, que había sido para ella un puerto de salvación, cuando sin brújula ni fuerzas, había estado á punto de sucumbir.

CAPÍTULO XXVIII

El mes de Noviembre se acercaba ya á su fin, cuando la Señora Dartel con su hija y la nueva aya, emprendieron el viaje de Londres al Castillo de Hulmes. Era un día claro y hermoso; los árboles habían perdido ya su follaje, pero los rayos del sol daban animación al paisaje; y la temperatura bastante fresca, pero sin viento, hacía á los viajeros la jornada en extremo agradable. Después que estos hubieron abandonado el tren, subieron en un carruaje que los había de conducir al castillo.

Tan pronto como Margarita se vió en el campo y empezó á respirar el aire puro, le parecía como si adquiriese nueva vida; volvía á ver árboles y praderas, que le recordaban épocas felices; volvía á extender la vista en todas direcciones, dando vuelo á su fantasía. ¡Qué diferencia entre esto y la obscura casa en Londres, donde nunca había visto ni una hoja verde! ¿Cómo había podido vivir tanto tiempo sin salir al campo? No pudo reprimir un suspiro de satisfacción.

La Señora Dartel le dirigió una mirada inquisitiva, diciendo:

—Supongo que no estaréis cansada, Margarita.

—De ninguna manera, contestó la joven; pero me gusta mucho el campo y á los árboles, los saludo como á amigos antiguos.

Esta contestación no fué del agrado de la señora. No le simpatizaban las ayas sentimentales y en consecuencia observó:

—Espero que en el castillo encontraréis amigos más dignos de vuestro aprecio, que los árboles.

Á pesar de esta disimulada reprimenda, se le escapó á la joven un grito de alegría, cuando después de una vuelta del camino, vieron repentinamente la inmensidad del mar á sus pies.

—¿Está el castillo cerca del mar? preguntó.

—Casi demasiado cerca, contestó la señora; pues cuando hay tempestad, nos molesta bastante el ruido de las olas. ¿Os gusta la mar Margarita?

—Nunca la había visto tan hermosa como hoy, contestó la joven.

Efectivamente no había tenido antes ocasión de verla más que dos veces: primero en compañía de sus abuelos, cuando iban á Alemania, ocultándose tanto como era posible; y después cuando ella regresó sola, preocupado su ánimo únicamente con los terribles acontecimientos que hemos referido antes. Hasta ahora no había podido contemplarla en toda su majestad y no dudaba que se había de apasionar por ella.

Entretanto habían aparecido entre los árboles, las grises torres del Castillo de Hulmes y poco después decía la Señora Dartel:

—Hemos llegado.

El Castillo de Hulmes, no era ni tan grande ni tan suntuoso como el Retiro de la Reina. Era un antiguo

edificio, con torres cuadradas y una puerta con su reja de hierro; en las paredes se habían abierto grandes ventanas; y la ornamentación, en parte antigua y en parte moderna, no formaba un conjunto verdaderamente harmónico, aunque tenía bastante de imponente. Lo más hermoso del castillo, era su situación en una pequeña altura, á orillas del mar; y un hermoso parque que lo rodeaba.

—No estamos aquí más que á una corta distancia del mar, dijo la Señora Dartel á Margarita, y una de vuestras principales ocupaciones, consistirá en llevar á pasear allá á la niña todos los días.

Esta comunicación agradó en extremo á Margarita. En esta casa, en donde apenas esperaba encontrar una amiga, tendría al menos la satisfacción de oir la música de las olas, de conversar con estas, de confiarles el secreto de su perdido amor. ¡Ellas le revelarían tal vez algunos de los misterios de esta vida!

Al entrar al castillo, se apresuraron los criados á venir al encuentro de la señora, con demostraciones de profundo respeto.

—Si deseais descansar Margarita, dijo en seguida la Señora Dartel, podéis hacerlo.

Y volviéndose hacia una de las criadas le dijo:

—María, conduce á la señorita á su cuarto.

Azucena se levantó muy temprano al día siguiente: tenía impaciencia de ir á ver la mar, como si fuese una persona querida que la esperaba. Grande fué su emoción, al ver aquellas masas de agua, que venían á estrellarse contra las rocas, ó á caer como catarata sobre la playa, corriendo en seguida mansamente sobre el piso de fina arena, casi hasta mojar sus pies.

Contemplando aquel grandioso espectáculo, escuchando aquel ruido, que se asemejaba á veces al estruendo del cañón y á veces al suave susurro de la brisa, la joven se puso á llorar, como no había llorado hacía mucho tiempo; derramó lágrimas que aliviaron sus penas y que despejaron su cerebro lo bastante, para poder arrostrar con calma, las contrariedades que aquel día le tuviera reservadas.

Así reanimada, regresó á la casa, en donde le comunicaron, que las señoritas no se habían levantado aún; lo cual no le desagradó, en vista de la repugnancia que sentía hacia el acto de la presentación. La sirvienta, que la había acompañado á su cuarto la noche anterior, le dijo en seguida:

—Mi nombre es María King, y la señora me dijo que yo debía asistir á Vd., así como á la niña. ¿Quiere Vd. ver el cuarto destinado á las lecciones?

Habiendo aceptado Margarita, la sirvienta la condujo á un pequeño cuarto bien amueblado, con vista al bosque. Ahí había también un piano, un caballete y un estante con libros.

—Este es el cuarto, dijo la sirvienta. Aquí tomará la niña sus lecciones; pero como estas no han de durar más que cinco ó seis horas por día, la señora ha dispuesto, que este mismo cuarto sirva á Vd. de sala y comedor. Con permiso, traeré ahora el desayuno, que ha de tomar Vd. en compañía de la niña Clara.

Después del desayuno, vino la Señora Dartel á dar sus instrucciones. Había formado un programa, que abarcaba casi todo el día y que no le dejaba á Margarita más distracción, que el rato que iba á pasear con la niña á orillas del mar, y las dos horas destinadas á

conversar en francés y alemán con las hermanas mayores. Pero la señora no se conformaba con que Margarita le sirviera todo el día, sino que exijía que lo hiciera con el empeño correspondiente, creyendo en consecuencia oportuno agregar:

—Margarita; siento mucho teneros que decir, que he observado que estáis con frecuencia bastante distraída; y si esto es un defecto en una persona cualquiera, lo es mucho más, en aquellas que se dedican á cuidar ó educar á los niños. Desearía que procuraseis corregiros en cuanto á eso.

—¿Hasta cuándo tendré que soportar esta vida? se decía la pobre joven, cuando la fría y desdeñosa dueña del castillo había salido del cuarto.

Á la conversación con la madre, había de seguir la presentación á las hijas, de las cuales ya hemos hablado en otro capítulo. Eran éstas, dos jóvenes altas y poco agraciadas: con facciones regulares, pero á las cuales faltaba el atractivo de la afabilidad. Ellas no acostumbraban en efecto, hacer esfuerzo alguno por disimular ó dominar la violencia de su carácter; y así se pintaba continuamente en su semblante, la altanería, el descontento y el mal genio. La Señora Dartel no estaba ciega en cuanto á estos defectos de sus hijas y había procurado—aunque sin éxito notable—dulcificar su carácter, que no sin razón suponía, era una de las causas que más habían contribuído á desbaratar los proyectos matrimoniales, que en varias ocasiones había formado. Don Alberto, que oía con frecuencia las quejas de su madre, le dijo un día sonriendo:

—Voy ahora á Londres y en el mes de Febrero regresaré con una colección de los más distinguidos

solteros, amigos míos. Si sabéis aprovechar esta oportunidad, creo que os podréis "deshacer" de una de vuestras queridas hijas, ó tal vez de ambas. Se dice que el fastidio de la vida del campo, suele ser fatal á los hombres.

La presentación de la nueva aya á las dos jóvenes, no se efectuó hasta cerca del medio día; siendo apenas necesario decir, que éstas se esmeraron en esta ocasión, aún menos que en cualquier otra, en manifestar amabilidad alguna. Trataron á la aya de su hermanita con una mezcla de altanería y menosprecio, que por su misma exageración apenas alcanzaba á ofenderla. Pero si ese desprecio tonto, no podía lastimar, una cosa era sin embargo evidente: que Azucena no encontraría en aquel castillo, ni un alma generosa, ni una amiga que pudiera aliviar sus penas.

CAPÍTULO XXIX

El tiempo corría; habían pasado ya las fiestas de Nochebuena y de Año Nuevo, cuando el Doctor Charles vino á hacer su prometida visita al Castillo de Hulmes, quedando de lo más satisfecho al ver el buen semblante de Margarita. Efectivamente, aunque ésta no recobrara sus esperanzas, la continua actividad á que se veía forzada, era suficiente para impedir que se apoderase de ella la melancolía; el aire del mar también le hacía provecho, y de esta suerte había recobrado en gran parte la salud.

Margarita dedicaba casi toda su atención á su pupila; le gustaba estudiar su desarrollo intelectual y contestar como podía, á sus inocentes preguntas. Había creído, que el amor había muerto para ella, y sin embargo, en el Castillo de Hulmes, había cobrado amor á dos cosas: á su discípula y á la mar. Cuánto tiempo seguiría llevando esa vida, no lo sabía, ni se lo había preguntado apenas; pero cualquier cosa que sucediera, ella estaba resuelta á seguir trabajando en algún rincón escondido, hasta que terminaran sus días. No era un brillante porvenir el que se le abría, pero opinaba que no había otro posible, y así se había resig-

nado á contemplar con calma el desarrollo de los acontecimientos.

—Alguna vez ha de terminar esto, se decía, y en otro mundo mejor, tal vez volveré á ver á Adriano.

Era este en efecto todavía el objeto predilecto de sus pensamientos; y cuando se encontraba sola, frente al mar embravecido, solía gritar el nombre del que tánto había amado y le parecía que las olas lo repetían en mil diferentes tonos, y que el viento lo llevaba á través de los mares al lugar en que pudiera encontrarse.

—Mamá, dijo Verónica un día; me parece que habéis hecho una cosa muy poco juciosa.

—¿Qué cosa es esa? preguntó con toda calma la Señora Dartel; acostumbrada como estaba, á las irrespetuosas críticas de sus hijas.

—¿Por qué trajisteis á esa joven? ¿No veis que cada día se pone más bonita? Tal vez no la hacéis trabajar bastante.

—Me parece que Verónica tiene demasiada razón, agregó Matilde. Vuestro buen juicio os abandonó en esta ocasión.

La Señora Dartel miró á sus hijas con un aire de sorpresa.

—Os aseguro, que cuando me arreglé con ella, apenas se podía llamar bonita, repuso como disculpándose.

—En tal caso, ha cambiado mucho desde que vino, dijo Verónica. Ayer que la ví con Clara, me quedé verdaderamente admirada: apenas recuerdo haber visto joven de mejor apariencia.

—Espero que no abandonaréis vuestro propósito,

de mantenerla alejada, cuando vengan visitas, dijo Matilde; pues demasiado sabéis, cuánto admira Alberto una cara bonita. Yo no comprendo realmente la causa, de que habiendo tantas muchachas feas, fuerais á traer precisamente la más bonita.

Tanto insistían las jóvenes en ponderar los peligros que traería consigo la presencia de la nueva aya, que la Señora Dartel empezó realmente á alarmarse, diciendo por fin:

—Si efectivamente creeis que haya algún peligro, la despacharé desde luego; pero soy de opinión, que estáis exagerando su hermosura. Á mí al menos, no me ha llamado la atención, y por otra parte estoy casi segura, de que no conseguiré otra aya tan atenta y bien educada como esta, es decir, bajo condiciones tan favorables. No debéis olvidar esta última circunstancia.

—Puede ser que tenga muy buenas cualidades, repuso Verónica, pero podéis creerme, que si no tenéis mucho cuidado, cuando venga Alberto, os habéis de arrepentir. Vos procuraréis mantenerla aparte, pero ella ha de tener empeño en presentarse; y ya sabeis que cuando hay voluntad, hay también ocasión.

—Os estáis alarmando inutilmente, dijo la Señora Dartel.

—¿Lo creeis así, mamá? Yo solamente deseo, que juzguéis vos misma. Allá veo precisamente á la Señorita Nolte, que regresa con Clara de la playa. Mandadla llamar; preguntadle cualquier cosa que se os ocurra; y cuando haya salido, decidme de nuevo lo que opináis.

La Señora Dartel hizo lo que deseaba su hija y

pocos momentos después entraba la aya con su discípula al salón. La Señora Dartel le dirigió algunas preguntas sin importancia; y fijándose en su fisonomía, no le fué ya posible negar, que sus hijas tenían razón: era una cara extraordinariamente bella.

—Sin duda estaba enferma cuando yo la traje, pensó la señora en seguida.

Y dirigiéndose una vez más á Margarita, le dijo:

—Tenéis ahora mucho mejor semblante, Margarita, lo que prueba que el aire de aquí os hace provecho. ¿Habíais estado enferma cuando os ví por primera vez?

Margarita se sonrojó, palideciendo en seguida; mientras que las dos jóvenes de la casa, la observaban atentamente.

—Sí señora, contestó ella tranquilamente; estuve enferma durante varias semanas.

—Me alegro mucho, que os hayais restablecido tan completamente, dijo la Señora Dartel, con una inclinación de cabeza, que significaba que la conversación había terminado.

Apenas había salido del cuarto, cuando Matilde exclamó:

—Habéis visto sin duda que teníamos razón. No creo que sea fácil encontrar una cara más bonita.

La Señora Dartel, no pudo menos de confesar su error, diciendo:

—La verdad es, que ya hacía algún tiempo que no me había fijado en ella; y solamente os puedo asegurar, que cuando la conocí, me pareció de facciones regulares y bastante agraciada, pero no precisamente bonita.

—Por lo demás, dijo Matilde, no puedo aún convencerme de que ella sea realmente lo que pretende ser y no una aventurera. En todo caso, es muy raro, que no hayamos podido averiguar casi nada de su familia, ni del lugar en que pasó su niñez; y María King dice, que ella tiene todos los modales de una gran señora, mientras que por otra parte, no tiene ninguna de las costumbres, ó mañas, que caracterizan á las ayas.

—Querida Matilde, dijo la Señora Dartel; estás hablando sin reflexionar. La Señora Charles no me la hubiera recomendado, si no pudiera responder de ella.

—Tal vez me equivoque; pero sin embargo será muy conveniente, que no se presente cuando vengan visitas.

—No tengas cuidado en cuanto á eso, dijo la Señora Dartel con una sonrisa, que indicaba claramente, que la recomendación era enteramente superflua.

Pocos días después de esta conversación, dijo la Señora Dartel con un aire de triunfo á sus hijas:

—Buenas noticias: Alberto vendrá pronto, en compañía de Lord Chandon, de Sir Ricardo Hasting y del Capitán Elton. Creo que tendremos una temporada alegre.

CAPÍTULO XXX

Presentábase en aquel año el mes de Febrero, claro y templado, y parecía como si ya empezara la primavera. En los bosques aparecían las violetas blancas; los árboles y matorrales comenzaban á brotar; y también se oía ya el canto de uno ú otro pájaro. Era el día de San Valentín, y como Clara no se sintiera bien, había ido con su aya á la orilla del mar, en donde ambas se sentaron en unas rocas cubiertas de musgo. La niña tenía también su fantasía particular, y así dijo á Margarita:

—Margarita ¿será cierto que las flores se tienen que meter debajo de la tierra en el invierno? Deben tener las pobres muchos deseos de salir al aire, ahora que ya hace tanto sol.

Gustaba á Azucena, dejar á la niña que expresara libremente sus ideas, y como no la interrumpiera, continuó ésta:

—Á mí me gustan mucho las flores y quisiera saber si sienten como nosotros y si distinguen sus colores. ¿Tú no lo sabes?

—El mundo está lleno de misterios, contestó Azucena, pero si las flores tienen alma, yo ya me figuro cómo ha de ser la de cada una.

—Si los hombres son tan inteligentes ¿ por qué está lleno de misterios el mundo ? preguntó la niña.

—La ponderada inteligencia de los hombres no llega muy lejos, dijo Azucena ; los grandes problemas no los han resuelto aún.

—Ya no me siento mal Margarita, observó entonces la niña ¿ no vamos á casa ? Matilde dice que es el día de San Valentín y yo quisiera ver lo que es.

—Un día es como el otro, repuso Azucena suspirando, sin imaginarse ni remotamente la sorpresa que la esperaba.

—La señora desea hablaros, vino á avisar un lacayo. Os espera en su cuarto.

Al entrar Azucena, se encontró á la Señora Dartel, escribiendo frente á la ventana.

—Os mandé llamar para comunicaros, que mi hijo Alberto vendrá mañana con algunos amigos. Como ya os dije antes, no deseo que os presentéis en tales casos, tanto más cuanto que la niña está demasiado delicada para andar en fiestas.

—Vuestras órdenes serán puntualmente cumplidas, dijo Azucena.

—Cuento con ello ; porque hasta ahora no he tenido motivo de queja contra vos. Mientras estén aquí las visitas, será conveniente que llevéis á Clara á la playa, por la mañana, antes de que tome sus lecciones y como nosotros no nos desayunamos antes de las diez, os sobrará tiempo para regresar á vuestro cuarto, en donde permaneceréis con la niña el resto del día. . . . Y ahora que me acuerdo : tal vez tendréis que cederme por unos días el cuarto que ahora ocupáis, en cambio

de otro más pequeño que os mandaré arreglar. ¡ Lord Chandon y Sir Ricardo Hasting traen tanta gente!

Por fortuna la Señora Dartel, sentada como estaba frente á la ventana, no pudo ver la impresión que sus palabras produjeron en el semblante del aya. En efecto se puso esta terriblemente pálida, y un temblor general se apoderó de todos sus miembros, teniendo que apoyarse en uno de los muebles para mantenerse en pie.

—Por conducto de María King, os mandaré, comunicar la resolución definitiva que tome en cuanto á este asunto.

Azucena no hablaba ni se movía.

—Esto es todo lo que tenía que deciros por ahora, agregó la Señora Dartel.

Tan sorprendida estaba Azucena, que no sabía realmente, si soñaba ó si tal vez no había oído bien; atreviéndose por fin á preguntar, con voz temblorosa:

—Dispensad señora ¿ quiénes son esas personas que vienen de visita?

Esta pregunta fué tan inesperada, que la Señora Dartel, no tuvo tiempo de reflexionar respecto á su oportunidad, ó al interés que la joven pudiera tener; por lo cual contestó maquinalmente:

—Lord Chandon, Sir Ricardo Hasting y el Capitán Elton.

—¡ Dios mío! se dijo la joven ¿ qué voy á hacer?

—¿ Decíais algo, Margarita? preguntó la Señora Dartel.

—No señora, nada.

—Se me había olvidado deciros, agregó entonces la Señora Dartel, que no sería imposible, que mi hijo y alguna de las visitas que esperamos, llegasen ya esta

noche, en vez de mañana; y de suceder así, es claro que empezaréis á observar desde ese mismo momento las instrucciones que os he dado.

No supo Azucena, ni cómo salió del cuarto de la señora; iba apoyándose contra la pared y tropezando con los muebles; hasta que por fin se vió sola en su recámara, sin que nadie hubiese observado la agitación de que era víctima. Adriano, de quien había huido, porque no creía poder soportar su desprecio, había de venir precisamente á ese mismo lugar en donde ella se encontraba; había de dormir bajo el mismo techo, sin que ella pudiera hablarle, ni aún verlo tal vez. ¡Qué cruel era con ella el destino! ¿Por qué no le quería conceder, ni el que llevara una vida de obscura tranquilidad?

Le vino entonces la idea de fugarse—¡la tercera fuga en menos de un año!—pero inmediatamente se acordó, de que le había dicho la señora, que tal vez esa misma tarde, llegarían algunas de las personas invitadas; y era por lo tanto aventurado ponerse en camino, para quien deseaba evitar un encuentro con ellas. Además de eso reflexionó, que si llegaba Adriano y oía de la fuga de una joven, probablemente sospecharía que pudiera tratarse de ella.

—¿Qué haré, Dios mío? se preguntaba la joven. ¡He sufrido ya bastante, para que se me impongan nuevas penas!

En medio de su confusión de ánimo, le vino una idea consoladora. Era cierto que cuando ella se fugó de Bergen, el anciano Lord Chandon estaba muy enfermo y que se esperaba pronto su muerte; pero tal vez se había restablecido y era este al que esperaban

en el Castillo de Hulmes, y no á Adriano. Al registrar los periódicos de fechas anteriores, ella no había encontrado hasta entonces nada que se refiriese á su muerte; pareciéndole por lo tanto prudente esperar; y si resultara, que Lord Chandon y Adriano eran ya realmente la misma persona, ella se escondería hasta que él hubiera partido de nuevo. Con esta idea se tranquilizó medianamente, pero no lo bastante, para que pudiese dedicar á su discípula la atención necesaria.

—No me siento muy bien, dijo á la niña; será bueno que en vez de que leamos, dibujes un poco y después veré lo que hiciste.

Cualquier cosa hubiera dado aquel día, por un pretexto para eximirse de las dos horas de conversación con las hermanas mayores; pero la Señora Dartel era muy exacta en todo, y no hubo más que conformarse.

—Sentaos, Señorita Nolte, dijo Verónica al verla entrar; mamá insiste mucho en lo de la conversación francesa, pero nosotras no estamos hoy muy dispuestas. ¿No tenéis inconveniente en ensartar estas cuentas? Las necesito para una bolsa.

Al decir esto, puso en manos de Azucena una cantidad de cuentas doradas y plateadas, volviendo en seguida á entablar con su hermana, la conversación interrumpida.

—Yo soy la mayor, le decía, y no es más que justo, que me dejes el campo libre. Tengo verdadero empeño en llegar á ser la Señora Chandon y tomaría á mal, que me pusieras dificultades.

—Pero todavía no sabes si él está dispuesto á dejarse conquistar, dijo Matilde en tono burlón.

—No se trata actualmente más que de una tentati-

va. Por lo demás no pretendo excluirte de su compañía, sino que al contrario te ayudaré si te prefiere; pero si no demuestra una preferencia decidida, creo que sería poco amable de tu parte, que intervinieras en este asunto.

—Puede ser que no le gustemos ninguna de las dos, observó Matilde, siguiendo la burla.

—Tengo un presentimiento, de que no será difícil conquistarlo á él lo mismo que á Sir Ricardo Hasting, que también es un buen partido. En fin nos queda el Capitán Elton.

—Te haces fácilmente ilusiones, dijo Matilde. En cuanto á Lord Chandon, me parece que mamá nos contó cierta historia de amores, que ha tenido antes.

—Fué una historia algo dramática, que no recuerdo bien, ó más bien dicho, no me fijé en ella. Creo que mamá nos dijo, que antes de la muerte de su tío, Lord Chandon iba á casarse con una joven que amaba mucho, pero que ésta se le escapó. Ella cometió algún acto indigno y se marchó. Creo que eso fué todo.

—¿Y él todavía llora su pérdida? preguntó Matilde.

—Es de suponer que tenga más sentido común; pues cuando una joven comete algún acto que manche su reputación, no le queda más que enterrarse, viva ó muerta. Por lo demás ya sabes, que á los hombres no les dura mucho la tristeza.

—¿Pero qué hizo realmente la joven? insistió Matilde. ¿Lo engañó y se casó con otro . . . ó qué otra cosa fué?

—Yo no tenía entonces bastante interés para fijar-

me, contestó Verónica. Mamá parecía indicar, que había sido un acto de lo más indigno, y si quieres conocer toda la historia, le puedes decir á mamá que te la cuente. En cuanto á Lord Chandon, yo me atengo á lo que decía Alberto hace poco, que el corazón de un nombre, se puede conquistar por sorpresa; y creo que en el presente caso, bien vale la pena de hacer la experiencia.

—¿Cuánto tiempo se quedarán aquí las visitas? preguntó Matilde.

—Creo que dos meses; lo cual me parece suficiente, siempre que aprovechemos el tiempo . . . pero ¿qué ha pasado?

Verónica había sido interrumpida por Margarita, que perdiendo el conocimiento, había caído de la silla al suelo.

—Toca la campana, dijo la mayor de las jóvenes; me parece que Margarita se ha desmayado. No sé á la verdad cuál es la causa, de que casi todas las ayas tengan esa desagradable costumbre. Por lo demás soy de opinión, que si esto se repite con frecuencia, no ha de ser ella de lo más útil á mamá.

Como entretanto entrara la sirvienta, le dijo á esta la misma joven:

—Margarita se ha desmayado; procura ayudarle.

Las dos jóvenes salieron del cuarto, con un aire de superioridad, como si las desgracias humanas no llegaran á su altura; el auxiliar á la joven, les hubiera parecido contrario á su dignidad. Pero María King y otra sirvienta, levantaron á la desgraciada Azucena y la llevaron á su cuarto, en donde la atendieron con todo esmero, pues los criados de la casa en general, la

querían y respetaban, observando algunas veces, que tenía más de " gran señora," que las jóvenes Dartel.

Cuando Azucena volvió en sí, y se acordó de lo que acababa de oir, se apoderó de ella nuevamente la desesperación. No había ya lugar á duda, que era Adriano realmente el que había de venir y no el anciano Lord Chandon; pero no era eso lo que más le dolía. Que aquellas jovenes, por las cuales ella misma sentía tan poco aprecio, se expresaran de una manera tan despreciativa, de la que había sido la prometida de Adriano, era una cosa que apenas podía soportar; y además de eso, se decía una vez más, que era imposible una reconciliación con los suyos; teniendo ella en consecuencia, que seguir escondiéndose, hasta que la muerte pusiera fin á sus penas. ¡Si la Señora Dartel la despreciaba, con cuánto más motivo no la despreciaría Adriano!

La Señora Dartel tuvo la amabilidad poco común en ella, de mandar avisar á la Señorita Nolte, que si no se sentía bien, podía quedarse en cama, y la joven no dejó de hacer uso de este permiso. Aprovechó esta última en efecto la oportunidad que se le presentaba, de entregarse á solas, á sus meditaciones; formando nuevos proyectos de fuga. El Doctor Charles le había dicho, que acudiera á él, siempre que necesitara un amigo; pero si ella lo mandaba llamar, ó si le declaraba á la Señora Dartel, que deseaba regresar á casa de su protector, era fácil y aún probable, que antes de salir del castillo, se revocara la orden que tenía, de mantenerse aparte, y sería casi inevitable que la viera Adriano. Por otra parte volvía á decirse, que si apelaba á una fuga clandestina, Adriano la seguiría instintiva-

mente y la encontraría en la casa del Doctor, que era la única á donde podría ir. La fuga era pues imposible y no había más recurso que seguir escondiéndose durante dos largos meses, hasta que las visitas se marcharan.

Había entrado ya la noche, cuando ella oyó un gran ruido de carruajes, caballos, voces de los señores y de los criados, así como un continuo abrir y cerrar de puertas: eran sin duda las visitas que llegaban. Media hora después entraba María King trayendo un plato de sopa.

—Ya llegaron todos y se fueron á cenar, dijo á la joven; el cocinero manda esto, que espero hará á Vd. provecho.

CAPÍTULO XXXI

Al día siguiente, cuando despertó Azucena, le parecía que había pasado un año desde el momento en que la Señora Dartel le había anunciado la próxima llegada de los huéspedes: tantas y tan grandes habían sido las emociones que sufriera en esas escasas veinticuatro horas. La Señora Dartel mandó pedir informes respecto á la salud de Margarita; dió órdenes á los criados para que cuidasen de que no le faltara nada; y creyendo que ya había cumplido con su obligación, no volvió á ocuparse ya del asunto.

Á pesar de lo débil que se sentía, Azucena se levantó, para dedicarse á su trabajo diario; pero este se le hacía más penoso que de costumbre, habiéndose apoderado de ella un vehemente deseo de ver á Adriano, aunque fuese de lejos y naturalmente sin que él la viera á ella. Era una especie de locura, que ella no podía dominar; tenía que ver aquella noble cara una vez más—¡la última!—aunque su vista la confundiera ó la anonadara, aunque supiera que le costara la vida. No deseaba más que una sola mirada que le recordase su antigua felicidad; y después no tenía inconveniente en que sobreviniera la obscuridad, el olvido ó la muerte.

Conforme á este propósito, estaba espiando una oportunidad favorable, cuando al atravesar el corredor, y habiéndose abierto la puerta del cuarto del billar, oyó las voces de los que allí estaban: distinguió entre ellas la de Adriano, clara, sonora, como siempre; aquella misma voz en que le había declarado su amor, con acentos tan apasionados. Nada hubiera deseado Azucena tanto, como seguir escuchando, pero la puerta volvió á cerrarse y tras ella se extinguió el ruido de las voces.

Este incidente, en vez de calmar su pasión, la encendió aún más, empezando desde ese momento á sentir una fiebre que parecía consumirla y que no la dejaba tranquilidad ni de día ni de noche. Pero ella se figuraba, que el ver una vez á Adriano sería el mejor remedio para aliviar sus penas; sin reflexionar que esto equivalía á pretender extinguir el fuego con petróleo. En esta disposición de ánimo se encontraba, cuando Verónica la mando llamar á su cuarto.

—Quisiera que me hicierais un favor, dijo ésta. La sirvienta que tengo, entiende de trajes, pero no sabe nada en cuanto á flores. Aquí tengo algunas de estas, y como recuerdo que vos tenéis buen gusto, os agradecería me las colocarais en la cabeza.

Estas palabras no dejaron de admirar á Azucena, á causa de la afabilidad con que fueron pronunciadas.

—Con mucho gusto os ayudaré, contestó ella.

—Me importa ahora mucho quedar bien, dijo Verónica con una sonrisa de satisfacción, que Azucena sintió poco menos que como una puñalada. Uno de nuestros invitados, Lord Chandon, tiene verdadera manía por las flores. ¿ Creeis que con estas azucenas y

estos helechos, podréis formar un ramillete bonito y gracioso?

—Voy á procurar hacerlo; pero permitidme la pregunta ¿por qué habéis escogido solamente azucenas blancas?

Á pesar del esfuerzo que hizo, apenas logró la joven ocultar su emoción al dirigir esta pregunta á la orgullosa Verónica. Pero ésta, que aquel día ostentaba excelente humor, contestó sonriendo de nuevo:

—La causa no puede ser más sencilla. Ayer le pregunté á Lord Chandon cuáles eran sus flores favoritas y me contestó que las azucenas blancas . . . pero Señorita Nolte ¿qué hacéis?

—Dispensad señorita, todavía me siento un poco débil desde el otro día; contestó Azucena, la cual había dejado caer las flores, al oir las palabras de Verónica.

Luego que Azucena hubo concluído, la señorita de la casa le dió los gracias agregando:

—Creo que así como estoy ahora, agradaré á su señoría.

Y en seguida salió del cuarto.

La revelación que sin darse cuenta hizo Verónica, había producido en Azucena una impresión que ella misma no sabía definir. ¿Era gusto ó tristeza lo que ella sentía? ¿Sería posible que Adriano pensara en ella sin condenarla? Ella recordaba perfectamente, que el día más feliz de su vida, el penúltimo que pasó en Bergen, Adriano le había dicho acariciándola: "Tienes realmente el nombre más propio: eres una azucena blanca." ¡Qué ironía de la suerte! Ahora había estado ella adornando de azucenas blancas, á

aquella misma, que se empeñaba en ganar el corazón de Adriano. Esta idea le oprimía el corazón, y sintiendo como si se sofocara, se dirigió á la ventana, para abrirla y dejar entrar el aire.

Cuando menos lo esperaba, se cumplió entonces el más ardiente de sus deseos. Por una hermosa calzada de castaños, se acercaba la varonil figura de Adriano; su semblante parecía más grave, su cabeza estaba ligeramente agachada; pero aquellos eran los mismos bondadosos ojos; la misma boca; la misma expresión noble y resuelta, que tanto lo caracterizaba. Azucena estaba como estática, observando cada uno de sus movimientos; envidiando al sol que lo alumbraba, á la brisa que besaba su frente, á los árboles, junto á los cuales pasaba. Lentamente fué llegando Adriano hasta la encrucijada inmediata, en donde se detuvo unos momentos, volviendo la vista hacia atrás; en seguida se pasó la mano por la frente, como para ahuyentar una idea desagradable; y tomando otra vereda, desapareció por entre la arboleda.

—¡Mi amor! ¡Mi amor perdido! exclamó Azucena, cayendo de rodillas y cubriéndose la cara. ¡Pudiera morir mirándote!

CAPÍTULO XXXII

Azucena había visto á Adriano, pero ¿había alcanzado algún alivio con esto? Tres días habían pasado desde entonces y otros tantos habían sido de agitación para ella; la lucha interior que tenía que sostener, era terrible; durante las noches dormía poco y mal; y en fin empezaba á temer de nuevo, que le faltaran las fuerzas.

—Hubiera sido mejor que no lo hubiera vuelto á ver jamás, se dijo. Aquellos cortos momentos de inmenso placer, los estoy pagando caro: me han hecho de nuevo, la más desgraciada de las criaturas.

En seguida recordaba todos los sucesos, que la habían conducido á la triste situación en que se encontraba.

—Yo tengo la culpa de todo, se decía; á nadie puedo hacer responsable de lo que ha sucedido, más que á mí misma. ¿De dónde me vendría la fatal inspiración que me había de perder? Si en vez de ceder á las instancias de Claudio, hubiera oído la voz de mi conciencia, todos estos infortunios se hubieran evitado, y hoy sería la esposa de Adriano. Pero no puedo quejarme y no me queda más que soportar mi desgracia con resignación.

Como una visión enviada á propósito para atormentarla, se presentó entonces á su imaginación, lo que hubiera sido su vida, á no ser por la inconcebible locura que cometió al seguir á Claudio. Ya sería en ese momento la esposa de Adriano; estaría viviendo en aquel hermoso castillo, que él le había descrito algunas veces; é irían de vez en cuando al Retiro de la Reina, á alegrar la vejez de sus abuelos. Todo esto era ya imposible, gracias á su imperdonoble ligereza, y ella tendría que seguir llevando aquella vida de trabajo y de contrariedades, sin la más mínima esperanza de alivio.

Algunos días después de la llegada de los huéspedes, la Señora Dartel se dirigió á Azucena diciéndole:

—Ha sucedido lo que yo temía, Señorita Nolte; nos es ya imposible prescindir del cuarto que ocupáis, y os tendré que dar otro. Pero no será por mucho tiempo, pues pronto se marcharemos todos para Londres.

Como la joven no hiciera objeción alguna, dejando á la Señora Dartel de lo más contenta, se le designó otro cuarto, cuya ventana caía á un pequeño jardín, en el cual solían fumar los señores después de la comida. Estando ya instalada en su nueva habitación, vió Azucena entrar un día á Verónica, que saludó afablemente.

—Hoy nos quedamos solas, le dijo, pues los señores se fueron al parque de Brocton, y mamá dice que sería bueno se diera el día libre á la niña.

Y después de dar un beso á Clara, continuó diciendo:

—También desearía, me hicierais un favor. He

visto que dibujáis muy bien y quisiera que me ayudarais. ¿No conocéis un hermoso árbol del parque que llaman el "Encino del Rey"? Tiene un grueso tronco cubierto de hiedra y un ramaje verdaderamente extraordinario.

—Lo conozco muy bien, dijo Azucena.

—Lord Chandon me suplicó que se lo dibujara; pues según parece, le gustan tanto los árboles como las flores. Es cierto que yo sé dibujar, pero si me ayudáis, creo que lo haré mejor.

—Si así lo deseáis, os ayudaré con gusto, dijo Azucena, no sin tener que ocultar una sonrisa de desprecio.

Se decía en efecto á sí misma, que si él le hubiera pedido un dibujo, no hubiera permitido que otra mano lo tocase.

—Como los señores han de estar fuera todo el día, prosiguió Verónica, tendremos tiempo suficiente para dedicarnos al dibujo. Si queréis poneros el sombrero, yo también me arreglaré para salir en unos minutos.

Habiéndose presentado entretanto también Matilde, salieron juntas las tres jóvenes, encaminándose hacia el lugar del bosque, en donde se encontraba el "Encino del Rey"; seguidas de un criado, que cargaba el caballete y demás utensilios para el dibujo.

—¿Quisierais hacer el bosquejo? dijo Verónica; en seguida haré yo los detalles.

Azucena se sentó frente al árbol y comenzó á hacer el dibujo, mientras que las jóvenes de la casa, conversaban dando vueltas y mirando de vez en cuando el progreso del dibujo. La conversación recayó otra vez en Lord Chandon, no pudiendo oir Azucena al princi-

pio mucho de ella; pero cansadas de andar las dos hermanas, se sentaron por fin en un tronco de árbol que estaba ahí cerca.

—No tienes idea de lo que ha cambiado desde que está aquí, decía Verónica. Al principio se portaba con mucha reserva, pero ahora me habla ya con toda familiaridad y franqueza.

—Pero en cuanto á lo que más te interesa, creo que no te ha dicho palabra, observó Matilde riendo maliciosamente.

—Ya hablará con el tiempo, dijo Verónica. Lo único que se necesita, es que acabe de olvidar á aquella malhadada muchacha.

—¿Cuál muchacha?

—Aquella que dió un escándalo de que nos habló mamá. Es cierto que Alberto dice, que fué, no solo una de las más nobles jóvenes de que ha oido ó leído, sino una verdadera heroína, y que Lord Chandon no puede hablar de ella, sin que le vengan las lágrimas á los ojos. Según dicen, ella se presentó á declarar en un tribunal, salvando así la vida á un joven; pero en cambio ella tuvo que huir de su casa, perdiéndolo todo, y desde entonces no se ha vuelto á saber nada de ella.

—Me parece que cometió una gran bobería, dijo Matilde.

—¿Qué hubieras hecho tú en su lugar? preguntó Verónica.

—La ley de la propia conservación es suprema, querida hermana. Antes que arruinar mi porvenir, hubiera dejado al joven, que se libertara como pudiera de las garras de la justicia. Yo no hubiera renunciado á ser Lady Chandon, en ninguna circunstancia.

—Pues esa joven renunció y Lord Chandon ha dicho, que á nadie más que á ella considera capaz de un acto de abnegación y generosidad igual. Por lo demás, los otros señores opinan lo mismo; y el Capitán Elton dice que daría su mano derecha por conocerla. ¡Qué disparate!

—En tal caso, Lord Chandon todavía piensa en ella, dijo Matilde.

—Supongo que no tanto como en una novia posible. Habla con gran admiración de ella y la recuerda incesantemente; pero no creo que pretenda casarse con una joven que comprometió su reputación. Además de eso, no la puede encontrar, y la opinión general es que ya murió. Yo procuraré que la olvide y cuando yo esté ya instalada en el Castillo de Chandon, te invitaré á que vengas á pasar una temporada conmigo, á buscar un marido que te convenga.

—Muchas gracias, contestó Matilde; puede ser que yo lo encuentre antes. Después de haber estado tan enamorado Lord Chandon, no es probable que tenga mucho interés por tí.

—Ya veremos, dijo Verónica. El tiempo suele hacer milagros.

Habiéndose levantado Verónica en seguida, para ver el dibujo que ejecutaba Azucena, le dijo á ésta:

—Realmente está muy bien hecho, pero no habéis adelantado gran cosa, y creo que vuestras manos están temblando. Además de eso, estáis muy pálida. ¿Será que vais á desmayaros de nuevo?

—Me siento perfectamente bien, contestó Azucena, haciendo un esfuerzo por dominar su emoción.

Se puso en seguida á trabajar con empeño, y en

corto tiempo había concluído el bosquejo. Cuando Verónica lo hubo visto, tomó á su vez el lápiz, diciendo:

—Yo también contribuiré con algo.

Lo único que hizo fué acabar de sombrear el dibujo, poniendo sus iniciales "V. D." en una de las esquinas.

Al apropiarse así el trabajo ageno, no dejó de reir, como si fuera esto tan solo un artificio ingenioso, y dirigiéndose á Azucena le dijo:

—Si Lord Chandon alaba el dibujo, os repetiré lo que diga. Creo que no podrá menos de alabarlo, pues realmente está muy bien hecho. Sois una verdadera artista Margarita.

—Me alegro que sea de vuestro agrado, dijo Azucena.

Empezó ésta en seguida á reflexionar, respecto á lo que había oído. Las dos jóvenes de la casa, no tenían motivo alguno para referir falsedades en el caso presente, y conforme á lo que habían dicho, Adriano no solo no la aborrecía, sino que ni aún la despreciaba; había hablado de ella con admiración y lágrimas en los ojos, llamándola noble y generosa.

—¡Dios mío! exclamó ella; me has enviado un gran consuelo: Adriano no me desprecía.

Le pareció en efecto, como si la mitad de sus penas se hubieran desvanecido; diciéndose que la vida había de ser en lo sucesivo más tolerable, ahora que ya sabía que Adriano no la despreciaba. Naturalmente no se figuraba, que pudiera ser posible, que se renovaran las antiguas relaciones, pues como Verónica había dicho muy bien, Lord Chandon no contraería matrimonio

con una joven que hubiera manchado su reputación; pero el dolor más agudo había desaparecido; le causaba verdadero alivio decirse, que no era objeto de desprecio, para el que ella tanto amaba, y que éste hablara de ella con admiración y cariño. Por lo demás estaba resuelta á seguir ocultándose, á fin de que se confirmara más y más la suposición de que había muerto; imaginándose que si se descubría su existencia, podría perjudicar á Adriano comprometiendo su porvenir.

—He muerto para él, se decía sollozando, y por nada en este mundo me daría á conocer. Con el tiempo me olvidará y será feliz con otra que no tenga nada que reprocharse. El presentarme á él, sería indigno y no me haría feliz; pues considerándome muerta, me amará y no se acordará de mi falta, mientras que viva amargaré su vida entera. Por lo demás, me ha favorecido la suerte, tanto como lo permitían las circunstancias: lo he vuelto á ver y sé que me ha perdonado. Si la vida no puede presentarme ya mucho atractivo al menos será soportable.

Pasó Azucena el resto del día en una tranquilidad espiritual, que no había conocido por mucho tiempo y que no dejó de hacerle provecho, después de los días de agitación en que había vivido. Tan notable fué el efecto de esa tranquilidad, que á la mañana siguiente, le dijo su discípula:

—Qué bonita estás hoy Margarita; parece que has estado hablando con los ángeles.

—Así estuve en efecto, dijo Azucena, con los ángeles de la paz y del consuelo.

Pero la niña no se sentía muy bien aquel día, y después de estudiar un rato, le dijo á Azucena:

—Hoy no puedo aprender nada; es mejor que vayamos á la orilla del mar.

Azucena hizo lo que deseaba la niña, y como se encontraran ya frente á las embravecidas olas, le dijo á ésta:

—El mar está hoy muy agitado y el viento demasiado fuerte. Voy á taparte con mi chal antes de que nos sentemos.

Se sentaron en efecto, después de tomar esta precaución, á contemplar las olas que arrancaban á la niña gritos de alegría, cada vez que venían á estrellarse con gran estruendo contra la costa; mientras que Azucena acababa de reponerse con aquel aire tan puro y tan fresco. Estaban tan distraidas ambas, que no vieron llegar á un caballero, hasta que éste se encontraba ya á unos pasos de distancia. Clara, que lo vió primero, saltó al instante, corriendo hacia él.

—Es mi hermano, dijo, mi hermano Alberto.

El caballero tomó á la niña en los brazos, y dándole un beso, dijo:

—¿Qué estás haciendo aquí, Clarita? Cuando te ví, creía que serías una sirena salida del mar.

—Venimos á ver las olas, Margarita y yo, contestó la niña.

Alberto Dartel fijó entonces su mirada en Azucena, disimulando apenas la honda impresión que le hacía su atractiva figura. Se quitó el sombrero y volviéndose hacia su pequeña hermana, le dijo:

—Es preciso que me presentes.

—Yo no sé como se presenta á la gente, contestó la niña riendo; pero esta es la Señorita Nolte, y este es mi hermano Alberto.

—Lo has hecho muy bien, dijo el hermano riendo á su vez; y ahora si quieres, me sentaré yo también aquí.

—Tienes que preguntar á Margarita, dijo la niña.

—Margarita, dijo entonces el joven ¿me permitiréis que yo también me siente aquí?

—Tendréis que preguntar á la Señora Dartel. Conforme á las instrucciones que tengo, hemos de hacer estos paseos nosotras dos solas.

La contestación era clara, pero Alberto Dartel no era de los que desisten fácilmente de un empeño; y aún cuando no se atrevió á sentarse, no por eso regresó por donde había venido, sino que procuró entablar conversación con la joven aya, cuya melancólica hermosura, lo iba cautivando más y más.

—¿Cuál es la causa de que no haya tenido el gusto de veros antes, Margarita?

—No conozco la causa exacta, contestó ella sonrojándose. Probablemente será, porque la parte de la casa que vos habitáis, está separada de aquella en que yo me encuentro por lo general.

—Yo sabía que Clara tenía una preceptora, prosiguió Alberto, pero no sabía que . . . no sabía nada más. Tenéis la costumbre de venir á este lugar todas las mañanas.

—Sí, dijo la niña, mezclándose en la conversación; venimos todos los días, porque nos gustan mucho las olas.

—Yo quisiera ser ola, dijo Alberto con una risa tan franca y bondadosa, que quitaba todo resabio desagradable, á lo que había de alusivo en sus palabras.

La niña preguntó con cierto aire de inocente sorpresa:

—¿Por qué Alberto?

—Porque os gustaría á vosotras.

—Á mí me gustas sin ser ola, dijo la niña abrazándolo.

—Eso es, porque tu eres una niña muy buena, repuso el hermano, acariciándola con tanto afecto, que la desconfianza de Azucena empezó á desaparecer.

Era Alberto Dartel un joven alto y bien formado; de facciones no precisamente hermosas, pero que denotaban resolución y franqueza; sus ojos y su boca tenían una expresión de bondad, que daban mucho atractivo á su rostro, y en fin eran suporte y modales, despejados al mismo tiempo que corteses. Azucena sintió desde luego simpatía hacia el joven, no sólo por las buenas cualidades que en él creía descubrir, sino por la circunstancia de ser amigo de Adriano, con el cual sabía que había hablado de ella, en términos tan laudatorios, que no creía merecerlos; y si á pesar de eso, no deseaba que se repitieran esas entrevistas, era porque no se lo permitía, ni su buen juicio, ni su delicadeza.

CAPÍTULO XXXII

Había sido demasiado honda la impresión que causara Azucena á Sir Alberto Dartel, para que éste la olvidara tan fácilmente: pero por más que se paseaba por la orilla del mar, no lograba volver á encontrar á la joven. Sabía ella en efecto, que la Señora Dartel no quería que se presentase á los huéspedes, ni mucho menos á su hijo, y así procuraba evitar todo encuentro que le pudiesen reprochar: tanto más cuanto que temía las consecuencias, que á ella misma le pudieran resultar. Comprendía Azucena perfectamente, que si seguían las entrevistas con Sir Alberto, éste podía muy bien hablar de ella á Adriano, y ocurrírsele á éste acudir también, ó manifestar el deseo de conocerla; y en la situación en que ella se encontraba, no hubiera querido que la viera Adriano, ni por todos los tesoros del mundo.

Alberto Dartel por su parte, no estaba dispuesto á prescindir de volver á ver á aquella joven, que tanto había llamado su atención; y convenciéndose poco á poco, de que no podría sorprenderla de nuevo en sus paseos, empezó á formar otros proyectos para conseguir su objeto. Había observado que Clara quería mucho á su aya y que ambas pasaban casi todo el día

juntas, de lo cual dedujo, que á donde fuera Clara, iría también su aya. Resolvió en consecuencia, proponer que hicieran todos un paseo al parque de Brocton, agregando que sería bueno llevar á Clarita, para que viera unos cisnes muy bonitos que había allí. Esta idea lo tenía realmente preocupado, y un día que andaba paseando con Lord Chandon, éste le dijo repentinamente:

—¿Qué os pasa Alberto? Nunca os he visto tan pensativo como hoy.

Alberto contestó riendo:

—Puede ser que la causa que hoy tengo lo justifique. He visto una cara tan extraordinariamente bella y atractiva, que no la puedo olvidar.

Una de las particularidades de Lord Chandon, era que nunca se burlaba de los asuntos que se refieren al amor. Por esta razón conservó su seriedad, diciendo sin embargo en tono bondadoso:

—Ese es un mal que no tiene remedio. Y también sé lo que significa.

—El caso es, prosiguió Alberto, que mi hermanita Clara tiene una joven preceptora de una rara hermosura. Según parece, mi madre tiene á esta muy bien cuidada, para que no se presente; pero yo estoy resuelto á volverla á ver.

—¿Á qué os conduciría eso? preguntó Lord Chandon. Lo que hoy no es más que un capricho, mañana podría ser una inclinación más seria. ¿Con qué objeto os queréis enamorar, sino os podéis casar?

—En cuanto á la posibilidad de enamorarme, puede ser que tengais razón, dijo Alberto; pero no sé por qué causa no me había de poder casar. Ella es

hermosa, bien educada y tiene todos los modales de una gran señora.

—Sin embargo, es posible que no fuera la clase de esposa que necesitáis, observó Lord Chandon; y creo que haréis mejor en dejar en paz á la preceptora. Las vías rectas son siempre las más convenientes.

—Vos sois siempre el mismo, repuso Alberto: siempre rectitud y nobleza. ¡Cuánto desearía veros más feliz!

—Os agradezco los buenos deseos, pero temo que nunca se verifiquen. Yo viviré mientras lo quiera el destino y sabré cumplir con mis obligaciones como hombre y caballero, pero mi felicidad se desvaneció, cuando perdí á la que amaba.

—Fué en efecto una verdadera desgracia, observó Alberto.

—No es que me guste recordarla, prosiguió Lord Chandon, pero quisiera que os sirviera de ejemplo, y que no dejaseis de reflexionar, que si abrís vuestro corazón á una mujer, ya no os será tan fácil volver á olvidarla.

Pocos días después de esta conversación, Alberto había olvidado ya los consejos de Lord Chandon, y dirigiéndose á su madre, preguntaba:

—¿Cuál es la causa de que Clara no venga nunca á vernos al salón?

La Señora Dartel no solo tenía un gran afecto á su hijo, sino que se enorgullecía de él, no habiendo cosa que le pudiera negar. Le contestó en consecuencia con la mayor afabilidad:

—Podrá venir cada vez que gustes, querido Alberto.

—Y la preceptora ¿qué cosa ha hecho, para que nunca la inviten á venir al salón?

Al oir esto, se alarmó la Señora Dartel, diciéndose que sin duda Alberto la había visto y le había gustado.

—Una de las disposiciones en que hemos convenido, le dijo, es que la preceptora no se presentase cuando hubiera visitas.

—¿Por qué no? preguntó el joven.

—No sería tal vez prudente hijo mío; y sin duda desagradaría á tus hermanas, perjudicándolas en cuanto á sus proyectos.

—Ya comprendo, dijo Alberto riendo. Como es bonita, se le quiere castigar excluyéndola de la sociedad.

—No hables tan alto, porque te van á oir tus hermanas. Dime también ¿cómo sabes que ella es bonita?

—La ví la otra mañana en la playa, y hablando francamente, debo deciros, que rara vez he visto una cara tan hermosa. Además de eso, es tan hermosa como delicada.

—¿Cómo sabes que es delicada? preguntó la Señora Dartel, alarmándose cada vez más.

—Porque me dijo que vos deseabais que se mantuviera aparte y desde la primera entrevista, no he logrado volverla á ver.

—Es una joven muy prudente, dijo la Señora Dartel, y yo desearía que tú siguieras su ejemplo. Ya sé lo débiles que son los hombres tratándose de mujeres hermosas y temo realmente que vayas tal vez á encapricharte. Por lo demás tus hermanas no la quieren,

y si llegan á descubrir que te interesas por ella, la tendré que despachar inmediatamente.

—Por lo visto, observó Alberto, mis hermanas son tan celosas como todas las mujeres.

—Hablando de otra cosa, dijo la Señora Dartel: dime si Verónica ó Matilde tienen expectativa de éxito en cuanto á Lord Chandon.

—No tienen ni la más mínima contestó Alberto. Cuando yo lo convidé á que viniera, creí que tal vez fuera posible consolarlo; pero ya me convencí de que no hay manera alguna de obtener ese resultado.

—¿Cuál es la causa? preguntó la Señora Dartel.

—Su amor hacia aquella valiente joven, Azucena Vogán. Dice que no le será posible amar á otra.

—Yo creía que á ella se le consideraba muerta.

—Así es en efecto; y no se puede negar, que después de tanto buscar, se la hubiera encontrado, si realmente viviera.

—¿Pero tú crees, que si la encontrara, se casaría con ella?

—No hay en cuanto á eso ni la más mínima duda. Si viviera y él la encontrara, se casaría con ella mañana mismo, siempre que de él dependiese.

—¿Á pesar del terrible escándalo que dió? exclamó la Señora Dartel.

—No hubo nada de terrible, contestó Alberto con calma. Lo único de que se le puede culpar, es de haber estado en vía de fugarse con un joven de las mejores familias de Inglaterra. Si en lugar de arrepentirse, hubiera ejecutado la fuga, hoy haría un gran papel en la mejor sociedad. Después de eso, la gene-

rosidad con que se sacrificó en aras de su deber, la ha elevado enormemente en la opinión pública.

—Pues bien, dijo la Señora Dartel con un suspiro, si realmente opinas, que ninguna de las muchachas tiene probabilidades de conquistarlo, no desearía yo que prolongara mucho su permanencia aquí.

Alberto contestó á esta indicación con una risa, que no fué muy del agrado de la Señora Dartel, agregando en seguida:

—¿Qué se ha de hacer? No es culpa mía. ¿Os servirá de consuelo, que os diga, que Don Ricardo aseguró ayer, que nunca había visto una mano más bien formada que la de Matilde?

—¿De veras? dijo la Señora Dartel; yo creo que Matilde tiene también inclinación hacia él.

—Nada deseo tanto, como que te dieran el gusto de arreglarse, dijo Alberto. Por lo demás, veo que allá viene el Capitán Elton á recordarme que hemos de jugar una partida de billar. ! Buenas noches, mamá!

Si la Señora Dartel se figuraba que su hijo había olvidado á la Señorita Nolte, estaba muy equivocada, pues tan luego como se presentó una oportunidad, le dijo éste:

—Hace ya días que os quería proponer, hiciéramos todos un paseo al parque de Brocton y que lleváramos á Clarita, para que viera el lago y los cisnes que hay allí. Supongo que tendréis también la condescendencia de llevar á la preceptora; pues me parece una crueldad, que la tengan siempre encerrada, como si fuera un delincuente. Os prometo, que no le hablaré, ni la miraré más de lo necesario.

Se hizo como deseaba Don Alberto, pero á la ma-

ñana siguiente, cuando ya se habían concluído los preparativos para el paseo, no podía encontrar el joven, por más que buscaba, á la que era en aquel momento, el objeto de su mayor interés. Fué entonces á hablar á su madre, á la portezuela del coche:

—¿ Dónde está Margarita ?

—Querido Alberto, contestó la Señora Dartel en voz baja; por fortuna la preceptora es persona muy delicada. Cuando le hablé del paseo y le dije que tú deseabas que nos acompañara, se negó decididamente, agregando que preferiría abandonar la casa por completo. No pude menos de aprobar su resolución.

Así se emprendió el paseo al parque de Brocton, sin que Alberto hubiera logrado el objeto que se proponía; pero en cambio iba Verónica de lo más satisfecha, en vista de que Lord Chandon había preferido tomar asiento con las señoras en el coche, en vez de ir á caballo con los señores.

CAPÍTULO XXXIV

—Es este por fin un día, en que me quedo enteramente sola, se dijo Azucena, al oir el ruido del coche y de los caballos que se alejaban. Hacía ya mucho tiempo, que no me podía entregar con toda tranquilidad á mis reflexiones.

Al bullicio de las fiestas, había seguido el más profundo silencio en el castillo; un silencio que contrastaba extrañamente con la alegría y el movimiento que allí se observara poco antes. Al principio sintió Azucena la tentación de recorrer aquellas habitaciones despobladas, para buscar las señales que de su paso, pudiera haber dejado Adriano: algún objeto de su uso, un libro, ó cualquier otra cosa. Pero después de pensarlo bien, convino en que sería mejor prescindir de ello.

—No tendría objeto abrir de nuevo mis heridas mal cerradas, se dijo. Será más prudente salirme de la casa, para que no me vuelva la tentación. Iré con un libro á la playa, en donde hoy nadie me interrumpirá.

Era un hermoso día de Abril, claro y templado; la brisa soplaba suavemente, y el cielo, lo mismo que la mar, ostentaban un color azul, bastante raro en

aquellas latitudes. Azucena escogió el libro que más le agradó, de los que había en la pequeña biblioteca, y saliendo en seguida, tomó por una de las veredas del parque, hasta llegar á la playa, en donde reinaba casi la misma tranquilidad que en el castillo, habiéndose convertido el estrépito que por lo general producían las olas, en un suave susurro que invitaba al sueño.

Después de vagar un rato por la orilla del mar, se sentó en un lugar tan escondido, que podía figurarse estar sola en el mundo. ¡Qué delicia la de entregarse á sus meditaciones, frente á la inmensidad del océano y bajo aquel cielo tan azul, como pocas veces lo había visto! La trenza que la buena Señora Charles le había hecho ponerse, le empezó á molestar y no creyó hubiera inconveniente en quitársela; pareciéndole que renacía algo de su antigua felicidad, cuando sintió el aire que jugaba con su dorado cabello.

—Fué una fortuna, se decía, que la Señora Dartel no insistiera mucho, en que yo acompañara á los huéspedes al paseo, conforme á los deseos de Don Alberto; así como debo también dar gracias á Dios de que pronto se marchen todos á Londres. No habrá ya entonces para mí, tantos sustos y sobresaltos.

Pero al mismo tiempo que deseaba se fueran los huéspedes para no verse obligada á ocultarse continuamente, se había acostumbrado por otra parte á vivir cerca de Adriano; y no dudaba que sería para ella un nuevo día de pesar, cuando supiera que él había de partir del castillo. Con tal motivo no pudo menos de lamentar una vez más su suerte.

—Todas han de ser penas para mí, decía entre sí,

ya sea que él venga ó que se vaya; que lo vea, ó que deje de verlo.

Abismada así en sus pensamientos, la espantó repentinamente una sombra; y volviendo la cara, se encontró frente á un hombre, que con una cara de lo más asombrada, le decía:

—¡Señorita Vogán! ¿Es posible?

Con un grito medio reprimido, se levantó Azucena, contemplando atentamente al que de una manera tan inesperada, venía á turbar su tranquilidad. Inmediatamente lo reconoció: era Gustavo, el criado favorito de Lord Chandon. Azucena palideció terriblemente y todo el cuerpo le temblaba, mientras que el criado no acababa de darse cuenta, si realmente no soñaba, diciendo de nuevo.

—¡Señorita Vogán! ¿Es Vd. en efecto?

—Soy en efecto Azucena Vogán, dijo ella, dejando caer la cabeza.

—Señorita Vogán, dijo Gustavo en seguida, quitándose el sombrero; todos la creíamos á Vd. muerta.

—Así quiero que se me considere; y no me debes descubrir, Gustavo. Te suplico que no digas que me has visto.

El sirviente estaba de lo más confuso y agitado.

—No puedo cumplir vuestro deseo, dijo al fin; mi amo se indignaría con justicia, si lo llegase á saber.

—Ten piedad de mí, Gustavo, dijo Azucena en tono suplicante.

—Si supierais lo que mi amo ha sufrido, contestó el criado, no me pediríais que le ocultase tal cosa. Os aseguro que apenas ha sonreído desde que os perdió;

que ya no sabe lo que es tranquilidad, que todas sus esperanzas de felicidad han desaparecido y que ha gastado una fortuna por buscaros. ¿Cómo queréis que calle en estas circunstancias?

—Es que no sabes lo que ha pasado.

—No pretendo saberlo, repuso el criado: pero lo que sí sé, es que mi amo daría todo lo que tiene, que gastaría hasta el último centavo por encontraros; y no sería yo un criado fiel, si lo dejara sufrir, sabiendo que con una palabra lo podría hacer feliz.

—Estás muy equivocado, si crees que podrías hacer con eso la felicidad de tu amo; siendo por lo contrario mejor que no sepa que aún vivo. Considerándome muerta, se reanimará con el tiempo y se casará con otra, que le convenga más. No dudes que el callar será lo mejor. De otra suerte no harás más que aumentar sus pesares.

—La que se equivoca creo que es vuestra merced, dijo el criado sacudiendo la cabeza. Si hubierais visto á mi amo después que os perdió, diríais que yo tengo razón.

Viendo que no podía convencer al criado, se apoderó de Azucena la desesperación, y procurando intimidarlo, dijo:

—Te he suplicado inútilmente que no me descubras: pero ahora te digo, que si me desoyes, no te perdonaré jamás, y que vas á causar más males de los que ya hemos sufrido, tanto tu amo como yo. Yo he muerto para Lord Chandon y para todo el mundo; pudiendo asegurarte, que si te empeñas en llamarme de nuevo á la vida, desapareceré inmediatamente de aquí, y nadie me volverá á encontrar. No sería gene-

roso de tu parte, el forzarme á que apele á recursos extremos.

—Palabra de honor señorita, que no sé lo que hacer, contestó el criado en la mayor confusión.

—Te doy tiempo para reflexionar, dijo ella ; pero una cosa tienes que prometerme desde luego. No le comunicarás nada á tu amo, antes de avisarme á mí.

—Os lo prometo, señorita, dijo Gustavo.

—Yo te lo agradezco. Tal vez no tenga oportunidad de volverte á ver; pero puedes escribirme lo que hayas resuelto. Sabes que aquí me llamo Margarita Nolte.

—Lo haré como desea Vd., aseguró él.

CAPÍTULO XXXV

Muy agenos estaban Azucena y Gustavo de suponer, que la entrevista que acababan de tener, había sido espiada, nada menos que por la escudriñadora mirada de una mujer celosa.

Catarina Mansfield, una de las criadas de la Señora Dartel se había apasionado de Gustavo; y siendo ella, para los de su clase, bastante bonita y graciosa, no estaba acostumbrada á que se le despreciara. Gustavo á su vez, que era de buena presencia, pero algo flemático, no había observado todavía, que fuera el objeto de predilección de la joven sirvienta; mientras que ésta no buscaba más que una ocasión para dárselo á entender.

En tal estado se encontraban las relaciones entre ambos, cuando la familia Dartel emprendió con los huéspedes el paseo á Brocton, quedando aquel día los criados en libertad de hacer lo que mejor les pareciera. Á Gustavo se le ocurrió, lo mismo que á Azucena, ir á pasear á orillas del mar; y cuando Catarina lo vió marchar en aquella dirección, considerando que la oportunidad no podía ser mejor, corrió á su cuarto para arreglarse un poco, se puso su sombrero, tomó un chal y se echó á andar por donde había visto desaparecer á Gustavo.

Anduvo bastante rato por las veredas del parque y por la playa, mirando en todas direcciones, cuando repentinamente oyó voces, y después de escuchar atentamente, reconoció que eran las de Gustavo y Azucena. Se acercó sin hacer ruido, y aunque no le fuera posible enterarse de lo que decían, pudo sin embargo verlos en conversación muy animada, y á Azucena hablando como en tono suplicante. Esto le bastó para forjar en su imaginación una historia á su modo, dictada como era natural, por la pasión de los celos. Regresó pues á la casa, decidida á tomar venganza de lo que ella consideraba una afrenta.

—Es mucho lo que me chocan las ayas, dijo apenas había ocupado de nuevo su lugar en la cocina. Yo soporto á las verdaderas señoras, pero no á las que tienen pretensiones, sin serlo en realidad.

María King, que había cobrado cariño á Azucena, respondió en seguida:

—Puedes decir lo que quieras, pero la Señorita Nolte es una verdadera señorita. Yo entiendo de eso más que tú.

—¡Una señorita! exclamó Catarina en tono burlón. Las señoritas no tienen conversaciones secretas con los criados, como lo hace vuestra Nolte. Yo misma la he visto en el parque, con el cabello en desorden, en compañía de Gustavo, hablando y gesticulando; lo cual por lo demás, no dejaré de comunicar á la Señora Dartel.

Entretanto regresaba Gustavo también á la casa, de lo más pensativo. Se decía que tal vez hubiera un secreto que él no conocía; que en todo caso era de suponer, que la Señorita Vogán sabía lo que decía, y

que en tal virtud, sería no sólo cuestión de honradez sino de prudencia, el cumplir su promesa de avisarle la resolución que tomara. Además de eso, habían llegado á sus oídos ciertos rumores de relaciones entre su amo y una de las jóvenes de la casa, lo cual era una razón más, para esperar al menos, que este punto se aclarase. Le preocupaba tanto esta cuestión, que apenas hacía caso de lo que pasaba en su derredor; no observó que Catarina contestaba á sus preguntas en tono brusco ó sarcástico, ni entendió las alusiones á la "gente hipócrita" y á los "caminos torcidos." Por fin, después de mucho pensar, se dijo:

—El esperar creo que no perjudicará en ningún caso. Voy á escribir á la Señorita Vogán, que por ahora guardaré el secreto; al menos mientras no le vuelva á hablar. Me suplicó tanto, que debo suponer que tiene algún motivo.

Á Azucena, por su parte, no le parecía sino que la mala suerte la persiguiera, de una manera constante, implacable, cruel. Había considerado el Castillo de Hulmes como un refugio seguro, y tras ella había venido Adriano; había procurado desde la llegada de éste, evitar todo encuentro; había renunciado á sus paseos por la playa, para que Alberto no la volviera á ver; y después de todo esto, no había podido escapar de que la descubriera Gustavo, de quien apenas se había acordado. Ahora era éste, al lado de Adriano, la persona en que más pensaba.

—Por fortuna es honrado y cumplirá su palabra, se decía. Antes de comunicar á su amo que me vió, me avisará, y entonces me iré de Inglaterra; pues aquí no tengo refugio alguno seguro. Tengo que pro-

ceder así, porque el generoso Adriano, que aún me ama, bajaría en la escala social, casándose conmigo, y no quiero que por culpa mía se deshonre ante los de su clase. No quiero que el nombre de su esposa ande en boca de los ociosos amantes del escándalo, ni que se diga que ella fué la que figuró en el proceso de Derby. ¡Oh no! Jamás permitiré que se degrade casándose conmigo.

El resto del día lo pasó haciendo proyectos de viaje; diciéndose que en Inglaterra era para ella muy difícil encontrar asilo seguro. El Doctor Charles, que era su único amigo, debía saber sin duda, á dónde sería más conveniente que se dirigiera y le ayudaría á buscar una colocación en algún país extranjero. Le tendría que escribir ese mismo día, diciéndole que no se sentía feliz en aquella casa, y que quisiera ir al extranjero en busca de la tranquilidad, que en su propio país no podía encontrar, en vista de que todo le recordaba su vida pasada, que deseaba olvidar. Era ya tarde, cuando oyó el ruido del coche y de los caballos, que indicaba que la familia había vuelto á la casa con sus huéspedes.

Verónica regresaba del paseo de muy mal humor. Había pasado el día entero al lado de Lord Chandon, sin haber conseguido que éste le hiciera la más mínima indicación, que ella pudiera explicar de una manera favorable á sus deseos.

—Tal vez no sea yo bastante hermosa para agradarle, se decía. Según refieren, la muchacha aquella que se le escapó, era de una belleza extraordinaria.

La consecuencia inmediata de esta reflexión, fué que á su mal humor, se agregara una aversión instin-

tiva á todas las mujeres bonitas; y estando en esta condición de espíritu, fué precisamente cuando se le ocurrió á Catarina—viéndola ocupada—venir á referir á ella lo que había visto en el parque.

—¿Qué me dices? exclamó en tono de indignación. ¡La Señorita Nolte con un criado! ¿No te habrás equivocado?

—No señorita, contestó la sirvienta. Han estado hablando á solas en el parque cerca de media hora, y aunque no pude oir lo que decían, sí me pude enterar, de que ella estaba muy agitada, con el cabello suelto, y que hablaba en tono y con ademanes de súplica. He creído de mi obligación comunicárselo á vuestra merced.

Á pesar de la exactitud y tono de convicción con que Catarina refería el suceso, Verónica no se resolvía á darle pleno crédito: cuando repentinamente le vino una idea, inspirada en su mayor parte por los celos. Á la Señorita Nolte no la creía capaz de entrar en relaciones con un criado, pero ¿no habría ido éste tal vez á hablarle por encargo de su amo? Era preciso averiguarlo.

—Voy á verla inmediatamente, dijo á Catarina.

Dirigióse inmediatamente al cuarto de la preceptora, pero al pasar por el corredor, fué suficiente lo que vió, para que diera por terminada su averiguación. En aquellos momentos se acercaba Gustavo á Azucena, y con una profunda reverencia le entregaba una carta.

—Esta es una prueba convincente, se dijo Verónica. Veremos si no puedo poner fin á estos indignos manejos.

CAPÍTULO XXXVI

Á LA MAÑANA clara y hermosa, había seguido aquel día, una tarde nublada y amenazadora, y ya al obscurecer se presentaban todos los fenómenos precursores de un temporal deshecho. La lluvia azotaba las ventanas, el estrépito de las olas, acompañado del silbido del viento, producían un ruido ensordecedor, y habiendo bajado considerablemente la temperatura, la Señora Dartel mandó encender lumbre en su cuarto, y que le trajeran una taza de te caliente, á fin de reponerse de las fatigas del día.

Estaba cómodamente sentada en un sillón, con una nueva novela en la mano, cuando repentinamente entró Verónica al cuarto visiblemente agitada. Incomodó bastante á la Señora Dartel esta interrupción de su tranquilidad; pues adivinó al instante que había sucedido algo desagradable, y no había cosa que temiera tanto, como las explosiones de mal humor de sus hijas.

—¡Mamá! exclamó Verónica, con voz alterada; tened la bondad de escucharme. Hace poco que os burlasteis de mis consejos; pero creo que confesaréis que tuve razón, ahora que ya tal vez sea tarde.

La Señora Dartel puso el libro sobre la mesa, con un suspiro de resignación.

—¿Qué es lo que ha sucedido? preguntó en seguida.

—Ha sucedido nada menos, que todo lo que yo había previsto. Vuestra preceptora ha encontrado manera de ponerse en comunicación con Lord Chandon.

—Indudablemente te equivocas, pues yo tengo motivos para estar de lo más satisfecha con la conducta de la Señorita Nolte. No te lo había dicho todavía, pero es la verdad, que gracias á su prudencia, se ha evitado que Alberto cometiera tal vez una locura.

—Yo os aseguro que es una hipocritona, que os engaña con su aparente modestia y recato.

—Dime pues en qué fundas tu opinión.

—Si ayer no salió con nosotros, no fué como debería suponerse, por abnegación ó timidez, sino para hablar con Gustavo, el criado de Lord Chandon. Catarina los ha visto conversando más de una hora en el parque; y como la educación de la Señorita Nolte hace inverosímil que tenga relaciones con los criados, á mí me parece indudable, que se ha tratado en este caso, de algún encargo de Lord Chandon.

—Cosas de sirvientes, dijo con calma la Señora Dartel.

—Nada de eso, mamá, continuó Verónica. Tal vez me creeréis, si os digo que al pasar por el corredor, vi á Gustavo acercarse respetuosamente á la Señorita Nolte y entregarle una carta; retirándose en seguida, después de haber hecho una profunda reverencia.

—¿Tú misma viste eso?

—Con estos mis ojos lo he visto; y así comprenderéis, que yo apenas tengo duda alguna, en cuanto á la correspondencia entre Lord Chandon y ella. Creo en consecuencia, que tanto mi hermana como yo, podemos reclamar en justicia, que se le despache de la casa. No es más que nuestro derecho.

—Averiguaré inmediatamente lo que haya de verdad en esto, y si resulta culpable, la despacharé. Voy á mandarla llamar.

La Señora Dartel tocó la campana, ordenando al criado que entró en seguida, que fuese á llamar á la Señorita Nolte. Entretanto dijo á su hija:

—Es este un cargo muy grave, Verónica. Alberto nos ha hablado siempre de Lord Chandon, como de un caballero perfecto; que sin duda sería incapaz de entablar intrigas amorosas, en una casa donde está de visita, y mucho menos con un aya.

—Es también posible que la Señorita Nolte lo conociera antes de venir acá, observó Verónica. Ya te he dicho otra vez, que ella tiene algo de misterioso en su persona y no estoy segura de que no resulte ser una aventurera.

Unos minutos después entraba Azucena al cuarto, sin imaginarse lo que había sucedido, y con su semblante apacible é inocente, que por sí solo parecía destruir la acusación.

—Señorita Nolte, dijo la Señora Dartel; os he mandado llamar, con motivo de un asunto bastante grave. Apenas necesito deciros, que hasta ahora he estado de lo más satisfecha de vuestra conducta; pero hace unos momentos, que me comunicaron un hecho, que tal vez tendréis la bondad de explicarme. ¿Es

cierto que ayer hablasteis largo rato con Gustavo, uno de los criados de Lord Chandon?

Verónica observó con malévola satisfacción, que la joven empezó inmediatamente á turbarse, y que apenas podía contestar.

—¿Es cierto? preguntó de nuevo la señora.

—Fué una mera casualidad, contestó la joven apoyándose en la mesa.

—Por mera casualidad, no conversa una joven decente con un criado, una hora entera, agregó Verónica.

—¿No negáis entonces el hecho? repitió la Señora Dartel.

—No lo niego, dijo la joven, con cierto aire de resolución, como si volviera en sí de su primer sobresalto.

—Lo siento en efecto, continuó la Señora Dartel, pero no es esto todo lo que os quería preguntar. Decidme también, si es cierto que el mismo criado de Lord Chandon os entregó una carta.

Azucena, que en estos cortos instantes se había decidido á abandonar aquella casa, y que sentía lastimado su orgullo con aquella penosa investigación, contestó con dignidad:

—No me considero obligada á seguir contestando esas preguntas.

—No hay necesidad de que contestéis, porque yo misma lo he visto, dijo Verónica.

—Deploro infinitamente este suceso, dijo la Señora Dartel. Sabiendo que sois persona de educación, no os creo capaz de haber entrado en relación con los criados, y no puedo suponer, sino que habéis estado

en correspondencia secreta con una persona, que hasta ahora habíamos apreciado mucho, con Lord Chandon.

Fué este un golpe que la desgraciada Azucena no había esperado.

—Podéis creerme que no es cierto, exclamó entonces, en el colmo de la angustia. Lord Chandon no me ha visto nunca . . . es decir, él no sabe . . . ¡Dios mío! ¡Qué será de mí!

La confusión de la desgraciada Azucena, no podía ser en efecto más grande, desde que había oído que se trataba de averiguar, si había relaciones entre ella y Lord Chandon. Al instante lo notó Verónica, y volviéndose hacia su madre, le dijo en tono triunfante:

—Ya veis que yo tenía razón. Esa confusión indica culpa.

—¿Queréis negar que conocéis á Lord Chandon? preguntó entonces la Señora Dartel.

—No digo ni niego nada, contestó Azucena, haciendo un último esfuerzo para dominar su emoción; resuelta como estaba ya, no sólo á abandonar la casa, sino á emprender inmediatamente la fuga.

Verónica se volvió entonces hacia su madre, diciendo:

—Me parece que lo que habéis oído, es prueba suficiente.

—Es en efecto de sentirse, que hayais olvidado de tal manera vuestras obligaciones, dijo la Señora Dartel. Mañana hablaré con Lord Chandon y entretanto podréis hacer vuestros preparativos para abandonar el Castillo de Holmes.

Azucena creyó que sería posible arrancar á aquellas dos mujeres, que parecían complacerse en ator-

mentarla, una concesión, por pequeña que fuera, y así se atrevió á preguntar:

—¿Podríais hacerme tal vez el favor de no molestar á Lord Chandon, con motivo de mi persona? Os prometo que mañana al amanecer habré salido de aquí.

Lejos de que esta súplica produjera el efecto que Azucena esperaba, no hizo más que convencer á la Señora Dartel, de que la joven era realmente culpable; despertando además su curiosidad. Respondió la señora en consecuencia con la gravedad de un juez severo:

—Es esta una cuestión demasiado seria, para que yo pudiera tratarla con ligereza. La reputación de Lord Chandon está comprometida lo mismo que la vuestra, y no hago más que proceder en justicia, al darle á él una oportunidad para que explique su conducta. Podéis en consecuencia retiraros á vuestro cuarto. Mañana temprano se dispondrá lo conveniente.

Pálida como un cadáver, inclinó Azucena ligeramente la cabeza para despedirse, y salió del cuarto, dejando solas á la Señora Dartel y á su hija. Luego que hubo salido, dijo Verónica:

—Tengo realmente curiosidad de saber, si ellos ya se habían visto antes. Á la Señorita Nolte yo la considero una aventurera, pero ¿dónde conocería á Lord Chandon? En fin, creo que mañana lo sabremos todo . . . Oye mamá cómo silba el viento. Es una tormenta terrible.

—En efecto, agregó la Señora Dartel; los que están bajo techo seguro pueden dar gracias á Dios.

Mientras madre é hija conversaban en el salón, Azucena había llegado á su cuarto y estaba preparando su fuga. La resolución era desesperada, pudiendo acarrearle graves consecuencias; pero ella prefería arrostrar todos los peligros, antes que pasar por la vergüenza de un careo con Adriano; y de tal suerte pensaba solamente en la manera de llevar á efecto su propósito. Iría naturalmente á Londres, á la única casa que le podía servir de refugio; y en caso de necesidad referiría su historia entera al buen Doctor Charles y á su no menos bondadosa madre. Era esto cien veces preferible, á ser descubierta por Adriano en el Castillo, en presencia de la familia Dartel. En seguida se preguntaba ella, si sería prudente salir del castillo en medio de aquel terrible temporal, ó si convendría mejor esperar á que amaneciera. Estaba indecisa en cuanto á esto, cuando oyó voces en el cuarto del billar, lo cual indicaba, que los señores todavía no se habían retirado á dormir, sonando poco después la campana del cuarto de la Señora Dartel. Un repentino terror se apoderó de ella; y pareciéndole que se iba á llevar á efecto el careo inmediatamente, ya no pensó más que en salir tan pronto como posible. Sin darse el tiempo necesario para reflexionar, se puso un sombrero y un capote de viaje, recogió el poco dinero que tenía, y unos momentos después, sin ser vista de nadie por una pequeña puerta lateral del castillo.

CAPÍTULO XXXVII

Cuando Lord Chandon se levantó al día siguiente, le parecía como si hubiera sucedido algo de extraordinario en la casa. Se habían oído continuas idas y venidas por los corredores; abrir y cerrar de puertas; el desayuno se había puesto más tarde que de costumbre; y en fin revelaba el semblante de los criados, que su acostumbrada tranquilidad, había sido trastornada por algún suceso desagradable. La noche había sido terrible: el viento ya fuerte al anochecer, se había convertido en un verdadero huracán, que unido al oleaje, parecía estremecer el castillo, hasta en sus mismos cimientos; en el bosque había venido abajo, con gran estruendo, gran cantidad de árboles; algunas casitas de los alrededores habían sido destechadas; y la lluvia había formado grandes charcos y lodazales. Nadie recordaba haber presenciado cosa igual.

La Señora Dartel bajó bastante tarde al desayuno, notándose en su pálido semblante, algo de temor y de disgusto al mismo tiempo. Tan luego como se levantó de la mesa, se dirigió á Lord Chandon, suplicándole en tono poco amable, se sirviera permitirle que hablaran unas palabras á solas; siguiéndola él á su

cuarto, no sin dejar de preguntarse, con cierto asombro, lo que aquello podría significar.

—Milord, empezó ella á decir con acento grave; siento en extremo teneros que molestar; pero antes de hablar con mi hijo Alberto, desearía que me dijerais, qué es lo que sabéis acerca de esa desgraciada muchacha, ó del rumbo que pueda haber tomado.

Lord Chandon miró á la señora con una expresión de genuina sorpresa, diciendo:

—No comprendo absolutamente lo que me queréis decir, y os suplico seais más explícita.

—Decidme, continuó la Señora Dartel, si podéis asegurar bajo palabra de caballero, que no habéis estado en correspondencia con la preceptora, Señorita Nolte, y que no sabéis nada de su fuga.

—¿Yo en correspondencia con vuestra preceptora, la Señorita Nolte? Á la verdad que no alcanzo á comprender la causa que os haya hecho concebir tal sospecha. No sólo no conozco á la persona de que se trata, sino que ni aún sabría de su existencia, si vuestro hijo Alberto no me hubiera dicho que teníais una preceptora muy hermosa.

—¡Mi hijo! . . . ¿Sería posible? se preguntaba la Señora Dartel. Dispensadme si he sospechado de Vd.; pero me disculparéis tal vez, cuando conozcais todos los detalles del suceso. El caso es, que toda la casa está en alarma, porque la perceptora se ha huido durante la noche, á pesar del horrible huracán, y que no sabiendo nosotros qué camino ha tomado, somos responsables de ella, ante las personas que nos la recomendaron. La causa de que yo os supusiera en relación con ella, fué que ayer la vieron hablando largo

rato á solas con vuestro criado Gustavo, y una de mis hijas, vió á este entregarle una carta ayer tarde.

—Con todo eso, creo que debíais haberme conocido lo bastante, para que no dierais entrada á tales suposiciones, observó Lord Chandon con dignidad; pero á fin de aclarar este asunto, voy á mandar llamar á Gustavo. Esto es lo más sencillo.

—Permitidme que concluya, dijo la Señora Dartel, para que os enteréis de todo. No fué solamente la circunstancia de la conversación y de la carta, la que me hizo sospechar; sino que habiendo mandado llamar á la Señorita Nolte, ésta manifestó la mayor confusión y cuando la interrogamos, no se atrevió á negar que os conocía. ¿Comprendéis ahora la razón que tuve, al pediros una explicación?

—Sin duda teníais razón, repuso Lord Chandon; pero á pesar de todo, no estoy en aptitud de aclarar el misterio. No conozco á ninguna Señorita Nolte, ni ha llegado á mi noticia, que persona alguna de ese nombre, me conozca á mí . . . Por lo demás allá viene Gustavo.

—Oye Gustavo, dijo Lord Chandon ¿de parte de quién has estado llevando recados á la Señorita Nolte?

—De parte de nadie Milord, dijo el criado de lo más perplejo. La carta que le entregué la había escrito yo mismo.

—No lo puedo creer Milord, dijo la Señora Dartel. La Señorita Nolte no era capaz de entrar en relaciones con los criados.

—Hasta ahora no he observado que Gustavo me haya dicho jamás una falsedad.

La Señora Dartel se dirigió entonces al criado diciendo:

—Yo soy responsable de esa joven ante los suyos; y por lo mismo tengo derecho á exigir que se me diga la verdad en cuanto á ella.

—Dispensadme Señora; pero no puedo decir nada, repuso Gustavo.

—Tengo que apelar á Vd., Milord.

—Es preciso que hables Gustavo, dijo Lord Chandon.

—¿Tenía vuestra carta algo que hacer con la fuga de la joven? preguntó la Señora Dartel.

—Absolutamente nada, contestó el criado.

—¿Sabéis á dónde se ha ido?

—No sé de eso más que vuestra merced.

—Milord, dijo entonces la Señora Dartel: os suplico encarecidamente, que hagais confesar á vuestro criado todo lo que sabe, pues de otra manera no podremos hacer nada por esa desgraciada joven. ¡Dios sabe en manos de quién habrá caído!

—Gustavo, dijo Lord Chandon en tono severo; es preciso que confieses todo lo que sabes de esa joven.

—Milord, contestó el criado; no puedo, porque le dí mi palabra. Me suplicó tanto, asegurándome que si yo hablaba consumaría su desgracia, que al fin le prometí lo que deseaba. Os agradecería por lo tanto, que no me preguntaseis más.

—Una promesa de callar, no puede servir de excusa, cuando se trata de la vida de una persona, dijo Lord Chandon. Esa desgraciada joven se ha fugado en medio de una horrible tormenta y es preciso auxi-

liarla; pero necesitamos algunas indicaciones. Dime algo de lo que sepas de ella.

Gustavo, mirando á su amo con cara de espanto, empezó á decir con voz temblorosa:

—Ya la conocía antes de venir acá, y sabía de un secreto suyo. Cuando la encontré en la playa, me suplicó que no la descubriera y yo le prometí pensarlo y comunicarle mi resolución. En la carta que le entregué, le decía que guardaría su secreto.

—Esa es una historia muy inverosímil, dijo la Señora Dartel. En todo caso creo que no tendréis inconveniente en decirnos, en dónde conocisteis á la joven.

—Le prometí no descubrirla.

—Gustavo, dijo Lord Chandon, á quien la historia iba interesando visiblemente; siempre has sido un fiel servidor; nunca has tenido para mi secretos. Dime quién es la joven.

—¡Ó Milord! exclamó el criado ¿no podéis adivinar? Mi palabra está empeñada, pero vuestra merced puede adivinar.

La emoción que causaron estas palabras en el ánimo de Lord Chandon, se pintó instantáneamente en el semblante de éste. Palideció de una manera terrible y sus manos empezaron á temblar; mientras que sus ojos parecían lanzar rayos. Durante algunos momentos, estuvo sin poder hablar, hasta que por fin preguntó lentamente como si no se atreviera á expresar lo que pensaba:

—¿Quieres decir tal vez . . . que es . . . la Señorita Vogán?

—No puedo descubrirla; pero Vd. puede adivinar, respondió el criado, bajando los ojos.

—¿Cómo pudiste ocultármelo? exclamó Lord Chandon, dirigiendo ó su criado una mirada de indignación. ¡Sabías que el encontrarla era mi mayor afán, y sin embargo callaste!

—No la podía traicionar Milord, contestó Gustavo.

Volviéndose entonces Lord Chandon hacia la Señora Dartel, le dijo:

—Creo que la joven que tenéis aquí como preceptora, es aquella á quien tanto he buscado, mi prometida Vogán.

Sería poco menos que imposible, describir la sorpresa que á su vez causó á la Señora Dartel esta revelación. Lo mismo que Lord Chandon se quedó al principio sin poder hablar, y hasta después de un corto rato dijo:

—¡Nolte y Vogán la misma persona! ¿Quién lo hubiera creído?

—Lo que importa ahora, es saber dónde está, dijo Lord Chandon. ¿Será cierto como dijisteis, que salió anoche del castillo á pesar del temporal?

—Tenemos motivo para suponerlo; pues su cuarto se encontró vacío y una de las puertas laterales del castillo, amaneció abierta, sin que se pueda averiguar hasta ahora, quién la dejó así.

—En tal caso, no quiero perder un solo momento más. Doy gracias á Dios, de que por fin he tenido noticia de ella, y no dejaré de aprovecharla. ¿Permitiréis que vuestros criados se unan á los míos, para salir á buscarla?

—Con el mayor placer Milord. Todo el mundo está á vuestra disposición y no tenéis más que mandar.

—¿Dónde está Alberto? preguntó Lord Chandon.

Se mandó llamar al hijo de la casa, y habiendo acudido éste en seguida, se le comunicó la estupenda noticia, que le causó, como á los demás, no poca admiración.

—¿Era esa linda y graciosa joven la Señorita Vogán? preguntó. No sin motivo me había llamado á mí tanto la atención. ¡Pobre niña! ¡Cómo fué á lanzarse fuera de la casa en medio de ese temporal! Tenemos que salir todos á buscarla, incluso el Capitán Elton, que hace poco aseguraba que daría su mano derecha por conocerla. Chandon, nosotros iremos á Dipton, que es la estación del ferrocarril más próxima. Probablemente allá se habrá dirigido ella, á fin de tomar el primer tren para Londres. Entretanto pueden los demás registrar los alrededores.

Los caballeros salieron acompañados de todos sus criados, mientras que la Señora Dartel iba á buscar á sus hijas, impaciente como estaba, de referirles el extraordinario acontecimiento, que traía revuelta la casa entera.

Las dos jóvenes recibieron la noticia con asombro y vergüenza, al mismo tiempo; pues no podían menos de recordar lo que habían dicho de ella en su presencia, sin imaginarse quién era; y lo poco corteses que habían sido en varias ocasiones.

—¿Qué habrá pensado de nosotras? dijo Verónica ruborizándose. Matilde le contestó riendo.

—Ya puedes despedirte de tus proyectos matrimoniales con Lord Chandon; á no ser que los esfuerzos por encontrar á la Señorita Vogán, resulten estériles.

En interés tuyo, debería desearse que ella desapareciera realmente para siempre.

Los poco caritativos deseos de Matilde, parecían cumplirse, pues Lord Chandon y Alberto, volvieron de la estación de Dipton, sin haber encontrado á la joven ; y lo mismo fueron regresando las demás partidas que habían salido en diferentes direcciones.

—Por mi parte, no he de renunciar á lograr mi objeto, dijo Lord Chandon. ¿Queréis ir por la playa, Alberto? Yo tomaré el camino del bosque en compañía de Gustavo. Viva ó muerta, la he de encontrar.

CAPÍTULO XXXVIII

—Viva ó muerta, repetía al penetrar por las estrechas veredas de la selva. ¡Pobre Azucena! ¿Cómo es posible que arrostrara los peligros de la borrasca, en medio de la noche? ¡Ella tan tímida y tan delicada! ¿Cómo pudo huir de mí; cuando yo la amo, más que al resto del mundo?

No se imaginaba, que la generosidad y pureza de sentimientos que caracterizaban á Azucena, le hacían creer, que la falta que había cometido, abría entre ellos un abismo, y que no le quedaba más que la fuga, á fin de salvarle á él su honor. Pero por lo mismo que no alcanzaba á penetrar por completo, los móviles que hubieran dictado á la joven tan desesperada resolución, Lord Chandon llamó á Gustavo y le dijo:

—Haz á un lado tus temores de ser indiscreto, que ya no tienen razón de ser y cuéntame todo lo que ella te dijo.

El criado refirió á su manera todo lo que sabía; llamando principalmente la atención de Lord Chandon, el que Azucena hubiera dicho, que él sería más feliz, olvidándola y casándose con otra.

—¡No se creía digna de mí, pobre niña! ¿Cómo pudo pensar así? Si me hubiera tenido más confianza,

nada de esto hubiera sucedido. En vez de fugarse de Bergen, yo la hubiera acompañado á Derby, para que hiciera su declaración en el fatal proceso, y todo habría quedado arreglado sin gran dificultad.

Entretanto seguían adelantando por las veredas, sin encontrar indicio alguno, cuando Lord Chandon se volvió hacia Gustavo diciendo:

—Tengo entendido, que le gustaba pasear por este monte. Por aquí hay una vereda que conduce á Dipton, y es posible que ella la tomara, pero que en la obscuridad de la noche se desviara. Es por lo tanto necesario registrar el bosque á derecha é izquierda de la vereda.

—Así lo haremos, contestó Gustavo con un suspiro que indicaba que ya iba perdiendo la esperanza de obtener éxito.

Habían estado caminando largo rato, ya en una dirección, ya en otra, y ya empezaban á sentir el cansancio, cuando Gustavo exclamó repentinamente:

—¡ Mirad allá, Milord! Creo que hay algo debajo de aquel árbol.

En un instante había llegado Lord Chandon al objeto que le indicaba el criado. Era efectivamente Azucena, la que estaba allí tendida, aparentemente exánime; con el traje empapado de agua y desgarrado; el dorado cabello en desorden, y la linda cara tan pálida como una estatua. El espectáculo era realmente conmovedor.

Lord Chandon se arrodilló junto á ella; y levantándola en seguida con el mayor cuidado, la cubrió de besos, derramando abundantes lágrimas sobre su pálido semblante.

—¡ Azucena, mi adorada niña! ¿ Qué has hecho? le decía.

Y volviéndose hacia Gustavo:

Dame el frasco de aguardiente y corre á la casa, como si se tratara de tu vida. Dile á la Señora Dartel que ya encontré á la Señorita Vogán; que despache un carruaje á la entrada del bosque; y que mande llamar por telégrafo á un médico.

Cuando se vió solo con ella, empezó á atenderla tan bien como pudo; la colocó en la posición más cómoda; procuró calentarla entre sus brazos ó con unas gotas de aguardiente; hablándole como á un niño. Vió entonces que ella tenía las manos cubiertas de araños y un golpe en la frente, que era sin duda el que le había hecho perder el conocimiento.

Á pesar de que los remedios aplicados eran insuficientes, Azucena empezó á dar señales de vida, y abriendo los ojos, su mirada volvió á cruzarse con la de su amante, por primera vez después de la fuga de Bergen.

—¡ Azucena! ¡ Mi pobre niña! ¿ Me conoces? le preguntaba.

Azucena no podía hablar, pero una ligera sonrisa, pareció indicar que recobraba lentamente sus sentidos, y que había reconocido á su adorado Adriano.

Cuando los criados vinieron á avisar, que allí cerca estaba esperando el carruaje, Adriano mismo la llevó allá, no queriendo permitir que otro la tocase: y tan luego como llegaron á la casa, él la llevó también al cuarto que le tenían preparado, siendo este muy distinto por cierto, del que había estado ocupando hasta entonces en calidad de preceptora.

—Señora Dartel, dijo Lord Chandon; mi felicidad depende de que se salve la vida de esta joven. ¿Queréis hacerme el favor de dar vuestras órdenes para que no le falte nada?

—La cuidaré como si fuera mi hija, contestó la señora.

Por estar cerca de la enferma, Lord Chandon no abandonaba la casa, y así fué Don Alberto el que montó á caballo, para ir á despachar un telegrama á Don Arturo y la Señora Vogán, comunicándoles el feliz acontecimiento é invitándolos á venir á pasar unos días al Castillo. Entretanto había llegado también el Doctor Ewald de la población vecina. Cuando éste salía del cuarto en donde estaba Azucena, Lord Chandon se dirigió á él diciendo:

—La verdad doctor ¿hay peligro alguno?

—Creo que no, aún cuando no se pueda negar, que faltó poco para que el lance hubiera sido de fatales consecuencias. La joven ha recibido un golpe bastante fuerte, ya sea por alguna rama que el viento echara abajo, ó ya sea porque ella misma cayó en la obscuridad contra un árbol. El golpe en sí, no es de tal gravedad, y solo temo que pueda acarrear á la joven alguna mala consecuencia, el haber estado expuesta á la intemperie durante varias horas sin auxilio alguno. Lo esencial es ahora la tranquilidad, y si logra dormir y alimentarse bien, puedo asegurar, que se restablecerá por completo en pocos días.

Lord Chandon se puso de lo más contento, cuando á la mañana siguiente, la Señora Dartel le comunicó que Azucena había dormido bien y que había tomado su desayuno.

—¿ Sabe ella que yo estoy aquí y que yo fuí el que la salvó ?

—Lo sabe en efecto y parece estar de lo más feliz ; pero más no os podré decir, porque el médico ha prohibido que se le hable más de lo necesario.

Ese mismo día llegaron los esposos Vogán.

—¿ Es posible que la hayais encontrado, Adriano ? exclamó la Señora Vogán. ¿ Dónde está ? La quiero ver y después me contarás.

—Por desgracia tenemos que someternos á las disposiciones del médico y por ahora no la podréis ver ; pero según entiendo, la prohibición de recibir visitas, no durará mucho. Entretanto os referiré lo que yo sé de ella, después de su fuga de Bergen ; advirtiendo desde luego, que yo mismo ignoro algunas de las circunstancias y de los sucesos más importantes ; pues aún no he podido hablarle.

Hizo entonces Lord Chandon una relación del resultado de sus averiguaciones que exceptuando lo que se refiere á la manera como él mismo la encontró, no era más que una repetición de lo que había oído de la Señora Dartel, es decir : que Azucena vino al castillo por recomendación del Doctor Charles y que allí había estado varios meses como preceptora.

—¿ Quién es ese Doctor Charles, y cómo fué á dar Azucena á su casa ? preguntaban Don Arturo y la Señora Vogán.

—El Doctor Charles es un amigo de la Señora Dartel, á quien consulta con frecuencia ; pero sin embargo ella no sabe nada de sus relaciones con Azucena. Había pues que esperar á que ésta nos lo pueda explicar.

Como debe suponerse, el interés que despertaban los acontecimientos que acabamos de referir, era general en la casa. Tanto Verónica como Matilde procuraban hacer olvidar sus anteriores descortesías, ostentando gran cariño hacia la Señorita Vogán y asegurando que ellas la habían estimado siempre, sospechando que debía pertenecer á alguna familia distinguida. Verónica se consoló pronto, en cuanto á sus frustrados proyectos de matrimonio con Lord Chandon ; con tanta más facilidad, cuanto que el interesante suceso, daba lugar á interminables charlas con Sir Ricardo Hastings y el Capitán Elton. Así se pasaron dos días, cuando la Señora Dartel entró al salón, y dirigiéndose hacia Lord Chandon, le dijo :

—La Señorita Vogán se ha levantado ya y está en mi cuarto. ¿ Deseáis verla ?

CAPÍTULO XXXIX

Á PESAR de su debilidad, Azucena se levantó al ver entrar á Adriano; pero sin poder dar un paso, se quedó en pie, esperándolo con una expresión de humildad, de vergüenza y de felicidad en el semblante. No sabía qué decirle: si le había de repetir, que no era digna de él; ó si le había de pedir perdón; ó si le había de expresar su agradecimiento . . . y su amor. Esta confusión no duró sin embargo más que unos instantes, pues Adriano se adelantó hacia ella, y estrechándola entre sus brazos dijo:

—Azucena mía ¿cómo pudiste desconocerme tanto? ¿No comprendías que yo era tu mejor amigo?

Y después de contemplarla unos momentos con inmenso amor, teniéndola siempre entre sus brazos, agregó:

—¿Por qué te has estado escondiendo, Azucena? ¿Por qué me causaste tántos pesares? Si en vez de escaparte, me hubieras explicado todo lo que pasó, yo te hubiera acompañado á Derby y hubiera estado á tu lado cuando diste tu declaración; con lo cual todo habría quedado arreglado.

—Yo creía que nunca me perdonarías, cuando supieras lo que hice, contestó humildemente Azucena.

Puso él entonces cariñosamente lo mano, sobre la dorada cabeza de la joven, diciendo:

—¿Qué cosa fué en realidad lo que hiciste? Siendo una niña sin experiencia y sin malicia, se te presentó un joven elegante y bien parecido, que trastornando tus ideas con historias novelescas, te indujo á la fuga, de la cual te arrepentiste antes de haberla completado, regresando otra vez á tu casa.

—En efecto me arrepentí, dijo ella, recostando la cabeza sobre el hombro de su amante.

—Después de eso, continuó diciendo Adriano, sacrificaste todo lo que tenías y todo lo que amabas en el mundo, por salvar á ese joven, que es el que tuvo realmente la culpa de todo. No veo en lo que hiciste, nada que me indujera á condenarte, por el contrario, te admiro ahora aún más que antes.

—Yo me figuraba también que no me perdonarías, porque tal vez supusieras que yo amaba á Claudio.

—Si lo amaras, te hubieras casado con él. Yo sé lo mucho que se empeñaron él y su tío, por encontrarte después del proceso en Derby.

—No; no lo amo, ni lo he amado realmente, dijo Azucena. Sentí inclinación hacia él, porque fué el primer joven á quien traté y porque era la única persona que me entretenía, en la monótona vida que yo llevaba. Pero aún esa inclinación desapareció, cuando vi que me indujo á cometer una mala acción; y si la caballerosidad con que se portó durante el proceso, me obliga á estimarlo, en cuanto á mi amor, sería imposible que lo conquistara.

—Todo eso lo comprendo; pero ¿por qué no tuviste más confianza en mí? preguntó Adriano.

—No me atreví á decir nada. Cuando leí en el periódico lo del asesinato en Derby, me pareció que una mancha indeleble había caído sobre mi reputación; y no creí que me pudieras perdonar jamás. Mi propósito era seguir viviendo bajo nombre supuesto, para que tu nombre no se manchase con el mío.

—No digas tal cosa, dijo Adriano en tono serio. No quiero que jamás vuelvas á hablar así de tí misma.

—Adriano, dijo ella entonces ¿será posible que me perdones por completo?

En contestación le dió él un beso en la boca, agregando:

—Lo único que te reproché alguna vez, fué el que no hubieras tenido confianza en mí; pero eso ya te lo perdoné hace tiempo de todo corazón.

Unos momentos permanecieron estrechamente abrazados los dos amantes; después de lo cual dijo Adriano:

—Todavía has de estar algo débil, y sería bueno que descansaras un rato.

La hizo en efecto acostarse en un sofá, y sentándose junto á ella en una silla, le dijo:

—Ahora que ya sabes lo mucho que te amo, quisiera que me fueras contando lo que fué de tí, después que te escapaste de Bergen. Es para nosotros un misterio, como te has salvado de que te sucediera una verdadera desgracia.

Refirió ella entonces, con la sencillez que la caracterizaba, la terrible lucha interior que había sostenido en Bergen, viéndose obligada á ocultar lo que sentía, y cómo emprendió y llevó á efecto el viaje á Derby; la terrible prueba á que tuvo que someterse en la

Corte de Justicia; la manera cómo la fiebre cerebral se fué apoderando de ella y cómo fué perdiendo el conocimiento, hasta despertar unas semanas después, en casa del generoso Doctor Charles y de su madre, que la trataron como á una hija mimada, á pesar de que no sabían ni quién era; y como en fin había venido á dar al Castillo de Hulmes.

Cuando Azucena hubo terminado su relación, que Adriano oyó atentamente, dijo este último:

—Podemos felicitarnos, de que fuera precisamente á la casa de esas generosas personas, á donde el destino te condujera. ¿Qué hubiera sido de tí, sin esa circunstancia? El primer viaje que hagamos, ha de tener por objeto el hacerles una visita. Quiero conocer á los que me han devuelto mi felicidad, y premiarlos—no como merecen, porque no bastarían ni todos mis caudales—pero sí hasta donde me sea posible.

Durante la primera conversación, no había querido Adriano, hablar á Azucena de Don Arturo y la Señora Vogán, por temor de que las sucesivas emociones la perjudicasen; pero unas horas después, volvió á subir al cuarto en que estaba, llevándole un ramillete de violetas, y con el propósito de prepararla para la entrevista con sus severos abuelos.

—Esta mañana me preguntabas por Don Arturo y la Señora Vogan, le dijo. ¿Sabes tú lo mucho que te quiere la Señora Vogán?

—No me atrevo á creerlo, aunque yo sí la quiero realmente. Ella es tan seria y tan severa, que yo le tengo miedo.

—¿Completaría tu felicidad el reconciliarte también con ella y con Don Arturo?

—Indudablemente que sí; pero no tengo esperanza de conseguirlo. La Señora Vogán es tan estricta en el cumplimiento de sus obligaciones y tan orgullosa, que no me ha de perdonar. No creo que me vuelva á hablar jamás.

Azucena no observó, que la puerta se había abierto, ni comprendía la significativa sonrisa de Adriano; por lo cual continuó diciendo:

—Ella es tan buena y tan justa, que no creo haya hecho nada de malo en su vida. ¿Cómo podría perdonarme?

En este momento sintió Azucena las manos de su abuela que se apoyaron cariñosamente sobre sus hombros.

—Querida Azucena, dijo la anciana, yo también tengo que pedirte perdón á tí, por no haberte permitido una vida conforme á tu edad. Fuí injusta contigo, aún cuando no lo hiciera intencionalmente.

Azucena se hincó delante de su abuela y tomando sus manos, las cubrió de besos, suplicándole que le perdonase la falta que había cometido; pero como entrase Don Arturo entretanto, éste la levantó y la abrazó diciendo:

—Lo que hiciste no fué más que un acto irreflexivo, que de ninguna manera te deshonra. No quiero que se vuelva á hablar más de ese asunto.

Esta reconciliación, completaba en efecto la felicidad de Azucena y ya no se pensó mas que en los preparativos para el casamiento; pues Lord Chandon había dicho, que esta vez no esperaría más que el tiempo absolutamente necesario.

—Yo no te puedo llamar Vogán, dijo Clarita,

aunque sea un nombre mucho más bonito que Nolte. Además de eso, me dice Verónica, que vas á llamarte Lady Chandon. ¿ Es cierto ? ¿ Cuántos nombres vas á tener entonces?

—Es muy cierto todo eso, dijo Lord Chandon; y si quieres mucho á la Señorita Nolte, irás con nosotros á nuestro castillo, y nos acompañarás el día de nuestra boda. ¿ Qué dices ?

La niña aceptó la invitación, y como la Señora Dartel no hiciera objeción alguna, no solo se hizo extensiva la invitación á toda la familia, sino que se convino en que Alberto fuera padrino y que sus hermanas fueran las madrinas de la boda. Verónica y Matilde se empeñaban ahora en efecto, en agasajar á la Señorita Vogán, como antes se habían empeñado en que se despidiera á la Señorita Nolte; mientras que la joven que con estos dos nombres habían conocido, sabiendo apreciar en su verdadero valor esas demostraciones de amistad, era sin embargo demasiado generosa para dar á entender lo que realmente pensaba; con tanto más motivo, cuanto que Alberto Dartel era uno de los mejores amigos de Lord Chandon.

Unos cuantos días más se detuvieron los Vogán y Lord Chandon en el Castillo de Hulmes; y en seguida se pusieron en camino para el Retiro de la Reina; pero no sin pasar primero por Londres, como se había convenido.

Grande fué la sorpresa del Doctor Charles, y de su madre, cuando la criada les fué á avisar, que había llegado la señorita en compañía de varias personas que parecían de distinción, las cuales estaban esperando en la sala. Bajaron inmediatamente, y después de las

presentaciones, tomó Lord Chandon la palabra diciendo:

—Esta señorita á quien habéis dado generosa hospitalidad, salvándola á ella y devolviéndome á mí la felicidad perdida; que vosotros conocéis con el nombre de Margarita Nolte, es la Señorita Azucena Vogán, nieta de estos venerables esposos y prometida mía. Antes que termine el mes, será Lady Chandon. No encuentro palabras para expresar mi agradecimiento, ni bastarían todos mis bienes, para pagaros, como vuestra noble acción lo mereciera; pudiendo asegurar, que es mi más ardiente deseo, el que tengais á bien honrarme con vuestra amistad.

En terminos idénticos se expresaron Don Arturo y su esposa, y después que el Doctor y su madre, profundamente conmovidos, hubieron aceptado la franca amistad que se les ofrecía, empezaron, como era natural, las preguntas y los comentarios. Por delicadeza y consideración á la Señora Vogán y á Azucena, se habló tan poco como fué posible del asunto de la fuga; pero tanto el Doctor como su madre, recordaban muy bien, haber leído lo que dijeron los periódicos respecto al proceso de Derby, sin imaginarse que la joven que habían tenido en su casa, era nada menos que la heroína de aquella ruidosa causa.

—Increible me parece, observó la Señora Charles, mi buena Margarita—como yo la llamaba—vaya á ser Lady Chandon, dentro de breve tiempo, aunque yo siempre opiné, que debía ser de familia distinguida.

Y dirigiéndose á ella misma, le preguntó:

—¿Me permitirás que te siga tratando con el mismo cariño y confianza?

—Sería una crueldad que no lo hicierais, dijo Azucena, con lágrimas de agradecimiento en los ojos. Habéis sido para mí una segunda madre.

Los deseos expresados por Lord Chandon y los Vogán, se cumplieron en efecto: el Doctor Charles y su madre, fueron desde entonces amigos muy apreciados, á quienes se recibía siempre con el mayor agasajo en el Retiro de la Reina y en el Castillo de Chandon; mientras que Lord Chandon, no dejaba tampoco, cada vez que iba á Londres, de visitar la casa de la calle de Euston, en donde su adorada Azucena había encontrado refugio, en los momentos de mayor peligro.

CAPÍTULO XL

El sol de mayo, que es en el norte de Europa el que despierta la naturaleza á nueva vida, brillaba en todo su esplendor; los árboles se habían cubierto de aquel verde claro, propio de la estación, que da tan atractivo aspecto á un paisaje; las praderas parecían hermosas alfombras, con sus variadas flores silvestres; los claveles florecían en las cercas y las violetas á la sombra de los árboles; mientras que los jardines ostentaban una verdadera profusión de rosas y de dalias. Era el día veintidós de mayo y el pintoresco pueblo de Acton, se había puesto de gala, para celebrar las bodas de la simpática Azucena Vogán, del vecino castillo, llamado el Retiro de la Reina, con Lord Chandon, uno de los nobles más distinguidos del Reino.

Azucena se había levantado temprano aquel día, para recorrer por última vez, antes de partir con el que iba á ser su esposo, aquellos montes y aquellos campos, que ella se había acostumbrado, durante su niñez, á considerar como verdaderos amigos. Pero á los recuerdos alegres é inocentes, se agregaban los que se referían á sus deplorables relaciones con Claudio. Pasó, no sin ruborizarse, junto al hueco encino, que á los dos había servido para depositar cartas de amor,

durante su corto y clandestino noviazgo; volvió á ver el banco junto al arroyo, en donde Claudio la convenció de la necesidad de cometer la mayor locura de su vida; volvió á ver en fin la vereda, por donde se escapó la noche fatal, y por donde regresó á la mañana siguiente. No pudo menos de conmoverse diciendo entre sí:

—¡Cuánto agradezco á la Providencia, que todo se resolviera tan felizmente para mí! He andado meses enteros por la senda de la duda y de la desesperación, para venir á parar como por milagro, al paraíso de la felicidad.

Si el pueblo de Acton se había puesto de gala, para celebrar el feliz acontecimiento, fácil es imaginarse el lujo verdaderamente extraordinario, que se desplegaría en aquellos mismos momentos en el Retiro de la Reina. El suntuoso castillo estaba ricamente adornado; la servidumbre había estrenado nuevos trajes; los elegantes carruajes de la alta aristocracia, entraban y salían sin cesar; los regalos de boda, enviados por amigos y parientes, formaban un conjunto deslumbrador, por su artístico gusto y valor que representaban; era en fin una fiesta, como no se había presenciado por muchos años en el condado entero.

Azucena Vogán y Adriano Darcy, habían de casarse en la antigua parroquia de Acton; y mucho antes de que empezara la función religiosa, se había agolpado en las calles inmediatas á dicho templo, gran cantidad de gente, principalmente niños, que deseaban ver pasar la comitiva. Entretanto se vestía Azucena para la ceremonia, ayudándole Lady Vogán en esta

importante tarea. La anciana abuela, con manos temblorosas, puso el velo á la hermosa nieta, afianzándolo en el dorado cabello; procediendo en seguida á adornar la cabeza, con la corona de azahar.

—Yo te vestía cuando eras niña, le dijo cariñosamente, y me parece que ahora me corresponde hacerlo por última vez. Mis días ya están contados y ya no tengo que hacer en este mundo, puesto que te veo feliz.

De pies á cabeza, se podía considerar á Azucena, en su traje de novia, como un modelo de perfección: la esbelta figura; el hermoso rostro, en que se pintaba la nobleza y la bondad; el buen gusto y elegancia de su atavío; todo se juntaba en ella, para que los que la vieran en aquella ocasión, no la volvieran á olvidar durante su vida entera. La Señora Vogán se acercó á ella, con el magnífico ramillete que había enviado Lord Chandon, y al entregárselo dijo:

—Quiera Dios, que estas flores sean el emblema de tu futura felicidad. No tienes ya madre que te pueda contemplar con orgullo y amor; y tu padre, que también ha muerto, descansa ahora en el panteón de los héroes. Así soy yo, la que á nombre de ellos te da este beso, rogando al Cielo que jamás te abandone, y que derrame sobre tí, todas sus bendiciones.

Con toda puntualidad, se puso en movimiento la comitiva de la novia, en dirección á la parroquia, en donde la esperaba el novio, en compañía de su padrino Sir Alberto Dartel. Un silencio profundo reinó durante la ceremonia; y después que el sacerdote hubo pronunciado la bendición, la orquesta entonó la "Mar-

cha nupcial" de Mendelson, quedando así unidos en matrimonio Lord Chandon y Azucena Vogán.

El regreso se llevó á efecto por las mismas calles adornadas, por donde había venido la comitiva de la novia, en medio de la aclamaciones de la multitud. Durante el almuerzo, reinó la mayor alegría, pronunciándose como de costumbre, gran número de brindis; y luego que esta parte de la fiesta hubo terminado, se pusieron los recién casados en camino para el Castillo de Chandon.

—Fué un casamiento verdaderamente elegante, dijo Verónica á su hermana.

—En efecto, contestó Matilde, sin poder reprimir una sonrisa de satisfacción. Yo creo que el día de hoy, será memorable para mí, por varios motivos.

Al decir esto, aludía la hermana menor, á los síntomas que había observado, de que Sir Ricardo Hastings, estaba próximo á dejarse conquistar; y efectivamente, ella no se equivocaba. La alegría que había reinado y la influencia del ejemplo, no dejaron de producir su efecto, y al anochecer, cuando todos andaban por el jardín, gozando de la deliciosa temperatura y del perfume de las flores, Don Ricardo propuso matrimonio á Matilde y ésta aceptó desde luego.

—Pronto seré Lady Hastings, dijo la joven á su madre. Creo que es un buen partido, y que difícilmente hubiera encontrado mejor.

—Tienes realmente fortuna, dijo la Señora Dartel, y no dudo que serás feliz.

Matilde se puso pensativa, y después de unos momentos dijo:

—Sabes mamá, que me está pareciendo que no

merezco tener tanta fortuna. Desde que conocí á Lady Chandon, me avergüenzo con frecuencia de mí misma, comparándome con ella. En lo sucesivo voy á procurar imitarla, supriniendo mi mal genio y mi altanería.

CAPÍTULO XLI

Tres años habían pasado, después de los últimos acontecimientos que acabamos de referir y nada turbaba la felicidad de los esposos Chandon; de tal suerte, que apenas hubiera sido posible descubrir en el semblante de ellos, las huellas de los pesares, ó de los trabajos que habían tenido que sobrellevar. La primera vez que ella entró en sociedad, había estado algo tímida y temerosa de dar lugar á que se le criticara, ó de no saber cumplir con las obligaciones que su alta posición le imponían. Pero su extraordinaria hermosura, sus dotes intelectuales y su delicada gracia, le ganaron pronto todos los corazones; y de esta manera fué adquiriendo todo el aplomo y despejo de una gran señora. La falta que cometió en su juventud, quedó enteramente relegada al olvido, no habiendo ya quien se atreviera á murmurar de ella.

Lord Chandon, que durante los meses en que creía perdida á Azucena, había estado pálido y triste; ahora se presentaba en toda su hermosa virilidad. La suerte lo había acompañado entre tanto en casi todas sus empresas. Era ya un literato de renombre, persona muy bien recibida en la Corte, y un gran orador par-

lamentario. Pero en medio de los brillantes resultados que había obtenido en su carrera, solía decir, que ninguno le había causado un placer tan inmenso, como el haber descubierto á la que entretanto ya era su esposa, en el Castillo de Hulmes.

El primogénito de Adriano y Azucena, tenía un año de edad, cuando Don Arturo y la Señora Vogán, á quienes gustaba tenerlo á su lado, expresaron el deseo de que viniera á pasar una temporada con ellos. Admitieron Lord Chandon y su esposa, poniéndose desde luego en camino con el niño para el Retiro de la Reina.

Un día estaban la Señora Vogán y Lady Chandon, entreteniéndose con el niño, admirando sus dorados rizos y sus hermosos ojos, cuando repentinamente entró Lord Chandon, y dirigiéndose á su esposa le dijo:

—Azucena ¿quisieras bajar al salón? Hay visitas para tí.

—Con mucho gusto, contestó ella, dando un beso al niño.

Apenas había salido del cuarto, cuando notó algo de particular en la expresión de Adriano, como si tuviera alguna cosa más que decirle.

—¿Quienes son las visitas? preguntó. Me parece que alguna cosa te preocupa.

—Estoy en efecto temeroso de causarte un desagrado, contestó Adriano. Las visitas son Claudio Lenox y señora.

—¡Claudio! exclamó ella sobresaltándose. Á la verdad que preferiría no verlo.

—Será mejor que no le hagas un desaire, dijo él.

El Señor Lenox está ahora conmigo en el Parlamento y pertenecemos á la misma fracción política. Adémas de eso, vendrá más tarde á vivir al Parque de Acton, y no podremos dejar de tratarlo sin cometer una descortesía.

—¿Por lo visto ya está casado? preguntó Lady Chandon.

—Efectivamente. Se casó con la Señorita Geraldina, hija menor de la Duquesa de Lufton. Es una joven de lo más bien educada y amable.

—No es que le tenga rencor á Claudio, observó Lady Chandon; pero no lo he visto desde el día fatal del proceso, y me causa cierto sobresalto la entrevista.

Sin embargo, como su esposo lo deseaba, Lady Chandon cobró ánimo, encaminándose inmediatamente hacia la sala. Luego que Claudio la vió entrar, se levantó y yendo hacia ella, le extendió la mano, con la mayor amabilidad, pero sin poder ocultar su agitación.

—Lady Chandon, le dijo; tengo infinito placer en veros.

Después de este saludo, Claudio presentó á su esposa, á quien Lady Chandon desde luego empezó á cobrar afecto; y como ella manifestase tener afición á las flores, salieron todos á recorrer el jardín y los invernáculos. Claudio, que acompañaba á Lady Chandon, se detuvo intencionalmente delante de un hermoso girasol, y luego que calculó que no sería oído, dijo á su compañera:

—Perdonadme si os molesto con unas palabras. Hace ya tiempo que deseaba hablaros, para cumplir

con una obligación : la de daros las gracias por lo que hicisteis por mí, es decir, por haberme salvado el honor y la vida.

—No tenéis motivo alguno para darme las gracias, contestó Lady Chandon ; pues yo no hice más que cumplir un deber. Soy al contrario más bien yo, la que tiene que agradeceros, el haber expuesto honor y vida, por salvar mi reputación.

—¿ Podré esperar que me perdonéis, el que yo haya sido la causa de vuestros padecimientos durante largos meses ? preguntó Claudio.

—Os perdoné el mismo día que supe, que por no denunciarme, sufríais todos los horrores de una terrible acusación.

—Siendo así, me atrevo á pediros como un favor, el que tratéis á mi esposa como á una amiga. Desearía aún más, si lo creeis posible, y es que todos fuéramos amigos. ¿ Hay inconveniente de vuestra parte ?

—Ninguno, contestó Lady Chandon. Tendré al contrario mucho placer en recibiros, siempre que juzguéis oportuno venir á vernos.

Cuando las visitas se hubieron despedido ; habiéndolas acompañado Lord Chandon al carruaje, regresó al salón, en donde se encontró á su esposa de lo más pensativa, frente á una de las ventanas.

—¿ Qué cosa te preocupa ? le preguntó.

Ella lo abrazó cariñosamente, diciendo :

—Estaba reflexionando, que al recordar la falta que cometí, no merezco ser tan feliz, como en realidad soy.

Á su vez él la abrazó también, y dándole un beso, le dijo:

—Ya sabes que no quiero que hables de eso; pues lo que hiciste no fué en realidad, mas que la sombra de un pecado, mi querida Azucena.

FIN

[A]

Obras de Historia Natural

publicadas por

LA CASA EDITORIAL DE D. APPLETON y CÍA.,

Nueva York.

I.

El Reino Animal para Niños. Por el Doctor Juan García Purón. Instruir Deleitando. Serie de Libros Primarios de El Reino Animal para Niños. Arreglados para la instrucción gradual y progresiva de la infancia, en las escuelas y en la familia. Cada cuaderno, contiene 6 hermosas láminas de colores, yendo en cada una numeradas las figuras de los varios animales; y 8 páginas de lectura amena, variada y progresiva, con una cubierta iluminada. En paquetes de una docena surtida (dos ejemplares de cada número). El paquete, $2.00.

La serie se compone de seis libros ó cuadernos:

No. 1. Animales Domésticos.

No. 2. Aves Mayores.

No. 3. Animales de Caza.

No. 4. Animales Salvajes.

No. 5. Aves Menores.

No. 6. Cuadrumanos y Pequeños Cuadrúpedos.

Recomienda Rollin que se enseñe á los niños la Historia Natural; pero del modo que conviene á su edad. "Llamo, dice, *Física de los niños*, á un estudio de la Naturaleza que no requiere sino *vista*, y que por lo mismo está al alcance de toda clase de personas, hasta de los niños. Desde la más temprana edad se les puede imponer á los niños; pero proporcionándolo á sus pocos años, y llamando su atención sobre lo que esté más á su alcance, ya sea en lo referente á hechos, ya acerca de las reflexiones á que estos den ocasión. Parece increíble el número de conocimientos agradables y útiles con que ese ejercicio continuado desde los primeros años y metódicamente, llenaría el espíritu de los niños. . . ." Un maestro cuidadoso, encuentra en este estudio el medio de formar el corazón de sus discípulos y de guiarlos á la verdad y el bien valiéndose de la misma Naturaleza.

"El primer libro para instruir á la infancia, dice Figuier, debe versar sobre la Historia Natural; y en lugar de llamar la atención de las jóvenes inteligencias hacia las fábulas y cuentos sin doctrina, es necesario dirigirlas hacia los sencillos y verídicos espectáculos de la Naturaleza; tales como la estructura de un árbol, la composición de una flor, los órganos de los animales, la perfección de las formas cristalinas de un mineral, ó la disposición interior de las capas que componen la tierra que hollamos con nuestra planta." Tal es el objeto con que el autor ha preparado estos libros, en los que ha reunido la instrucción, los ejemplos de moral y el deleite de la infancia.

II.

Nociones de Botánica. Por J. D. Hooker. Precio, 20 centavos.

Esta pequeña obra, que forma parte de nuestra serie de Cartillas Científicas, contiene una serie de lecciones elementales sobre los carácteres generales de las plantas que dan flores; trata de la célula y los tegidos, del alimento y desarrollo de la semilla y de la planta, de la raiz, el tallo, las yemas, las hojas, la flor, el cáliz, la corola y de multitud de otros asuntos presentados de un modo fácil y sencillo. Se ocupa de los Jardines Botánicos para colegios, y da modelos para ejercicios de lecciones con hojas y flores.

III.

Libro Primero de Zoología. Por el Doctor Juan García Purón. *Obra adoptada de texto en España y varios países Hispano-Americanos.* Forma un tomo uniforme con la Botánica y la Mineralogía del mismo autor; está ilustrado profusamente con hermosos grabados intercalados en el texto y elegantemente encuadernado. Precio, 70 centavos.

El Libro Primero de Zoología que ofrecemos al público, está considerado como el mejor de cuantos se conocen, y el único de su género en castellano. El autor, elevándose á las necesidades de la época y á los adelantos de la ciencia moderna; ha puesto su obra á la altura de los tiempos y al alcance de la juventud. Conduce gradualmente, *de lo conocido, á lo desconocido por medio de lo semejante*, despertando el interés del joven, y á la vez deleitándolo con el estudio. No existe un libro tan ameno é interesante, ni tan apropósito para el estudio del reino animal; al que no sólo da á conocer en todas sus fases, sino que inspira en los niños el amor hacia los animales.

IV.

Libro Primero de Botánica. Por el Doctor JUAN GARCÍA PURÓN. *Obra adoptada de texto en España y varios países Hispano-Americanos.* Precio, 80 centavos.

En esta obra, la BOTÁNICA está tratada desde el punto de vista del *estudio objetivo*, que tanto facilita á los jóvenes el conocimiento de dicha ciencia. Como en la ZOOLOGÍA y la MINERALOGÍA del mismo autor, el plan seguido en la Botánica, es *llegar á lo desconocido por medio de lo conocido y lo semejante;* empleando para ello, el estudio de lo que más pueda interesar y grabarse en la imaginación de los niños.

La obra, está ilustrada con numerosos grabados; tiene una excelente impresión sobre papel satinado y muy bien encuadernada; circunstancias, que como complemento á su selecto contenido científico, la hacen sin rival en su género. Es un tomo uniforme con los de ZOOLOGÍA y MINERALOGÍA.

V.

Libro Primero de Mineralogía. Por el Doctor JUAN GARCÍA PURÓN. *Obra adoptada de texto en España y varios países Hispano-Americanos.* Precio, 80 centavos.

Este tratado de MINERALOGÍA, que con las de ZOOLOGÍA y BOTÁNICA por el mismo autor, forma un *Curso Completo de Historia Natural;* además de tratar extensamente de todo lo que atañe directamente á la Mineralogía, propiamente dicha, estudia las relaciones entre ésta y la *Geología*, y por lo tanto trata de los fósiles, ó sea de la *Paleontología;* siguiendo los principios más modernos en su parte didáctica.

La obra tiene numerosos grabados intercalados en el texto; es rica en estilo y asuntos interesantes, y se halla impresa en magnífico papel satinado y empastada en uniformidad con la BOTÁNICA y la ZOOLOGÍA.



Los ***Cuadros Murales*** de WILLSON y CALKINS además de otros asuntos, tratan tambien de la

ZOOLOGÍA en las partes 1ª, 2ª, 3ª, 4ª, y de la
BOTÁNICA en las 1ª, 2ª, 3ª, 4ª.

La colección de trece, artísticamente sombreados, coloreados y montados en cartón. Precio, $14.00.

Nuevo Tesoro de Chistes,

Máximas, Proverbios, Reflexiones Morales, Historias, Cuentos, Leyendas, extractadas de las Obras de BYRON, WALTER SCOTT, WASHINGTON IRVING, PRESCOTT, MOORE, FRANKLIN, ADDISON, COOPER, GIBBON, PALEY, GOLDSMITH, HAWTHORNS, ROBERTSON, STORY, MARSHALL, WYSE, DICKENS, BULWER, HOOK, MACAULAY, BRYANT, POPE, DRYDEN, ETC., ETC., ETC. *Nueva Edición.*

La Casa en el Desierto.

Aventuras de una Familia perdida en las Soledades de la América del Norte.

Por el Capitan MAYNE REID.

Traducida del Inglés por SIMÓN CAMACHO y ANTONIO HERNANDEZ. Con Doce Láminas por WILLIAM HARVEY.

Gil Blas de Santillana

(Historia de).

Publicada en francés por A. R. LE SAGE, Traducida al castellano por el Padre ISLA. Un tomo en 12°. Precio, $1.25.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,

Por CERVANTES,

Según el texto corregido y anotado por el Sr. OCHOA. Un tomo de 695 páginas en 12°. Precio, $1.50.

EDICIÓN DE LUJO, con quince láminas y retrato de Cervantes. Un tomo de 695 páginas en 8°.

Nueva York: D. APPLETON Y CÍA., Editores, 5th Ave., No. 72.

"**Plagiado.**—Novela por Roberto L. Stevenson. La casa editora de D. Appleton y Cía. acaba de publicar este nuevo romance, del aplaudido novelista británico cuya reciente muerte deploran las letras de ambos mundos, pues su fama como escritor ingeniosísimo había llegado hasta nosotros mediante las traducciones de otras obras suyas llevadas á cabo por los mismos editores Appleton. Plagiado es una novela de interesantes aventuras narradas por el héroe de ellas en su viaje por las tierras altas de Escocia, escrito en estilo vivo y pintoresco, que lleva al lector como de la mano, y al cabo no sabe si es un libro lo que lee, ó es una realidad lo que le acontece. Mistificaciones de este jaez, sólo ciertos magos de la pluma pueden realizarlas."—*Las Tres Américas*, Nueva York.

***

"**Su Cara Mitad.**—Es una narración sencilla é enteresante; las escenas se desarrollan con naturalidad y se suceden sin violencia. Hay en ella, como es de suponerse, una historia de amor, discretamente contada, que viene á ser un ejemplo más de la poderosa influencia de ese sentimiento en elevar y purificar nuestro espíritu, siempre que inspira una pasión noble y verdadera."—*La Palabra*, Mendoza, Argentina.

***

"**La Gran Milosis.**—Narración fácil, claras descripciones, vigorosos caracteres é interés y novedad en todo, son las notas más salientes de este curiosísimo libro."—*Boletín de la Sociedad Protectora de los Niños*, Madrid.

***

"**El Caso Extraño del Dr. Jekyll.**—Pertenece á la colección de novelas en español que publica la acreditada casa de D. Appleton y Cía., y es una de las más notables del ilustre autor de La Isla del Tesoro."—*La Ilustración Española y Americana*, Madrid.

***

"**Juana Eyre.**—Antes de terminar el primer capítulo de Juana Eyre, ya habíamos tomado buen juicio de la autora. La elegante sencillez de la narración nos cautivó de modo que no pudimos resistir el deseo de leer todo el libro."—*El Progreso*, Nueva York.

NOVELAS

DE AUTORES INGLESES Y ANGLOAMERICANOS PUBLICADAS EN ESPAÑOL

Por D. APPLETON Y CÍA.,

NUEVA YORK.

---

1. **Misterio * * * *** ...... Por H. CONWAY.
2. **La Casa en el Desierto** ...... Por MAYNE REID.
3. **La Isla del Tesoro** ...... Por R. L. STEVENSON.
4. **La Casa del Pantano** ...... Por F. WARDEN.
5. **Las Minas del Rey Salomón** ...... Por H. R. HAGGARD.
6. **Su Cara Mitad** ...... Por F. BARRETT.
7. **En Ídolo Caído** ...... Por F. ANSTEY.
8. **Cuentos en el Mar** ...... Por VARIOS AUTORES FAMOSOS.
9. **La Novia del Marinero** ...... Por W. C. RUSSELL.
10. **Juana Eyre** ...... Por CARLOTA BRONTÉ.
11. **Dora** ...... Por CARLOTA M. BRAEMÉ.
12. **Pan, Queso y Besos** ...... Por B. L. FARJEON.
13. **Confusión** ...... Por H. CONWAY.
14. **El Caballero Don Juan Jalifax** ...... Por la SRTA. MULOCK.
15. **Margarita de la Ó** ...... Por CARLOS READE.
16. **El Caso Extrano del Dr. Jekyll** ...... Por R. LUIS STEVENSON.
17. **La Vida de un Perillán** ...... Por WILKIE COLLINS.
18. **El Gran Lucero** ...... Por FRANK BARRETT.
19. **Azabache** ...... Por ANA SEWELL.
20. **La Gran Milosis** ...... Por H. R. HAGGARD.
21. **La Letra Escarlata** ...... Por N. HAWTHORNE.
22. **El Vicario de Wakefield** ...... Por O. GOLDSMITH.
23. **El Secreto** ...... Por H. CONWAY.
24. **Plagiado** ...... Por R. L. STEVENSON.
25. **La Guardia Blanca** ...... Por CONAN DOYLE.
26. **El Prisionero de Zenda** ...... Por ANTONIO HOPE.
27. **Azucena** ...... Por CARLOTA M. BRAEMÉ.

Tenemos en vía de publicación varias novelas nuevas.